

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 13

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora.

1023. Hija mía, todas las obras de mi Hijo santísimo manifiestan el amor divino con las criaturas y cuan diferente es del que ellas tienen entre sí mismas; porque como son tan escasas, coartadas y avarientas y sin eficacia, no se mueven de ordinario para amarse si no las provoca algún bien que suponen en lo que aman, y así el amor de una criatura nace del bien que halla en el objeto. Pero el amor divino, como se origina de sí mismo y es eficaz para hacer lo que quiere, no busca a la criatura suponiéndola digna, antes la ama para hacerla con amarla; y por esta razón ninguna alma debe desconfiar de la bondad divina, pero tampoco por esta verdad, y suponiéndola, ha de fiar vana y temerariamente esperando que el amor divino obre en ella los efectos de gracia que desmerece; porque en este amor y dones guarda el Altísimo un orden de equidad ocultísima a las criaturas y, aunque a todas las ama y quiere que sean salvas, pero en la distribución de estos dones y efectos de su amor, que a nadie niega, hay cierta medida y peso del santuario con que se dispensan. Y como la criatura no puede investigar ni alcanzar este secreto, ha de procurar que no pierda ni deje vacía la primera gracia y vocación, porque no sabe si por esta ingratitud desmerecerá la segunda, y sólo puede saber que no se le negará si no se hiciere indigna. Comienzan estos efectos del amor divino en el alma por la interior ilustración, para que en presencia de la luz sean los hombres redargüidos y convencidos de sus pecados y mal estado y del peligro de la eterna muerte; pero la soberbia humana los hace tan estultos y graves de corazón, que son muchos los que resisten a la luz; otros son tardos en moverse y nunca acaban de responder, y por esto malogran la primera eficacia del amor de Dios y se imposibilitan para otros

efectos. Y como sin el socorro de la gracia no puede la criatura evitar el mal ni hacer el bien ni conocerle, de aquí nace el arrojarse de un abismo en otros muchos, porque, malogrando y echando de sí la gracia y desmereciendo otros auxilios, viene a ser inexcusable la ruina en abominables pecados despeñándose de unos en otros.

1024. Atiende, pues, carísima, a la luz que en tu alma ha obrado el amor del Muy Alto, pues por la que has recibido en la noticia de mi vida, cuando no tuvieras otra, quedabas tan obligada que, si no correspondes a ella, serás en los ojos de Dios y míos y en presencia de los Ángeles y hombres, más reprehensible que ninguno otro de los nacidos. Sírvote también de ejemplo lo que hicieron los primeros discípulos de mi santísimo Hijo y la prontitud con que le siguieron y le imitaron; y aunque el tolerarlos, sufrirlos y criarlos, como Su Majestad lo hizo, fue especialísima gracia, ellos también correspondieron y ejecutaron la doctrina de su Maestro; y aunque eran frágiles en la naturaleza, no se imposibilitaban para recibir otros mayores beneficios de la divina diestra y extendían sus deseos a mucho más de lo que alcanzaban sus fuerzas. Y en obrar estos afectos de amor con verdad y fineza, quiero que me imites a mí en lo que para este fin te he declarado de mis obras y los deseos que tuve de morir por mi Hijo santísimo y con él, si me fuera concedido. Prepara tu corazón para lo que te mostraré adelante de la muerte de Su Majestad y lo demás de mi vida, con que obrarás lo más perfecto y santo. Y te advierto, hija mía, que tengo una queja del linaje humano, y es muy general, que otras veces te la he insinuado (Cf. supra n. 701, 930, 919, 939), por el olvido y poca atención de los mortales para entender y saber lo que mi Hijo y yo trabajamos por ellos; y consuélanse con creerlo por mayor, y como ingratos no pesan el beneficio que de cada obra reciben, ni el retorno que merece. No

me des tú este disgusto, pues te hago capaz y participante de tan venerables secretos y magníficos sacramentos, en los cuales hallarás luz, doctrina, enseñanza y la práctica de la perfección más alta y encumbrada. Levántate a ti sobre ti, obra diligente, para que se te dé gracia y más gracia, y correspondiendo a ella congregues muchos merecimientos y premios eternos.

CAPITULO 29

Vuelve Cristo nuestro Salvador con los primeros cinco discípulos a Nazaret, bautiza a su Madre santísima y lo que en todo esto sucedió.

1025. El místico edificio de la Iglesia militante, que se levanta hasta lo más alto y escondido de la misma divinidad, todo se funda en la firmeza incontrastable de la santa fe católica que nuestro Redentor y Maestro, como prudente y sabio arquitecto, asentó en ella. Y para asegurar en esta firmeza a las primeras piedras fundamentales, que fueron los primeros discípulos que llamó, como queda dicho (Cf. supra n. 1018), desde luego comenzó a informarlos de las verdades y misterios que tocaban a su divinidad y humanidad santísima. Y porque dándose a conocer por verdadero Mesías y Redentor del mundo, que por nuestra salvación había bajado del seno del Padre a tomar carne humana, era como necesario y consiguiente les declarase el modo de su Encarnación en el vientre virginal de su Madre santísima y convenía que la conociesen y venerasen por verdadera Madre y Virgen, les dio noticia de este divino misterio entre los demás que tocaban a la unión hipostática y redención. Y con este catecismo y doctrina celestial fueron alimentados estos nuevos hijos primogénitos del Salvador. Antes que llegasen a la presencia de la gran Reina y Señora, concibieron de ella divinas excelencias,

sabiendo que era virgen antes del parto, en el parto y después del parto, y les infundió Cristo nuestro Señor una profundísima reverencia y amor, con que deseaban desde luego llegar a verla y conocer tan divina criatura. Y esto hizo el Señor, como quien celaba tanto la honra de su Madre y por lo que a los mismos discípulos les importaba tenerla en tan alto concepto y veneración. Y aunque todos, en este favor quedaron divinamente ilustrados, quien más se señaló en este amor fue San Juan Evangelista, y desde que oyó a su divino Maestro hablar de la dignidad y excelencia de su Madre purísima, fue creciendo en el aprecio y estimación de su santidad, como quien era señalado y prevenido para gozar de mayores privilegios en el servicio de su Reina, como adelante diré (Cf. infra n. 1334, 1455; p. III n. 5, 6, 7, 10ss), y consta de su Evangelio.

1026. Pidieron estos cinco primeros discípulos al Señor que les diese aquel consuelo de ver a su Madre y reverenciarla, y concediéndoles esta petición caminó vía recta a Nazaret después que entró en Galilea, aunque siempre fue predicando y enseñando en público, declarándose por Maestro de la verdad y vida eterna. Y muchos comenzaron a oírle y acompañarle, llevados de la fuerza de su doctrina y de la luz y gracia que derramaba en los corazones que le admitían, aunque no llamó por entonces a su séquito más de a los cinco discípulos que llevaba. Y es digno de advertencia que, con haber sido tan ardiente la devoción que éstos concibieron con la divina Señora y tan manifiesta para ellos la dignidad que tenía entre las criaturas, con todo eso todos callaron su concepto y, para no publicar lo que sentían y conocían, eran como mudos e ignorantes de tantos misterios, disponiéndolo así la Sabiduría del cielo, porque entonces no convenía esta fe en el principio de la predicación de Cristo, ni hacerla común entre los hombres. Nacía entonces el Sol de Justicia a las almas y era necesario

que su resplandor se extendiese por todas las naciones, y aunque la luna de su Madre santísima estaba en el lleno de toda santidad, era conveniente que se reservase oculta para lucir en la noche que dejaría en la Iglesia la ausencia de este Sol, subiendo al Padre. Y todo sucedió así, que entonces resplandeció la gran Señora, como diré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 18-28); sólo se manifestó su santidad y excelencia a los Apóstoles, para que la conociesen y venerasen y oyesen como a digna Madre del Redentor del mundo y Maestra de toda virtud y santidad.

1027. Prosiguió su camino nuestro Salvador a Nazaret, informando a sus nuevos hijos y discípulos, no sólo en los misterios de la fe sino en todas las virtudes, con doctrina y con ejemplo, como lo hizo en todo el tiempo de su predicación evangélica. Y para esto visitaba a los pobres y afligidos, consolaba a los tristes y enfermos, en los hospitales y en las cárceles, y con todos hacía obras admirables de misericordia en los cuerpos y en las almas, aunque no se declaró por autor de ningún milagro hasta las bodas de Caná, como diré en el capítulo siguiente. Al mismo tiempo que hacía este viaje nuestro Salvador, estaba su Madre santísima previniéndose para recibirle con los discípulos que Su Majestad llevaba; porque de todo tuvo noticia la gran Señora, y para todos hizo hospicio, aliñó su pobre morada y previno solícita la comida necesaria, porque en todo era prudentísima y advertida.

1028. Llegó a su casa el Salvador del mundo, y la beatísima Madre le aguardaba en la puerta, donde entrando Su Majestad a ella se postró en tierra y le adoró besándole el pie y después la mano, pidiéndole la bendición. Y luego hizo una confesión a la santísima Trinidad, altísima y admirable, y a la humanidad, y todo en presencia de los nuevos discípulos; no sin gran

misterio y prudencia de la soberana Reina, porque, a más de dar a su Hijo santísimo el culto y adoración que se le debía como verdadero Dios y hombre, le dio también el retorno de la honra con que le había engrandecido antes con los apóstoles o discípulos; y así como el mismo Hijo estando ausente les había enseñado la dignidad de su Madre y la veneración con que debían tratarla y respetarla, así también la prudentísima y fidelísima Madre en presencia del mismo Hijo quiso enseñar a sus discípulos el modo y veneración con que habían de tratar a su divino Maestro, como a su Dios y Redentor. Y así fue que las acciones de tan profunda humildad y culto, con que la gran Señora trató y recibió a Cristo como Salvador, infundió en los discípulos nueva admiración, devoción y reverencial temor con el divino Maestro, y para adelante les sirvió de ejemplar y dechado de religión; con que vino a ser María santísima desde luego Maestra y Madre espiritual de los discípulos de Cristo, en la materia más importante del trato familiar con su Dios y Redentor. Con este ejemplo los nuevos discípulos quedaron más devotos de su Reina y luego se pusieron de rodillas en su presencia y la pidieron los recibiese por hijos y por esclavos suyos. Y el primero que hizo este ofrecimiento y reverencia fue San Juan Evangelista, que desde entonces en la estimación y veneración de María santísima se aventajó a todos los Apóstoles, y la divina Señora le admitió con especial caridad, porque el Santo era apacible, manso y humilde, a más del don de su virginidad.

1029. Hospedó la gran Señora a todos los discípulos y sirvióles la comida, estando siempre advertida a todas las cosas con solicitud de Madre y modestia y majestad de Reina, que su incomparable sabiduría lo juntaba todo con admiración de los mismos Ángeles. Y a su Hijo santísimo servía hincadas las rodillas en tierra con grandiosa reverencia, y a estas devotas acciones añadía

algunas razones de gran peso que decía a los Apóstoles de la majestad de su Maestro y Redentor, para catequizarlos en la doctrina verdaderamente cristiana. Aquella noche, retirados los nuevos huéspedes a su recogimiento, el Salvador se fue al oratorio de su Madre purísima como solía, y la humildísima entre los humildes se postró a sus pies, como otras veces lo acostumbraba y, aunque no tenía culpas que confesarse, pidió a Su Majestad la perdonase lo poco que le servía y correspondía a sus inmensos beneficios; porque en la humildad de la gran Reina todo lo que hacía le parecía poco y menos de lo que debía al amor infinito y a los dones que de él había recibido, y así se confesaba por inútil como el polvo de la tierra. El Señor la levantó del suelo y la habló palabras de vida y salud eterna, pero con majestad y serenidad, porque en este tiempo la trataba con más severidad, para dar lugar al padecer, como advertí arriba (Cf. supra n. 960) cuando se despidió para ir el Salvador al bautismo y al desierto.

1030. Pidióle también la beatísima Señora a su Hijo santísimo que le diese el Sacramento del Bautismo que había instituido, como ya se lo tenía prometido, y dije en su lugar (Cf. supra n. 831). Y para celebrarle con la digna solemnidad del Hijo y de la Madre por la divina disposición y ordenación descendieron del cielo innumerable multitud de los coros angélicos en forma visible, y con su asistencia el mismo **Cristo bautizó a su purísima Madre**, y luego se oyó una voz del Eterno Padre, que dijo: Esta es mi Hija querida, en quien yo me recreo. Y el Verbo humanado dijo: Esta es mi Madre muy amada, a quien yo elegí, y me asistirá en todas mis obras. Y otra voz del Espíritu Santo dijo: Esta es mi Esposa escogida entre millares. Sintió y recibió la purísima Señora tantos y tan divinos efectos en su alma, que no caben en humano discurso, porque fue realzada en la gracia y retocada la hermosura de su alma purísima y subió toda a nuevos

grados y quilates. Recibió la iluminación del (sello de) carácter que causa este Sacramento, señalando a los hijos de Cristo en su Iglesia, y a más de los efectos que por sí comunica el Sacramento, fuera de la remisión del pecado, que no le tenía ni le tuvo, mereció altísimos grados de gracia por la humildad de recibir el Sacramento que se ordenó para la purificación; y en la divina Señora sucedió al modo que arriba dije (Cf. supra n. 980) de su Hijo santísimo en el mérito, aunque sola ella recibió aumento de gracia, porque Cristo no podía recibirle. Hizo luego la humilde Madre un cántico de alabanza con los Santos Ángeles por el Bautismo que había recibido y postrada ante su Hijo santísimo le dio por él afectuosísimas gracias.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1031. Hija mía, veo tu cuidado y emulación santa de la gran dicha de los discípulos de mi Hijo santísimo, y más de San Juan Evangelista, mi siervo y favorecido. Cierto es que yo le amé especialmente, porque era purísimo y candidísimo como una sencilla paloma y en los ojos del Señor era muy agradable por esto y por el amor que me tenía. Este ejemplar quiero que te sirva de estímulo para lo que deseo que obres con el mismo Señor y conmigo. No ignoras, carísima, que yo soy Madre piísima y que admito y recibo con maternales entrañas a todos los que con ferviente y devoto afecto quieren ser mis hijos y siervos de mi Señor, y con los impulsos de caridad que Su Majestad me comunicó y los brazos abiertos los abrazaré y seré su intercesora y abogada. Y tú, por más inútil, pobre y desvalida, serás mayor motivo para que se manifieste más mi liberalísima piedad, y así te llamo y te convido para que seas mi hija carísima y señalada por mi devota en la Iglesia.

1032. Pero esta promesa se cumplirá con una condición

que quiero de tu parte, y ésta es que, si tienes verdaderamente santa emulación de lo que yo amé a mi hijo San Juan Evangelista y del retorno que me dio su amor santo, le imites con toda perfección conforme a tus fuerzas, y así me lo has de prometer y cumplir, sin faltar a lo que te ordeno; pero antes quiero que trabajes hasta que en ti muera el amor propio y todos efectos del primer pecado y que se extingan las inclinaciones terrenas que siguen al fomes, y te restituyas al estado de sinceridad columbina y sencillez que destruye toda malicia y duplicidad. Y en todas tus operaciones has de ser ángel, pues la dignación del Altísimo para contigo es tan liberal, que te ha dado luz e inteligencia de ángel más que de criatura humana, y yo te solicito estos grandes beneficios y es razón que corresponda el obrar con el entender; y conmigo has de tener un incesante afecto y amoroso cuidado de darme gusto y servirme, estando siempre atenta a mis consejos y puestos los ojos en mis manos, para saber lo que te ordeno y ejecutarlo al punto. Con esto serás mi hija verdadera y yo tu Protectora y Madre amorosa.

LIBRO VI

CONTIENE LAS BODAS DE CANA DE GALILEA; COMO ACOMPAÑÓ MARÍA SANTÍSIMA AL REDENTOR DEL MUNDO EN LA PREDICACIÓN; LA HUMILDAD QUE MOSTRABA LA DIVINA REINA EN LOS MILAGROS QUE HACÍA SU HIJO SANTÍSIMO; SU TRANSFIGURACIÓN; LA ENTRADA DE SU MAJESTAD EN JERUSALÉN; SU PASIÓN Y MUERTE; EL TRIUNFO QUE ALCANZÓ EN LA CRUZ DE LUCIFER Y SUS SECUACES; LA SANTÍSIMA RESURRECCIÓN DEL SALVADOR Y SU ADMIRABLE ASCENSIÓN A LOS CIELOS.

CAPITULO 1

Comienza Cristo nuestro Salvador a manifestarse con el primer milagro que hizo en las bodas de Caná a petición de su Madre santísima.

1033. El Evangelista San Juan, que al fin del capítulo 1 refiere la vocación de Natanael, que fue el quinto discípulo de Cristo, comienza el segundo capítulo de la Historia evangélica, diciendo (Jn 1, 1-2): ***Y el día tercero se hicieron unas bodas en Cana de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús. Y también fue llamado Jesús y sus discípulos a las bodas.*** De donde parece que la divina Señora estaba en Caná antes que fuese llamado su Hijo santísimo a estas bodas. Y para concordar esto con lo que dejo dicho en el capítulo pasado y entender qué día fue éste, hice algunas preguntas por orden de la obediencia. A las cuales me fue respondido que, no obstante las opiniones diferentes de los expositores, la Historia de la Reina y del Evangelio se conforman y que el suceso fue en esta forma: Cristo nuestro Señor con sus cinco Apóstoles o discípulos en entrando en Galilea fue derecho a Nazaret predicando y enseñando; en este viaje tardó algunos días aunque no muchos, pero fueron más de tres. Llegando a Nazaret bautizó a su beatísima Madre, como queda dicho (Cf. supra n. 1030), y luego con sus discípulos salió a predicar a unos lugares vecinos. En el ínterin fue la divina Señora a Caná, convidada a las bodas que dice el Evangelista, porque eran de unos deudos suyos en cuarto grado por la línea de Santa Ana. Y estando la gran Reina en Caná tuvieron los novios noticia de la venida del Salvador del mundo y que tenía ya discípulos, y por disposición de su Madre santísima y del mismo Señor, que ocultamente lo disponía para sus altos fines, fue llamado y convidado a las bodas con sus discípulos.

1034. El día tercero, que dice el Evangelista se hicieron estas bodas, fue el tercero de la semana de los hebreos; y aunque no lo dice expresamente, tampoco dice que fue el tercero después de la vocación de los discípulos o entrada en Galilea, y si hablara de esto, lo dijera; pero moralmente era imposible que estas bodas sucediesen el tercero día después de la vocación de los discípulos, ni de la entrada en Galilea, porque Caná está en los confines del tribu de Zabulón hacia la parte de Fenicia y setentrional, donde estaba el tribu de Aser, respecto de Judea, y dista mucho desde todos los términos de Judea y Galilea por donde entró el Salvador del linaje humano; y si al día tercero fueron las bodas, no quedaban más de dos días para llegar de Judea a Caná, que hay tres jornadas, y también estaría cerca de Caná primero que le convidasen, y para esto era necesario más tiempo. Y a más de todo esto, para pasar de Judea a Caná de Galilea estaba primero Nazaret, porque Caná está más adelante hacia el mar Mediterráneo y vecina del tribu de Aser, como he dicho, y el Salvador del mundo primero fuera a visitar a su Madre santísima, que no ignorando su venida, como es cierto que la sabía, le aguardara sin salir de ella al tiempo que se acercaba. Y si el Evangelista no dijo esta venida, ni el bautismo de la divina Señora, no fue porque no sucedió, sino porque sólo dijo él y los demás lo qué pertenecía a su intento. Y también confiesa el mismo San Juan Evangelista que se dejaron de saber muchos milagros que hizo nuestro divino Maestro (Jn 20, 30), porque no fue necesario escribirlos todos. Y con este orden queda entendido el Evangelio y confirmada con él esta Historia en el lugar citado.

1035. Estando la Reina del mundo en Caná, fue convidado su Hijo santísimo con los discípulos que tenía a las bodas, y su dignación, que lo ordenaba todo, aceptó el convite. Y fue luego a él para santificar el matrimonio y acreditarle y dar principio a la confirmación de su

doctrina con el milagro que sucedió, declarándose por autor de él; porque dándose ya por maestro en admitir discípulos, era necesario confirmarlos en su vocación y autorizar su doctrina, para que la creyesen y admitiesen. Y por esta razón, aunque Su Divina Majestad había hecho otras maravillas ocultamente, pero no se había declarado ni señalado por autor de ellas en público como hasta aquella ocasión, que por eso llamó el Evangelista (Jn 2, 11) a este milagro *Principio de las señales que hizo Jesús en Caná de Galilea*; y el mismo Señor dijo a su Madre santísima que hasta entonces no había llegado su hora (Jn 2, 4). Y sucedió esta maravilla el mismo día que se cumplió un año del bautismo de Cristo nuestro Salvador y correspondió a la adoración de los Santos Reyes, como lo tiene la Santa Iglesia Romana, que celebra en un día estos tres misterios a seis de enero; y la edad de Cristo nuestro Señor era cumplidos treinta años y entrado en treinta y uno los trece días que hay de su natividad santísima a la epifanía.

1036. Entró el Maestro de la vida en la casa de las bodas y saludó a los moradores, diciendo: La paz del Señor y la luz sea con vosotros; como verdaderamente estaba, asistiendo Su Majestad con ellos. Y luego hizo una exhortación de vida eterna al novio, enseñándole las condiciones de su estado, para ser perfecto y santo en él, y lo mismo hizo la Reina del cielo con la esposa, a quien con razones dulcísimas y eficaces la amonestó de sus obligaciones; y entrambos cumplieron perfectamente con ellas en el estado que dichosamente recibieron con asistencia de los Reyes del cielo y tierra. Y no puedo detenerme a declarar que este novio no era San Juan Evangelista; basta saber que, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.1018), venía ya con el Salvador por discípulo; y en esta ocasión no pretendió el Señor disolver el matrimonio, sino que vino a las bodas para autorizarlas y acreditarlas y hacer Santo y Sacramento al

Matrimonio, y no era consiguiente a este intento disolverle luego, ni el Evangelista tuvo jamás intento de ser casado. Antes bien, nuestro Salvador, habiendo exhortado a los desposados, hizo luego una ferviente oración y petición al Eterno Padre, suplicándole que en la nueva ley de gracia echase su bendición sobre la propagación humana y desde entonces diese virtud al matrimonio para santificar a los que en la Santa Iglesia lo recibiesen y fuese uno de sus Sacramentos.

1037. La beatísima Virgen conocía la voluntad y oración que su Hijo santísimo hacía y le acompañó en ella, cooperando a esta obra como a las demás que hacía en beneficio del linaje humano; y como tenía por su cuenta el retorno que los hombres no daban por estos beneficios, hizo un cántico de alabanza y loores al Señor, convidando a los Santos Ángeles que la acompañasen en él, y así lo hicieron, aunque sólo era manifiesto al mismo Señor y Salvador nuestro, que se recreaba en la sabiduría y obras de su purísima Madre, como ella en las del mismo Hijo. En lo demás hablaban y conversaban con los que concurrían a las bodas, pero con la sabiduría y peso de razones dignas de tales personas y ordenándolas a ilustrar los corazones de todos los circunstantes. La prudentísima Señora hablaba muy pocas palabras y sólo cuando era preguntada o muy forzoso, porque siempre oía y atendía a las del Señor y a sus obras, para guardarlas y conferir las en su castísimo corazón. Raro ejemplo de prudencia, de recato y modestia fueron las obras, palabras y todo el proceder de esta gran Reina en el discurso de su vida; y en esta ocasión no sólo para las religiosas, pero en especial a las mujeres del siglo, si pudieran tenerle presente en tales actos como el de las bodas, para que en él aprendieran a callar, a moderarse y componer el interior y medir las acciones exteriores sin liviandad y soltura; pues nunca es tan necesaria la templanza como cuando es mayor el peligro y siempre en

las mujeres es mayor gala, hermosura y bizarría el silencio, detenimiento y encogimiento, con que se cierra la entrada a muchos vicios y se coronan las virtudes de la mujer casta y honesta.

1038. En la mesa comieron el Señor y su Madre santísima de algunos regalos de los que servían, pero con suma templanza y disimulación de su abstinencia. Y aunque a solas no comían de estos manjares, como antes he dicho (Cf. supra n. 898), pero los Maestros de la perfección, que no querían reprobar la vida común de los hombres, sino perfeccionarla con sus obras, acomodábanse a todos sin extremos ni singularidad pública, en lo que por otra parte no era reprehensible y se podía hacer con perfección. Y como el Señor lo enseñó por ejemplo, lo dejó también por doctrina a sus apóstoles y discípulos, ordenándoles que comiesen de lo que les fuese dado cuando iban a predicar (Mt 10, 10; Lc 10, 8) y no se hiciesen singulares, como imperfectos y poco sabios en el camino de la virtud y porque el verdadero pobre y humilde no ha de elegir manjares. Sucedió que faltó vino en la mesa, por dispensación divina, para dar ocasión al milagro, y la piadosa Reina dijo al Salvador: *Señor, el vino ha faltado en este convite*. Respondióla Su Majestad: *Mujer, ¿qué me toca a mí y a tí? Aún no es llegada mi hora (Jn 2, 3-4)*. Esta respuesta de Cristo no fue de reprensión, sino de misterio; porque la prudentísima Reina y Madre no pidió el milagro casualmente, antes bien con luz divina conoció que era tiempo oportuno de manifestarse el poder divino de su Hijo santísimo y no pudo tener ignorancia de esto la que estaba llena de sabiduría y ciencia de las obras de la redención y del orden que en ellas había de guardar nuestro Salvador, a qué tiempos y en qué ocasiones las había de ejecutar. Y también es de advertir que Su Divina Majestad no pronunció estas palabras con semblante de reprender, sino con magnificencia y serenidad apacible. Y aunque

no llamó a la Virgen madre sino mujer, era porque, como arriba dije (Cf. supra n. 960), no la trataba entonces con tanta dulzura de palabras.

1039. El misterio de la respuesta de Cristo nuestro Señor fue confirmar a los discípulos en la fe de la divinidad y comenzar a manifestarla a todos, mostrándose Dios verdadero e independiente de su Madre en el ser divino y potestad de hacer milagros. Y por esta causa tampoco la llamó madre, callando este nombre, y llamándola mujer, diciendo: ¿Qué te toca o qué tenemos que ver tú y yo en esto? Que fue decir: la potestad de hacer milagros no la recibí yo de ti, aunque me diste la naturaleza humana en que los he de obrar, porque sólo a mi divinidad toca el hacerlos y para ella no es llegada mi hora. Y en esta palabra dio a entender que la determinación de las maravillas no era de su Madre santísima, sino de la voluntad de Dios, no obstante que la prudentísima Señora lo pedía en tiempo oportuno y conveniente; pero junto con esto quiso el Señor se entendiese que había en él otra voluntad más que la humana, y que aquella era divina y superior a la de su Madre y que no estaba subordinada a ella, mas antes la de la Madre estaba sujeta a la que tenía como verdadero Dios. Y en consecuencia de esto, al mismo tiempo infundió Su Majestad en el interior de sus discípulos nueva luz con que conocieron la unión hipostática de las dos naturalezas en la persona de Cristo, y que la humana la había recibido de su Madre y la divina por la generación eterna de su Padre.

1040. Conoció la gran Señora todo este sacramento, y con severidad apacible dijo a los criados que servían a la mesa: *Haced lo que mi Hijo ordenare (Jn 2, 5)*. En las cuales palabras, a más de la sabiduría que suponen de la voluntad de Cristo que conocía la prudentísima Madre, habló como maestra de todo el linaje humano, enseñando

a los mortales, que para remediar todo nuestras necesidades y miserias es necesario y suficiente de nuestra parte hacer todo lo que manda el Señor y los que están en su lugar. Tal doctrina no pudo salir menos que de tal Madre y Abogada que, deseosa de nuestro bien y como quien conocía la causa que suspende o impide el poder divino para que no haga muchas y muy grandes maravillas, quiso proponernos y enseñarnos el remedio de nuestras menguas y desdichas, encaminándonos a la ejecución de la voluntad del Altísimo, en que consiste todo nuestro bien. Mandó el Redentor del mundo a los ministros de las mesas que llenasen de agua sus hidrias o tinajillas, que según las ceremonias de los hebreos tenían para estos ministerios. Y habiéndolas llenado todas, mandó el mismo Señor que sacasen de ellas el vino en que las convirtió y lo llevasen al architriclino, que era el principal en la mesa y hacía cabecera en ella, y era uno de los sacerdotes de la ley. Y como gustase del milagroso vino, admirado llamó al novio y le dijo: Cualquiera hombre cuerdo pone primero el mejor vino para los convidados y cuando están ya satisfechos pone lo peor, pero tú lo has hecho al revés, que guardaste lo más generoso para lo último de la comida.

1041. No sabía el architriclino entonces el milagro, cuando gustó el vino, porque estaba en la cabecera de la mesa y Cristo nuestro Maestro con su Madre santísima y discípulos en los lugares inferiores y de abajo, enseñando con la obra lo que después había de enseñar con la doctrina (Lc 14, 8-10), que en los convites no echemos el ojo al mejor lugar, sino que por nuestra voluntad elijamos el ínfimo. Pero luego se publicó la maravilla de haber convertido nuestro Salvador el agua en vino y *se manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos*, como dice el Evangelista (Jn 2, 11), porque de nuevo creyeron y se confirmaron más en la fe. Y no solos creyeron ellos, pero otros muchos de los que estuvieron presentes

creyeron que era el verdadero Mesías y le siguieron, acompañándole hasta la ciudad de Cafarnaúm (Mt 4, 13), a donde con su Madre y discípulos dice el Evangelista que fue Su Majestad desde Caná, y allí dice San Mateo que comenzó a predicar, declarándose ya por maestro de los hombres. Y lo que dice San Juan, que con esta señal o milagro manifestó el Señor su gloria, no es negar que hizo otros primero en oculto, sino suponerlo, y que en este milagro manifestó su gloria que no había manifestado antes en otros, porque no quiso ser conocido por autor de ellos, que no era tiempo oportuno ni el determinado por la Sabiduría divina. Y es cierto que en Egipto hizo muchos y admirables, cual fue la ruina de los templos y sus ídolos, como dije en su lugar (Cf. supra n. 643, 646, 665). En todas estas maravillas hacía María santísima actos de insigne virtud en alabanza del Altísimo y hacimiento de gracias de que su santo nombre se fuese manifestando. Y acudía al consuelo de los nuevos creyentes y al servicio de su Hijo santísimo y todo lo llenaba con su incomparable sabiduría y oficiosa caridad. Ejercitábala fervorosísima, clamando al Eterno Padre y suplicándole dispusiese los ánimos y corazones de los hombres para que las palabras y luz del Verbo humanado los iluminase y desterrase de ellos las tinieblas de su ignorancia.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora del cielo.

1042. Hija mía, olvido y descuido es sin disculpa el que tienen generalmente los hijos de la Iglesia en no procurar todos y cada uno de ellos que se dilate y manifieste la gloria de su Dios por todas las criaturas racionales, dando a conocer su nombre santo. Y esta negligencia es más culpable después que el Verbo eterno encarnó en mis entrañas, enseñó al mundo y le redimió para este fin. Por eso fundó Su Majestad la Santa Iglesia y le enriqueció de bienes y tesoros espirituales, de ministros y también de otros bienes temporales; que todo esto no

sólo ha de servir para conservar la misma Iglesia con los hijos que tiene, sino también para amplificarla y traer otros de nuevo a la regeneración de la fe católica. Todos deben ayudar a esto, para que se logre más el fruto de la muerte de su Reparador. Unos pueden hacerlo con oraciones y peticiones, con fervorosos deseos de la dilatación del santo nombre de Dios, otros con limosnas y otros con diligencias y exhortaciones y otros con su trabajo y solicitud. Pero si en esta remisión y negligencia son menos culpables los ignorantes y pobres y acaso no hay quien se lo ponga en la memoria, son muy reprehensibles los ricos y poderosos y mucho más los ministros de la Iglesia y sus prelados, a quien toca esta obligación más de lleno, y olvidados de tan terrible cargo como les espera, muchos convierten la verdadera gloria de Cristo en gloria suya propia y vana. Gastan el patrimonio de la sangre del Redentor en obras y fines que no son dignos de ser nombrados, y por cuenta suya perecen infinitas almas que con los medios oportunos pudieran venir a la Santa Iglesia, o a lo menos ellos tuvieran este merecimiento y el Señor la gloria de tener tan fieles ministros en su Iglesia. Y el misino cargo se les hará a los príncipes y señores poderosos del mundo, que recibieron de la mano de Dios honra, hacienda y otros bienes temporales para convertirlos en gloria de Su Majestad, y ninguna cosa menos advierten que esta obligación.

1043. De todos estos daños quiero que te duelas y que trabajes cuanto alcanzaren tus fuerzas, para que sea manifestada la gloria del Altísimo y conocido de todas las naciones y que de las piedras resuciten hijos de Abrahán (Mt 3, 9). Y para traerlas al suave yugo del Evangelio, pídele que envíe obreros (Lc 10, 2) y ministros idóneos a su Iglesia, que es grande y mucha la mies y pocos los fieles trabajadores y celosos de granjearla. Sea para ti ejemplar vivo lo que te he manifestado de mi solicitud y

maternal amor, con que trabajaba con mi Hijo y Señor en granjearle las almas y conservarlas en su doctrina y séquito, y nunca en el secreto de tu pecho se apague la llama de esta caridad y celo. Y también quiero que mi silencio y modestia, que has conocido tuve en las bodas, sea arancel inviolable para ti y tus religiosas, con que medir siempre las acciones exteriores, el recato, moderación y pocas palabras, en especial cuando estáis en presencia de hombres, porque estas virtudes son las galas que componen y asean a la esposa de Cristo, para que halle gracia en sus divinos ojos.

CAPITULO 2

Acompaña María santísima a nuestro Salvador en la predicación, trabaja mucho en esto y cuida de las mujeres que le seguían y en todo procede con suma perfección.

1044. No fuera lejos del intento de esta Historia, cuando en ella pretendiera escribir los milagros y heroicas obras de Cristo nuestro Redentor y Maestro, porque casi en todas concurrió y tuvo alguna parte su beatísima y santísima Madre. Mas no puedo intentar negocio tan arduo y sobre las fuerzas y capacidad humana, pues el Evangelista San Juan, después de haber escrito tantas maravillas de su Maestro divino, dice en el fin de su Evangelio que otras muchas hizo Jesús, las cuales, si se escribieran en singular, no podían caber los libros en todo el mundo (Jn 21, 25). Y si le pareció tan imposible al Evangelista, ¿qué puede presumir una mujer ignorante y más inútil que el polvo de la tierra? Lo que fue necesario y conveniente, lo superabundante y suficiente para fundar y conservar la Iglesia, lo escribieron todos cuatro evangelistas y no es necesario repetirlo en esta Historia, aunque para tejerla y no dejar en silencio tantas obras de la gran Reina que ellos no escribieron será forzoso

tocar algunas particulares; que tenerlas escritas y en memoria juzgo será de consuelo y utilidad para mi aprovechamiento. Y lo demás que no escribieron los evangelistas en los evangelios, ni yo tengo orden para escribirlo, se reserva para la vista beatífica, donde con especial gozo de los santos les será manifiesto en el Señor, y allí le alabarán por tan magníficas obras eternamente.

1045. Desde Caná de Galilea tomó Cristo Redentor nuestro el camino para Cafarnaum, ciudad grande y poblada cerca del mar de Tiberías, donde estuvo algunos días, como dice el Evangelista San Juan (Jn 2, 12), aunque no muchos, porque llegándose el tiempo de la Pascua se fue acercando a Jerusalén, para celebrarla a los catorce de la luna de marzo. Acompañóle desde entonces su Madre santísima, despedida por entonces de su casa de Nazaret, para seguirle en su predicación, como lo hizo siempre hasta la cruz; salvo en algunas ocasiones que por pocos días se apartaban, como cuando el Señor se fue al Tabor, o para acudir a otras conversiones particulares como a la samaritana, o porque la divina Señora se quedaba con algunas personas acabando de informarlas y catequizarlas, pero luego volvía a la compañía de su Hijo y Maestro, siguiendo al Sol de Justicia hasta el ocaso de su muerte. En estas peregrinaciones caminaba a pie la Reina del cielo, como su Hijo santísimo. Y si el mismo Señor se fatigó en los caminos como consta del evangelio (Jn 4, 6), ¿qué trabajo sería el de la purísima Señora y qué fatigas padecería en tantas jornadas y en todos tiempos sin diferencia? Con este rigor trató la Madre de misericordia su delicadísimo cuerpo. Y fue tanto lo que en solo esto trabajó por nosotros, que jamás podrán satisfacer esta obligación todos los mortales. Algunas veces llegó a sentir tantos dolores y quebrantos, disponiéndolo así el Señor, que era necesario aliviarla milagrosamente, como

lo hacía Su Majestad, otras la mandaba descansar en algún lugar por algunos días, otras veces la aligeraba el cuerpo de manera que pudiera moverse sin dificultad tanto como si volara.

1046. Tenía la divina Maestra en su corazón escrita toda la doctrina y Ley Evangélica, como arriba está declarado (Cf. supra n. 714, 776), y con ser esto así, era tan solícita y atenta en oír la predicación y doctrina de su Hijo santísimo como si fuera nueva discípula, y tenía ordenado a sus Ángeles Santos que la ayudasen especialmente y si fuese menester la avisasen, para que no faltase jamás de la predicación del divino Maestro, salvo cuando estaba ausente. Y siempre que predicaba o enseñaba Su Majestad, le oía la gran Señora puesta de rodillas, dándola sola ella la reverencia y culto que se debía a la persona y a la doctrina, según sus fuerzas alcanzaban. Y porque siempre conocía, como he dicho en otros lugares (Cf. supra n. 481, 990, 1014), las operaciones del alma santísima de su Hijo, y que al mismo tiempo que predicaba estaba orando al Padre interiormente, para que la semilla de su santa doctrina cayese en corazones buenos y diese fruto de vida eterna, hacía la piadosísima Madre esta misma oración y peticiones por los oyentes de su divino Maestro y les daba las mismas bendiciones con ardentísima caridad y lágrimas. Y con su profunda reverencia y atención movía y enseñaba a todos el aprecio que debían hacer de la enseñanza y palabras del Salvador del mundo. Conoció asimismo todos los interiores de los que asistían a la predicación de su Hijo santísimo y el estado de gracia o pecado, de vicios o virtudes que tenían. Y la variedad de estos objetos ocultos a la capacidad humana causaban en la divina Madre diferentes y admirables efectos y todos de altísima caridad y otras virtudes, porque se inflamaba en el celo de la honra del Señor y de que el fruto de su Redención y obras no se perdiese en las

almas, y el peligroso daño de ellas mismas en el pecado la movía a pedir su remedio con incomparable fervor. Sentía íntimo y lastimoso dolor de que Dios no fuese conocido, adorado y servido de todas sus criaturas, y este dolor era igual al conocimiento de las razones que para esto había y ella alcanzaba sobre todo entendimiento humano. De las almas que no admitían la gracia y virtud divina, se dolía con amargura inexplicable, porque solía llorar sangre en este sentimiento. Y en lo que padeció nuestra gran Reina en estas obras y cuidado excedió sin comparación a las penas que padecieron todos los mártires del mundo.

1047. A todos los discípulos que seguían al Señor y Su Majestad recibía para este ministerio, los trataba con incomparable sabiduría y prudencia, y a los que fueron señalados para apóstoles tenía en mayor veneración y aprecio, pero de todos cuidaba como Madre y a todos acudía como poderosa Reina, procurándoles para la vida corporal la comida y otras cosas necesarias. Y algunas veces ordenaba a los Ángeles, cuando no había otro modo de buscarla, que para ellos y algunas mujeres de que cuidaba la trajesen de comer; pero de estas maravillas no daba más noticia de la que era necesaria para confirmarlos en la piedad y fe del Señor. Para ayudarles y adelantarlos en la vida espiritual, trabajó la gran Señora más de lo que se puede comprender, no sólo con las oraciones continuas y peticiones fervorosas que siempre hacía por ellos, pero con el ejemplo, consejo y advertencias que les daba los alimentó y crió como prudentísima Madre y Maestra. Y disponiéndolo así el Señor, cuando se hallaban los apóstoles y discípulos con alguna duda —que tuvieron muchas a los principios— o sentían alguna oculta tentación, luego acudían a la gran Señora para ser enseñados y aliviados de aquella incomparable luz y caridad que en ella resplandecía; y con la dulzura de sus palabras eran dignamente

recreados y consolados, con su sabiduría quedaban enseñados y doctos, con su humildad rendidos, con su modestia compuestos, y todos los bienes juntos hallaron en aquella oficina del Espíritu Santo y sus dones. Y por todos estos beneficios, por la vocación de los discípulos, por la conversión de cualquiera alma, por la perseverancia de los justos y por cualquiera obra de virtud y gracia, daba el retorno y era para la divina Señora día festivo y hacía nuevos cánticos por ello.

1048. Seguían también a Cristo nuestro Redentor en su predicación algunas mujeres desde Galilea, como lo dicen los evangelistas. San Mateo, san Marcos y san Lucas dicen (Mt 17, 55; Mc 15, 40; Lc 8, 2) que le acompañaban y servían algunas que había curado del demonio y de otras enfermedades; porque el Maestro de la vida a ningún sexo excluyó de su secuela, imitación y doctrina, y así le fueron asistiendo y sirviendo algunas mujeres desde el principio de la predicación, disponiéndolo su divina sabiduría, entre otros fines, para que su Madre santísima tuviese compañía con ellas por la mayor decencia. De estas mujeres santas y piadosas tenía cuidado especial nuestra Reina y las congregaba, enseñaba y catequizaba, llevándolas a los sermones de su Hijo santísimo. Y aunque para enseñarlas el camino de la vida eterna estaba ella tan ilustrada de la sabiduría y doctrina del Evangelio, con todo eso, disimulando en parte su gran secreto, se valía siempre de lo que todos habían oído a su Hijo santísimo y con esto daba principio a las exhortaciones y pláticas que hacía a estas mujeres y a otras muchas que en diferentes lugares iban a ella después o antes de oír al Salvador del mundo. Y aunque no todas la seguían, pero la divina Madre las dejaba capaces de la fe y misterios que era necesario informarlas. Y fueron innumerables las mujeres que trajo al conocimiento de Cristo y al camino de la salud eterna y perfección del Evangelio; aunque en ellos no se habla de

esto más que suponiendo seguían algunas a Cristo nuestro Señor, porque no era necesario para el intento de los evangelistas escribir estas particularidades. Hizo la poderosa Señora entre estas mujeres admirables obras, y no sólo las informaba en la fe y virtudes por palabras, sino que con ejemplo las enseñaba a usar y ejercitar la piedad visitando enfermos, pobres, hospitales, encarcelados y afligidos, curando por sus manos propias a los llagados, consolando a los tristes, socorriendo a los necesitados. En las cuales obras, si todas se hubieran de referir, era necesario gastar mucha parte de esta Historia o añadirla.

1049. Tampoco están escritos en la historia del Evangelio, ni en otras eclesiásticas, los innumerables y grandiosos milagros que hizo la gran Reina en el tiempo de la predicación de Cristo nuestro Señor, porque sólo escribieron de los que hizo el mismo Señor en cuanto convenía para la fe de la Iglesia, y era necesario que estuviese ya fundada y confirmada en ella primero que se manifestasen las grandezas particulares de su Madre santísima. Pero, según lo que se me ha dado a entender, es cierto que no sólo hizo muchas conversiones milagrosas, pero que resucitó muertos, curó ciegos y dio salud a muchos. Y esto fue conveniente por muchas razones: lo uno, porque fue como coadjutora de la mayor obra a que vino el Verbo del Eterno Padre a tomar carne al mundo, que fue la predicación y redención, y por ella abrió los tesoros de su omnipotencia y bondad infinita, manifestándola por el Verbo humanado y por su digna Madre; lo otro, porque en estas maravillas fue gloria de entrambos que la misma Madre fuese semejante al Hijo y llegase ella al colmo de todas las gracias y merecimientos correspondientes a su dignidad y premio, y porque con este modo de obrar acreditase a su Hijo santísimo y su doctrina, y así la ayudase en su ministerio con mayor alteza, eficacia y excelencia. Y el estar ocultas

estas maravillas de María santísima fue disposición del mismo Señor y petición de la prudentísima Madre; y así las hacía con tanta disimulación y sabiduría, que de todo se le diese la gloria al Redentor, en cuyo nombre y virtud eran hechas. Y este modo guardaba también en enseñar a las almas: porque no predicaba en público ni en los puestos y lugares determinados para los que lo hacían por oficio, como maestros y ministros de la palabra divina, porque este oficio no ignoraba la gran Señora que no era para las mujeres (1 Cor 14, 34), pero en pláticas y conversaciones privadas hacía estas obras con celestial sabiduría, eficacia y prudencia. Y por este modo y sus oraciones hizo más conversiones que todos los predicadores del mundo han hecho.

1050. Esto se entenderá mejor sabiendo que, a más de la virtud divina que tenían sus palabras, sabía y conocía los naturales, las condiciones, inclinaciones y costumbres de todos, el tiempo, disposición y ocasión más oportuna para reducirlos al camino de la luz, y a esto se juntaban sus oraciones, peticiones y la dulzura de sus prudentísimas razones. Y gobernados todos estos dones por aquella caridad ardentísima con que deseaba reducir a todas las almas al camino de la salud y llevarlas al Señor, era consiguiente que la obra de tales instrumentos fuese grandiosa y rescatase infinitas almas y las ilustrase y moviese; porque nada pedía al Señor que se le negase, y ninguna obra hacía vacía y sin el lleno de santidad que pedía, y siendo ésta de la redención la principal, sin duda cooperó a ella más de lo que en la vida mortal podemos conocer. En todas estas obras procedía la divina Señora con rara mansedumbre, como una paloma sencillísima, y con extremada paciencia y sufrimiento, sobrellevando las imperfecciones y rudeza de los nuevos fieles y alumbrando sus ignorancias, porque era multitud grande los que acudían a ella en determinándose a la fe del Redentor. Siempre guardaba la serenidad de su

magnificencia de gran Reina, pero junto con ella era tan suave y humilde, que sola Su Alteza pudo juntar estas perfecciones en sumo grado, a imitación del mismo Señor. Y entrambos trataban a todos con tanta humanidad y llaneza de perfectísima caridad, que a nadie se le pudo admitir excusa de no ser enseñado de tales maestros. Hablaban, conversaban y comían con los discípulos y mujeres que les seguían, con la medida y peso que convenía para que nadie se extrañase, ni pensase que el Señor no era hombre verdadero, hijo natural de María santísima, y por esto admitía el Señor otros convites con tanta afabilidad, como consta de los evangelios santos.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1051. Hija mía, verdad es que yo trabajé más de lo que piensan y conocen los mortales en acompañar y seguir a mi Hijo santísimo hasta la cruz, y después no fueron menores mis cuidados, como entenderás para escribir la tercera parte de mi vida. Pero entre las molestias de mis trabajos era de incomparable gozo para mi espíritu ver que el Verbo humanado iba obrando la salvación de los hombres y abriendo el libro cerrado con siete sellos (Ap 5, 1) de los misterios ocultos de su divinidad y humanidad santísima; y no me debe menos el linaje humano por lo que me alegraba del bien de cada uno, que por el cuidado con que se le procuraba, porque todo nacía de un mismo amor. En éste quiero que me imites, como frecuentemente te amonesto. Y aunque no oyes con el cuerpo la doctrina de mi Hijo santísimo, ni su voz y predicación, también puedes imitarme en la reverencia con que yo le oía, pues él mismo es el que te habla al corazón y una misma es la verdad y enseñanza; y así te ordeno que cuando reconoces esta luz y voz de tu Esposo y Pastor, te arrodilles con reverencia para atender a ella y con hacimiento de gracias le adora y escribe sus

palabras en tu pecho; y si estuvieres en lugar público, donde no puedas hacer esta humillación exterior, harás-la con el afecto. Y en todo le obedece como si te hallaras presente a su predicación, pues así como el oír-la entonces con el cuerpo sin obrarla no te hiciera dichosa, ahora lo serás si obras lo que oyes en el espíritu, aunque no sea con los oídos exteriores. Grande es tu obligación, porque es grande contigo la liberalísima piedad y misericordia del Altísimo y la mía. No seas tarda de corazón, ni te halles pobre entre tantas riquezas de la divina luz.

1052. Y no sólo a la voz interior del Señor has de oír con reverencia, sino también a sus ministros, sacerdotes y predicadores, cuyas voces son los ecos de la del altísimo Dios y los arcaduces por donde se encamina la doctrina sana de vida, derivada de la fuente perenne de la verdad divina. En ellos habla Dios y resuena la voz de su divina ley; óyelos con tanta reverencia, que jamás halles defecto en ellos ni los juzgues; para ti todos han de ser sabios y elocuentes y en cada uno has de oír a Cristo mi Hijo y mi Señor. Y con esto estarás advertida para no caer en la osadía loca de los mundanos, que con vanidad y soberbia muy reprehensible y odiosa en los ojos de Dios desprecian a sus ministros y predicadores, porque no les hablan a satisfacción de su depravado gusto. Como no van a oír la verdad divina, sólo juzgan de los términos y del estilo, como si la palabra de Dios no fuera sencilla y eficaz, sin tanto adorno y compostura de razones, ajustadas al oído enfermo de los que asisten a ella. No tengas en poco este aviso, y atiende a todos cuantos te diere en esta Historia, que como Maestra quiero informarte en lo poco y en lo mucho, en lo grande y en lo pequeño, porque el obrar en todo con perfección siempre es cosa grande. Asimismo te advierto que para los pobres y ricos que te hablan seas igual, sin diferencia ni acepción de personas, que ésta es otra falta común entre

los hijos de Adán, y mi Hijo santísimo y yo la condenamos y reprobamos, mostrándonos a todos igualmente afables y más con los más despreciados, afligidos y necesitados. La humana sabiduría atiende a las personas, no al ser de las almas ni a sus virtudes, sino a la ostentación mundana, pero la prudencia del cielo mira a la imagen de Dios en todos. Tampoco debes extrañar de que tus hermanos y prójimos entiendan de ti que padeces los defectos de la naturaleza, que son pena del primer pecado, como las enfermedades, cansancio, hambre y otras pensiones. Tal vez el ocultar estos defectos es hipocresía o poca humildad, y los amigos de Dios sólo han de temer el pecado y desear morir por no cometerle; todos los otros defectos no manchan la conciencia, ni es necesario ocultarlos.

CAPITULO 3

La humildad de María santísima en los milagros que obraba Cristo nuestro Salvador y la que enseñó a los apóstoles, para los que ellos habían de obrar en la virtud divina, y otras advertencias.

1053. El principal argumento de toda la Historia de María santísima, si con atención se considera, es una demostración clarísima de la humildad de esta gran Reina y Señora de los humildes; virtud tan inefable en ella, que ni puede ser dignamente alabada, ni con proporción encarecida, porque ni de los hombres ni de los ángeles fue suficientemente comprendida en su impenetrable profundidad. Pero así como en todas las confecciones y medicinas saludables entra la suavidad y dulzura del azúcar y a todas les da su punto, acomodándose a ellas aunque sean más diferentes, así en todas las virtudes de María santísima y en sus obras entra la humildad, levantándolas de punto y acomodándolas al gusto del altísimo Señor y de los hombres, de suerte que

por la humildad la miró Su Majestad y la eligió, y por ella misma todas las naciones la llaman bienaventurada (Lc 1, 48). No perdió la prudentísima Señora un punto, ni ocasión, ni tiempo ni lugar en toda su vida, que dejase perder sin obrar las virtudes que podía, pero mayor maravilla fue que no hiciese obra de virtud sin que entrase en ella su rara humildad. Esta virtud la levantó sobre todo lo que no fue el mismo Dios; pero así como en humildad venció María santísima a todas las criaturas, también por ella venció en su modo al mismo Dios, para hallar tanta gracia en sus ojos (Eclo 3, 20-21) que ninguna gracia le negó el Señor para sí ni para otros, si ella la pidiese. Venció la humildísima Señora a todas las criaturas en humildad, porque en su casa, como queda dicho en la primera parte (Cf. supra p. I n. 400, 473; p. II 419, 900; p. III n. 560ss), venció a su madre Santa Ana y sus domésticos para que la dejaran ser humilde; en el templo, a todas las doncellas y compañeras; en el matrimonio, a San José; en los ministerios humildes, a los Ángeles; en las alabanzas, a los Apóstoles y Evangelistas para que las ocultasen; al Padre y al Espíritu Santo los venció con la humildad para que le ordenasen; y a su Hijo santísimo, para que la tratase de suerte que no diese motivo a ser alabada de los hombres con sus milagros y doctrina.

1054. Este linaje de humildad tan generosa de que ahora trato fue sola para la humildísima entre los humildes, porque ni los demás hijos de Adán ni los mismos ángeles pueden llegar a ella por la circunstancia de las personas, cuando por otras causas no desfalleciéramos tanto en esta virtud. Entenderemos esta verdad, advirtiéndole que en los demás mortales con la mordedura de la antigua serpiente quedó tan entrañado el veneno de la soberbia, que para echarle fuera ordenó la divina sabiduría que sirviese de medicina el efecto del mismo pecado, para que el conocimiento de los propios

defectos, y tan propios de cada uno, nos dieran a conocer nuestra bajeza, que no conocimos en el ser que tuvimos. Claro está que aunque tenemos alma espiritual, pero en este orden tiene el inferior grado, como Dios tiene el supremo y la naturaleza angélica el medio, y por la parte del cuerpo no sólo somos del ínfimo elemento, que es tierra, pero de lo inmundo de ella, que es el barro. Y todo esto no fue ocioso en la sabiduría y poder divino, sino con acuerdo grande, para que el barro tomase su lugar y siempre se reputase para el ínfimo asiento y estuviese en él, aunque se viese más aliñado y adornado de gracias, porque estaban en vaso frágil de barro y polvo. Pero todos perdimos el juicio y desatinamos en esta virtud y humildad tan legítima del ser del hombre, y para restituírnos a otra es necesario que experimentemos, en el fomes y sus pasiones y en nuestras desconcertadas acciones, que somos viles y contentibles. Y aun no basta experimentarlo cada día, para que nos vuelva el seso y confesemos que es inicua perversidad apetecer honra y excelencia humana, quien por naturaleza es polvo y barro y por sus obras indigno aun de tan bajo y terreno ser.

1055. Sola María santísima, sin haberle tocado la culpa de Adán ni sus efectos peligrosos y feos, conoció el arte de la mayor humildad y la llevó a su punto, y sólo porque conoció el ser de la criatura se humilló más que todos los hijos de Adán, conociendo ellos sobre el ser terreno sus pecados propios. Los demás, si fueron humildes, fueron primero humillados, y por la humillación entraron como compelidos en la humildad, y han de confesar con Santo Rey David (Sal 118, 67, 71): *Antes que me humillara delinquí*; y en otro verso: *Bueno fue, Señor, para mí que me humillaste para venir a conocer tus justificaciones*. Pero la Madre de la humildad no entró en ella por la humillación, y antes fue humilde que humillada, y nunca humillada con culpas ni pasiones, sino siempre

generosamente humilde. Y si los ángeles no entran en cuenta con los hombres, porque son de superior jerarquía y naturaleza, sin pasiones ni culpas, con todo eso no pudieron estos soberanos espíritus alcanzar la humildad de María santísima, aunque también se humillaron ante su Criador por ser hechuras suyas. Pero lo que tuvo María santísima de ser terreno y humano, eso le fue motivo para aventajarse a los ángeles por esa parte, que no les pudo mover tanto a ellos su propio ser espiritual para abatirse tanto como esta divina Señora. Y sobre esto se añade la dignidad de ser Madre de Dios y Señora de todas las criaturas y de los mismos ángeles, que ninguno de ellos pudo reconocer en sí dignidad ni excelencia que levantase tanto de punto la virtud de la humildad, como se hallaba en nuestra divina Maestra.

1056. En esta excelencia fue singular y única; que siendo Madre del mismo Dios y Reina de todo lo criado, no ignorando esta verdad, ni los dones de gracia que para ser digna Madre había recibido, ni las maravillas que por ellos obraba, y que todos los tesoros del cielo depositaba el Señor en sus manos y a su disposición, con todo eso, ni por madre, ni por inocente, ni por poderosa y favorecida, ni por sus obras milagrosas, ni por las de su Hijo santísimo, se levantó jamás su corazón del lugar más ínfimo entre todas las criaturas. ¡Oh rara humildad! ¡Oh fidelidad nunca vista entre los mortales! ¡Oh sabiduría que ni los ángeles pudieron alcanzar entre sí mismos! ¿Quién hay que siendo conocido de todos por el mayor, se desconozca él solo y repunte por el más pequeño? ¿Quién supo esconder de sí mismo lo que todos publican de él? ¿Quién para sí fue contentible, siendo para todos admirable? ¿Quién entre la suma excelencia y alteza no perdió de vista la bajeza y convidado con el lugar supremo eligió el ínfimo, y esto no por necesidad ni tristeza, no con impaciencia y forzada, sino con todo corazón, verdad y fidelidad? ¡Oh hijos de Adán, qué

tardos y qué torpes somos en esta ciencia divina! ¡Cómo es necesario que nos oculte muchas veces el Señor nuestros bienes propios, o que con ellos nos cargue algún lastre o contrapeso, para que no demos al través con todos sus beneficios y no meditemos ocultamente alguna rapiña de la gloria que se le debe como autor de todo! Entendamos, pues, cuán bastarda es nuestra humildad y cuán peligrosa, aunque alguna vez la tengamos, pues el Señor —digámoslo así a nuestro modo— ha menester tanto tiento y cuidado en fiarnos algún beneficio o virtud, por la delicadeza de nuestra humildad, y pocas veces nos fía sus dones sin que en ellos eche alguna sisa nuestra ignorancia, a lo menos de complacencia y liviana alegría.

1057. Admiración fue para los ángeles de María santísima, en los milagros de Cristo nuestro Señor, ver el proceder y humildad que en ellos tenía la gran Señora, porque no estaban acostumbrados a ver en los hijos de Adán, ni aun entre sí mismos, aquel modo de abatimiento entre tanta excelencia y obras tan gloriosas; ni se admiraban tanto los divinos espíritus de las maravillas del Salvador, porque ya habían conocido y experimentado en ellas su omnipotencia, como de la fidelidad incomparable con que la beatísima Señora reducía todas aquellas obras en gloria del mismo Dios, reputándose a sí misma por tan indigna como si fuera beneficio suyo no dejarlas de hacer su Hijo santísimo por estar ella en el mundo. Y este género de humildad caía sobre ser ella el instrumento que casi en todas las obras milagrosas movía con sus peticiones al Salvador actualmente para que las hiciese; a más de que, como en otras partes he dicho (Cf. supra n. 788), si María santísima no interviniera entre los hombres y Cristo, no llegara el mundo a tener la doctrina del Evangelio ni mereciera recibirla.

1058. Eran los milagros y obras de Cristo nuestro Señor

tan nuevas en el mundo, que no podía dejar de resultar para su Madre santísima gran gloria y estimación, porque no sólo era conocida de los discípulos y apóstoles, sino que los nuevos fieles acudían casi todos a ella, confesándola por Madre del verdadero Mesías, y dábanle muchos parabienes de las maravillas que hacía su Hijo santísimo. Y todos estos sucesos eran un nuevo crisol de su humildad, porque se pegaba con el polvo y se deshacía en su estimación sobre todo pensamiento criado. Y no se quedaba en este abatimiento tarda y desagradecida, porque junto con humillarse por todas las obras admirables de Cristo daba dignas gracias al Eterno Padre por cada una de ellas y llenaba el vacío de la ingratitud humana. Y con la oculta correspondencia que su alma purísima tenía con la del mismo Salvador, le prevenía para que divirtiese la gloria que los oyentes de su divina palabra la daban a ella, como sucedió en algunas ocasiones de las que cuentan los evangelistas. La una, cuando dio salud al endemoniado mudo, y porque los judíos lo atribuyeron al mismo demonio, despertó el Señor aquella mujer fiel que a voces dijo: *Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que te dieron leche (Lc 11, 27)*. Oyendo estas razones la humilde y advertida Madre, pidió en su interior a Cristo nuestro Señor que divirtiese de ella aquella alabanza, y condescendió Su Majestad con ella de tal manera, que la alabó más por otro modo entonces oculto, porque dijo el Señor: *Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan (Lc 11, 28; Mt 12, 50)*. Y con estas palabras deshizo la honra que a María purísima le daban por Madre y se la dio por santa, enseñando a los oyentes de camino lo esencial de la virtud común a todos, en que su Madre era singular y admirable, aunque por entonces no lo entendieron.

1059. El otro suceso fue, cuando refiere San Lucas que estando predicando nuestro Salvador le dijeron que

venían a Él su Madre y hermanos y no podían llegar a donde estaba por la multitud de la gente; y la prudentísima Virgen, previniendo algún aplauso de los que la conocían por Madre del Salvador, pidió a Su Majestad lo divirtiese, como lo hizo respondiendo: *Mi Madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre, oyen su palabra y la cumplen (Lc 8, 21)*. Y en estas razones tampoco excluyó el Señor a su Madre de la honra que merecía por su santidad, antes bien la comprendió más que a todos; pero dióselo de suerte que no fuese celebrada entre los circunstantes, y ella consiguiese su deseo de que sólo el Señor fuese conocido y alabado por sus obras. En estos sucesos advierto que los digo como diferentes, porque así lo he entendido, y que fueron en diferentes lugares y ocasiones, como lo refiere San Lucas en los capítulos 8 y 11. Y porque San Mateo en el capítulo 12 refiere el mismo milagro de la cura del endemoniado mudo y luego dice que avisaron al Salvador que su Madre estaba fuera con sus hermanos y le querían hablar y lo demás que acabo de referir, por esto algunos expositores sagrados han juzgado que todo lo dicho en estos dos sucesos fue junto y sola una vez. Pero habiéndolo yo preguntado de nuevo por orden de la obediencia, me fue respondido que fueron casos diferentes los que cuenta San Lucas en diversas ocasiones, como se puede colegir de lo demás que contienen los dos capítulos del Evangelista antes de las palabras referidas; porque después del milagro del endemoniado refiere San Lucas (Lc 11, 27) el suceso de la mujer que dijo: *Beatus venter*, etcétera. Y el otro suceso refiere en el capítulo 8, después que predicó el Señor la parábola de la semilla, y el uno y otro suceso fue inmediato a lo que acababa de referir.

1060. Para que mejor se entienda que no discordan los evangelistas, y la razón por qué fue la Reina santísima a buscar a su Hijo en las ocasiones que dicen, advierto que

para dos fines iba de ordinario la divina Madre a donde predicaba Cristo nuestro Salvador y Maestro. El uno por oírle, como arriba dije (Cf. supra n. 1046); el otro, porque era necesario pedirle algún beneficio para las almas, por la conversión de algunas y salud de los enfermos y necesitados; porque estas causas y el remedio de ellas las tomaba por su cuenta la piadosísima Señora, como sucedió en las bodas de Caná. Y para estos y otros fines bien ordenados iba a buscarle, o avisada de los Santos Ángeles o movida por la luz interior, y ésta fue la razón de ir a donde estaba Su Majestad en las ocasiones que refieren los Evangelistas. Y como no sucedía esto sola una vez sino muchas, y el concurso de la gente que seguía la predicación del Salvador era tan grande, por esto sucedió que las dos veces que refieren los Evangelistas, y otras que no dicen, fuese avisado de que su Madre y hermanos le buscaban, y en estas dos ocasiones respondió las palabras que dicen San Mateo y San Lucas. Y no es maravilla que en diferentes partes y lugares repitiese las mismas, como lo hizo de aquella sentencia: *Todo aquel que se ensalzare será humillado; y el que se humillare será ensalzado*; que la dijo el Señor una vez en la parábola del publicano y fariseo y otra en la de los convidados a las bodas, como lo refiere San Lucas en los capítulos 14 y 18 (Lc 14, 11; 18, 14), y aun San Mateo (Mt 23, 12) lo cuenta en otra ocasión.

1061. Y no sólo fue humilde para sí María santísima, sino que fue gran maestra de los apóstoles y discípulos en esta virtud, porque era necesario que se fundasen y arraigasen en ella para los dones que habían de recibir y las maravillas que con ellos habían de obrar, no sólo adelante en la fundación de la Iglesia, sino también desde luego en su predicación. Los sagrados evangelistas dicen que nuestro celestial Maestro envió delante de sí primero a los apóstoles (Mt 10, 5; Lc 9, 2) y después a los setenta y dos discípulos (Lc 10, 1), y les dio potestad de

hacer milagros expeliendo demonios y curando enfermos. Y la gran Maestra de los humildes les advirtió y exhortó con ejemplo y palabras de vida cómo se habían de gobernar en obrar estas maravillas. Y con su enseñanza y peticiones se les infundió a los apóstoles nuevo espíritu de profunda humildad y sabiduría para conocer con más claridad cómo aquellos milagros los hacían en virtud del Señor y que a su poder y bondad sola se le debía toda la gloria de aquellas obras, porque ellos eran unos puros instrumentos; y como al pincel no se le debe la gloria de la pintura, ni a la espada de la victoria, y todo se le atribuye al pintor y al capitán o soldado que lo mueve o gobierna, así la honra y alabanza de las maravillas que harían, toda la habían de remitir a su Señor y Maestro, de quien todo bien se deriva. Y es de advertir que nada de esta doctrina se halla en los evangelios que les dijese el Señor a los apóstoles antes que fuesen a la predicación, porque esto lo hizo la divina Maestra. Y con todo eso, cuando volvieron los discípulos a la presencia de Cristo nuestro Señor y muy alegres le dijeron que en su nombre se les habían sujetado los demonios (Lc 10, 17), entonces el Señor les advirtió que les había dado aquella potestad, pero que no se holgasen por aquellas obras, sino porque sus nombres estaban escritos en el cielo. Tan delicada como esto es nuestra humildad, que aun en los mismos discípulos del Señor tuvo necesidad de tantos magisterios y preservativos.

1062. Para fundar después la Santa Iglesia, fue más importante esta ciencia de la humildad que Cristo nuestro Maestro y su Madre santísima enseñaron a los Apóstoles, por las maravillas que obraron en virtud del mismo Señor, en confirmación de la fe y predicación del Evangelio; porque los gentiles, acostumbrados a dar ciegamente divinidad a cualquiera cosa grande y nueva, viendo los milagros que los Apóstoles hacían, los quisieron adorar por dioses, como sucedió a San Pablo y

San Bernabé en Licaonia, por ver curado un tullido desde su nacimiento (Act 14, 9), y a San Pablo le llamaban Mercurio y a San Bernabé Júpiter. Y después en la isla de Malta, porque San Pablo no murió de la picadura de una víbora como sucedía a todos los que estas serpientes mordían, le llamaron Dios (Act 28, 6). Todos estos misterios y razones prevenía María santísima con la plenitud de su ciencia, y como coadjutora de su Hijo santísimo concurría en la obra de Su Majestad y de la fundación de la Ley de Gracia. En el tiempo de la predicación, que fue tres años, subió Cristo nuestro Señor a celebrar la Pascua a Jerusalén tres veces, y siempre le acompañó su beatísima Madre y se halló presente cuando a la primera ocasión sacó del templo con el azote a los que vendían ovejas, palomas y bueyes en aquella casa de Dios. En estas obras y en las demás que hizo el Salvador ofreciéndose al Padre en aquella ciudad y lugares donde había de padecer, en todas le siguió y acompañó la gran Señora, con admirables afectos de encumbrado amor y acciones de virtudes heroicas, según y como le tocaba, sin perder alguna, y dando a todas la plenitud de perfección que cada una pedía en su orden y ejercitando principalmente la caridad ardentísima que tenía derivada del ser de Dios, que, como estaba en Su Majestad y Dios en ella, era caridad del mismo Señor la que ardía en su pecho y la encaminaba a solicitar el bien de los prójimos con todas sus fuerzas y conato.

Doctrina que me dio la misma Reina del cielo.

1063. Hija mía, toda su maldad y astucia estrenó la antigua serpiente en borrar del corazón humano la ciencia de la humildad, que como semilla santa sembró en él la clemencia de su Hacedor, y en su lugar derramó este enemigo la impía cizaña de la soberbia. Para arrancar ésta y restituirse el alma al bien perdido de la humildad, es necesario que consienta y quiera ser

humillada de otras criaturas y que pida al Señor con incesantes deseos y verdadero corazón esta virtud y los medios para conseguirla. Muy contadas son las almas que se aplican a esta sabiduría y alcanzan la humildad con perfección, porque requiere un vencimiento lleno y total de toda la criatura, a que llegan muy pocos, aun de los que profesan la virtud; porque este contagio ha penetrado tanto las potencias humanas, que casi en todas las obras se refunde, y apenas hay alguna en los hombres que no salga con algún sabor de soberbia, como la rosa con espinas y el grano con la arista. Por esta razón hace el Altísimo tanto aprecio de los verdaderos humildes, y aquellos que alcanzan por entero el triunfo de la soberbia los levanta y coloca con los príncipes de su pueblo y los tiene por hijos regalados y los exime en cierto modo de la jurisdicción del demonio, ni él se les atreve tanto, porque teme a los humildes y sus victorias le atormentan más que las llamas del fuego que padece.

1064. El tesoro inestimable de esta virtud deseo yo, carísima, que llegues a poseer con plenitud y que entregues al Muy Alto todo tu corazón dócil y blando, para que como cera fácil imprima sin resistencia en él la imagen de mis operaciones humildes. Y habiéndote manifestado tan ocultos secretos de este sacramento, es grande la deuda que tienes de corresponder a mi voluntad y no perder punto ni ocasión que te puedas humillar y adelantar en esta virtud que dejes de hacerlo, como conoces que yo lo hice, siendo Madre del mismo Dios y en todo llena de pureza y gracia, y con mayores dones me humillé más, porque en mi estimación excedían más a mis merecimientos y crecían mis obligaciones. Todos los demás hijos de Adán sois concebidos en pecado y ninguno hay que por sí mismo no peque. Y si nadie puede negar esta verdad de su naturaleza infecta, ¿qué razón hay para que no se humille a Dios y a los hombres? El abatirse hasta la tierra y ponerse en el

último lugar después del polvo, no es grande humildad para quien ha pecado, porque siempre tiene más honra de la que merece, y el humilde verdadero ha de bajar a menos lugar del que le toca. Si todas las criaturas le desprecian y aborrecen o le ofenden, si se reputa por digno del infierno, todo esto será justicia más que humildad, porque todo es darle su merecido. Pero la profunda humildad extiéndese a desear mayor humillación de la que le corresponde de justicia al humilde. Y por esto es verdad que ninguno de los mortales puede llegar al género de humildad que yo tuve, como lo has entendido y escrito, pero el Altísimo se da por servido y obligado de que se humillen en lo que pueden y deben de justicia.

1065. Vean ahora los pecadores soberbios su fealdad y entiendan son monstruos del infierno en imitar a Lucifer en la soberbia. Porque este vicio le halló hermoso y con grandes dones de gracia y naturaleza, y aunque se desvaneció de los bienes recibidos, pero en efecto los poseía y los tenía como por suyos; mas el hombre, que es barro, y sobre eso ha pecado y está lleno de fealdad y abominaciones, monstruo es si se quiere engreír y desvanecer, y por este desatino excede al mismo demonio, porque ni tiene la naturaleza tan noble, ni la gracia y hermosura que tenía Lucifer. Y este enemigo y sus secuaces desprecian y hacen burla de los hombres que con tan bajas condiciones se ensoberbecen, porque conocen su locura y delirio contentible y vano. Atiende, pues, hija, a este desengaño y humíllate más que la tierra, sin mostrar más sentimiento que ella cuando el Señor por sí o por las criaturas te humilla. De ninguna te juzgues agraviada ni te des por ofendida; y si aborreces la ficción y mentira, advierte que la mayor es apetecer honra y lugar alto el que por cualquiera pecado, aunque sea leve, merece estar debajo de todo lo visible y más ínfimo del mundo. No atribuyas a las criaturas lo que Dios

hace para humillarte a ti y a ellas con aflicciones y tribulaciones, porque esto es quejarse de los instrumentos, y es orden de la divina misericordia afligir con castigos, para reducir a los hombres a su humillación. Y así lo hace hoy Su Majestad con los trabajos que padecen estos reinos, si acabasen de conocerlo. Humíllate en la divina presencia por ti y por todos tus hermanos para aplacar su enojo, como si tú sola fueras culpada y como si no hubieras satisfecho, pues en la vida nadie puede saber si lo ha hecho, y procura aplacarle como si tú sola le hubieras ofendido. Y en los dones y favores que has recibido y recibieres muéstrate agradecida, como quien menos merece y tanto debe, y con este estímulo humíllate más que todos y trabaja sin cesar para que en parte satisfagas a la divina piedad, que tan liberal se ha mostrado contigo.

CAPITULO 4

Con los milagros y obras de Cristo y con los de San Juan Bautista se turba y equivoca el demonio, Herodes prende y degüella a San Juan Bautista y lo que sucedió en su muerte.

1066. Prosiguiendo el Redentor del mundo en su predicación y maravillas, salió de Jerusalén por la tierra de Judea, donde se detuvo algún tiempo bautizando — como dice el Evangelista San Juan en el capítulo 3 (Jn 3, 22), aunque luego en el 4 (Jn 4, 2) declara bautizaba por mano de sus discípulos--- y al mismo tiempo estaba su precursor San Juan bautista bautizando también en Enón, ribera del Río Jordán cerca de la ciudad de Salín. **Y no era uno mismo el bautismo, porque el Precursor bautizaba en sola agua y con el bautismo de penitencia, pero nuestro Salvador daba su bautismo propio, que era la justificación y eficaz perdón de los pecados, como ahora lo hace el mismo bautismo, infundiendo la gracia**

con las virtudes (e imprimiendo carácter Sacramental del Bautismo). Y a más de esta oculta eficacia y efectos del bautismo de Cristo, se juntaba la eficacia de sus palabras y predicación y la grandeza de los milagros con que todo lo confirmaba. Y por esto concurrieron a él más discípulos y seguidores que al Bautista, cumpliéndose lo que el mismo santo dijo, que convenía creciese Cristo y que él fuese menguado (Jn 3, 30). Al bautismo (Sacramental) de Cristo nuestro Señor asistía de ordinario su Madre santísima, conociendo los efectos divinos que causaba en las almas aquella nueva regeneración, y como si ella los recibiera por medio del Sacramento, los agradecía y daba el retorno a su Autor con cánticos de alabanza y grandes actos de las virtudes; con que en todas estas maravillas granjeaba incomparables y nuevos merecimientos.

1067. Cuando la disposición divina dio lugar a que se levantasen Lucifer y sus ministros de la ruina que padecían con el triunfo de Cristo nuestro Redentor en el desierto, volvió este dragón a reconocer las obras de la humanidad santísima, y dio lugar su Providencia divina para que, quedando siempre oculto a este enemigo el principal misterio, conociese algo de lo que convenía para ser del todo vencido en su misma malicia. Conoció el grande fruto de la predicación, milagros y bautismo de Cristo Señor nuestro y que por este medio innumerables almas se apartarían de su jurisdicción, saliendo de pecado y reformando sus vidas. Y también conoció, en su modo, lo mismo en la predicación de San Juan Bautista y de su bautismo (de penitencia), aunque siempre ignoraba la oculta diferencia de los maestros y sus bautismos; pero del suceso conjeturó la perdición de su imperio, si pasaban adelante las obras de los nuevos predicadores Cristo nuestro bien y San Juan Bautista. Y con esta novedad se halló turbado y confuso Lucifer, porque se reconocía con flacas fuerzas para resistir al

poder del cielo, que sentía contra sí por medio de aquellos nuevos hombres y doctrina. Turbado, pues, en su misma soberbia con estos recelos, juntó de nuevo otro conciliábulo con los demás príncipes de sus tinieblas y les dijo: Grandes novedades son éstas que hallamos en el mundo estos años, y cada día van creciendo, y con ellas también mis recelos de que ya ha venido a él el Verbo divino, como lo tiene prometido, y aunque he rodeado todo el orbe, no acabo de conocerle. Pero estos dos hombres nuevos, que predicán y me quitan cada día tantas almas, me ponen en sospechoso cuidado; y al uno nunca le he podido vencer en el desierto y el otro nos venció y oprimió a todos cuando estuvo en él y nos ha dejado cobardes y quebrantados; y si pasan adelante con lo que han comenzado, todos nuestros triunfos se volverán en confusión. No pueden ser entrambos Mesías, ni tampoco entiendo si lo es alguno de ellos; pero el sacar tantas almas de pecado es negocio tan arduo, que ninguno lo ha hecho como ellos hasta ahora, y supone nueva virtud, que nos importa investigar y saber de dónde nace, y que acabemos con estos dos hombres. Y para todo me seguid y ayudadme con vuestras fuerzas y poder, astucia y sagacidad, y porque sin esto se vendrán a postrar nuestros intentos.

1068. Con este razonamiento determinaron aquellos ministros de maldad perseguir de nuevo a Cristo Salvador nuestro y a su gran precursor San Juan Bautista; pero como no alcanzaban los misterios escondidos en la Sabiduría increada, aunque daban muchos arbitrios y sacaban grandes consecuencias, todas eran disparatadas y sin firmeza, porque estaban alucinados y confusos de ver por una parte tantas maravillas y por otra tan desiguales señales de las que ellos habían concebido de la venida del Verbo humanado. Y para que se entendiese más la malicia que él llevaba y todos sus aliados se hiciesen capaces de los intentos de su príncipe

Lucifer, que eran de inquirir y descubrir lo que ignoraba, sintiendo quebranto sin saber por dónde venía, hacía juntas de demonios, para que manifestasen lo que habían visto y entendido, y les ofrecía grandes premios de imperios en su república de maldad. Y para que se enredase más la malicia de estos infernales ministros en su confusa indignación, permitió el Maestro de la vida que tuviesen mayor noticia de la santidad del Bautista. Y aunque no hacía los milagros que Cristo nuestro Redentor, pero las señales de su santidad eran grandiosas y en las virtudes exteriores era muy admirable. Y también le ocultó Su Majestad algunas extraordinarias maravillas de las suyas al Dragón, y en lo que él llegaba a conocer hallaba gran similitud entre Cristo y Juan, con que se vino a equivocar, sin determinar sus sospechas a quién de los dos daría el oficio y dignidad de Mesías. Entrambos —decía— son grandes santos y profetas; la vida del uno es común, pero extraordinaria y peregrina; el otro hace muchos milagros, la doctrina es casi una misma; entrambos no pueden ser Mesías, pero, sean lo que fueren, yo los reconozco por grandes enemigos míos y santos y los he de perseguir hasta acabar con ellos.

1069. Comenzaron estos recelos en el demonio desde que vio a San Juan Bautista en el desierto con tan prodigioso y nuevo orden de vida desde su niñez, y le pareció era aquella virtud más que de puro hombre. Y por otra parte conoció también algunas obras y virtudes de la vida de Cristo nuestro Señor no menos admirables y las confería el Dragón unas con otras. Pero como el Señor vivía con el modo más ordinario entre los hombres, siempre Lucifer investigaba cuanto podía quién sería San Juan Bautista. Y con este deseo incitó a los judíos y fariseos de Jerusalén, para que enviasen por embajadores a los sacerdotes y levitas que preguntasen al Bautista quién era (Jn 1, 19), si era

Cristo, como ellos pensaban con sugestión del enemigo. Y dejase entender que fue muy vehemente, pues pudieron entender que el Bautista, siendo del tribu de Leví, notoriamente no podía ser Mesías, que conforme a las Escrituras había de ser del tribu de Judá, y ellos eran sabios en la ley que no ignoraban estas verdades. Pero el demonio los turbó y obligó a que hiciesen aquella pregunta con doblada malicia del mismo Lucifer, porque su intento era que respondiese si lo era; y si no lo era, que se desvaneciese con la estimación en que estaba acerca del pueblo que lo pensaba y se complaciese vanamente en ella, o usurpase en todo o en parte la honra que le ofrecían. Y con esta malicia estuvo Lucifer muy atento a la respuesta de San Juan Bautista.

1070. Pero el santo Precursor respondió con admirable sabiduría, confesando la verdad de tal manera, que con ella dejase vencido al enemigo y más confuso que antes. Respondió que no era Cristo. Y replicándole si era Elías; porque los judíos eran tan torpes, que no sabían discernir entre la primera y segunda venida del Mesías, y como de Elías estaba escrito había de venir antes, por esto le preguntaron si era Elías; respondió, que no era él, sino que era la voz que clamaba en el desierto, como lo dijo Isaías, para que enderezasen los caminos del Señor (Jn 1, 20-23). Todas las instancias que hicieron estos embajadores se las administró el enemigo, porque le parecía que si San Juan Bautista era justo diría la verdad, y si no, descubriría claramente quién era; pero cuando oyó que era voz quedó turbado, ignorando y sospechando si quería decir que era el Verbo Eterno. Y crecióle la duda, advirtiéndole en que San Juan Bautista no había querido manifestar a los judíos con claridad quién era. Y con esto engendró sospecha de que llamarse voz había sido disimulación, porque si dijera que era palabra de Dios, manifestaba que era el Verbo y por ocultarlo no se había llamado palabra sino voz; tan deslumbrado como

esto andaba Lucifer en el misterio de la Encarnación. Y cuando pensó que los judíos quedaban ilusos y engañados, lo quedó él mucho más con toda su depravada teología.

1071. Con aquel engaño se enfureció más contra el Bautista; pero acordándose cuán mal había salido de las batallas que con el Señor tuvo a solas y que tampoco a San Juan Bautista le había derribado en culpa de alguna gravedad, determinó hacerle guerra por otro camino. Hallóle muy oportuno, porque el Bautista Santo reprendía a Herodes por el torpísimo adulterio que públicamente cometía con Herodías, mujer de Filipo, su mismo hermano, a quien se la había quitado, como dicen los Evangelistas (Mt 14, 3; Mc 6, 17; Lc 3, 19). Conocía Herodes la santidad y razón de San Juan Bautista y le tenía respeto y temor y le oía de buena gana, pero esto, que obraba en el mal rey la fuerza de la razón y luz, pervertía la execrable y desmedida ira de aquella torpísima Herodías y su hija, parecida y semejante en costumbres a su madre. Estaba la adúltera arrebatada de su pasión y sensualidad y con esto bien dispuesta para ser instrumento del demonio en cualquiera maldad. Incitó al rey para que degollase al Bautista, instigándola primero a ella el mismo enemigo para que lo negociase por diferentes medios. Y habiendo echado preso al que era voz del mismo Dios y el mayor entre los nacidos, llegó el día que celebraba Herodes el cumplimiento de sus infelices años con un convite y sarao que hizo a los magistrados y caballeros de Galilea, donde era rey. Y como en la fiesta introdujese la deshonesta Herodías a su hija para que bailase delante los convidados, hízolo a satisfacción del ciego rey y adúltero, con que se obligó y le ofreció a la saltatriz que pidiese cuanto deseaba, que todo se lo daría, aunque pidiese la mitad de su reino. Ella, gobernada por su madre y entrambas por la astucia de la serpiente, pidió más que el reino y que muchos

reinos, que fue la cabeza del Bautista, y que luego se la diesen en un plato; y así lo mandó el rey por habérselo jurado y haberse sujetado a una deshonesta y vil mujer que le gobernase en sus acciones. Por ignominia afrentosa juzgan los hombres que les llamen mujer, porque les priva este nombre de la superioridad y nobleza que tiene el ser varones; pero mayor mengua es ser menos que mujeres dejándose mandar y gobernar de sus antojos, porque menos es y más inferior el que obedece y mayor es quien le manda. Y con todo eso hay muchos que cometen esta vileza sin reputarla por mengua, siendo tanto mayor y más indigna cuanto es más vil y execrable una mujer deshonesta, porque perdida esta virtud nada le queda que no sea muy despreciable y aborrecible en los ojos de Dios y de los hombres.

1072. Estando preso el Bautista a instancia de Herodías, fue muy favorecido de nuestro Salvador y de su divina Madre por medio de los Santos Ángeles, con quien la gran Señora le envió a visitar muchas veces, y algunas le envió de comer mandándoles se lo preparasen y llevasen; y el Señor de la gracia le hizo grandes beneficios interiores. Pero el demonio, que quería acabar con San Juan Bautista, no dejaba sosegar el corazón de Herodías hasta verle muerto y aprovechábase de la ocasión del sarao. Puso en el ánimo del rey Herodes aquella estulta promesa y juramento que hizo a la hija de Herodías, y así le cegó más, para que impíamente juzgase por mengua y descrédito no cumplir el inicuo juramento con que había confirmado la promesa; y así mandó quitar la cabeza al precursor San Juan Bautista, como consta del Evangelio (Mc 6, 27). Al mismo tiempo la Princesa del mundo conoció en el interior de su Hijo santísimo, por el modo que solía, que se llegaba la hora de morir el Bautista por la verdad que había predicado. Postróse la purísima Madre a los pies de Cristo nuestro Señor y con lágrimas le pidió asistiese en aquella hora a su siervo y precursor

Juan y le amparase y consolase, para que fuese más preciosa en sus ojos la muerte, que por su gloria y en defensa de la verdad había de padecer.

1073. Respondióle el Salvador con agrado de su petición y dijo quería cumplirla con toda plenitud y mandó a la beatísima Madre le siguiese. Y luego por la divina virtud Cristo nuestro Redentor y María santísima fueron movidos milagrosa e invisiblemente y entraron en la cárcel, donde estaba el Bautista amarrado con cadenas y maltratado con muchas llagas; porque la impiísima adúltera, deseando acabarle, había mandado a unos criados —que fueron seis en tres ocasiones— le azotasen y maltratasen, como de hecho lo hicieron por complacer a su ama. Y por este medio pretendió aquella tigre quitar la vida al Bautista antes que sucediera la fiesta y convite, donde lo mandó Herodes. Y el demonio incitó a los crueles ministros, para que con grande ira le maltratasen de obra y de palabra, con grandes contumelias y blasfemias contra su persona y doctrina que predicaba, porque eran hombres perversísimos, como criados y privados de tan infeliz mujer, adúltera y escandalosa. Pero con la presencia corporal de Cristo y de su Madre santísima se llenó de luz aquel lugar de la cárcel donde estaba el Bautista y todo quedó santificado, asistiendo con los Reyes del cielo gran multitud de ángeles, cuando los palacios del adúltero Herodes eran habitación de inmundos demonios y más culpados ministros que cuantos estaban encarcelados por la justicia.

1074. Vio el Santo Precursor al Redentor del mundo y a su santísima Madre con gran refulgencia y muchos coros de Ángeles que les acompañaban, y al punto se le soltaron las cadenas con que estaba preso y sus llagas y heridas fueron sanas y lleno de incomparable júbilo postróse en tierra con profunda humildad y admirable devoción. Pidió la bendición al Verbo encarnado y a su

Madre santísima, diéronsele y estuvieron algún rato en divinos coloquios con su siervo y amigo, que no me detengo en referirlos, sólo diré lo que movió más mis tibios afectos. Dijo el Señor al Bautista con amigable semblante y humanidad: Juan, siervo mío, ¿cómo os adelantáis a vuestro Maestro en ser primero azotado, preso y afligido y en ofrecer la vida y padecer muerte por la gloria de mi Padre, antes que yo padezca? Mucho van caminando vuestros deseos, pues gozáis tan presto el premio en padecer tribulaciones, y tales como yo las tengo prevenidas para mi humanidad; pero en esto remunera mi Eterno Padre el celo con que habéis hecho el oficio de precursor mío. Cúmplanse vuestras ansias afectuosas y entregad el cuello al cuchillo, que yo lo quiero así y que llevéis mi bendición y bienaventuranza de padecer y morir por mi nombre. Yo ofrezco vuestra muerte a mi Padre, con lo que se dilata la mía.

1075. Con la virtud y suavidad de estas razones fue penetrado el corazón del Bautista y prevenido de tanta dulzura del amor divino, que en algún espacio no pudo pronunciar palabra; pero, confortándole la divina gracia, pudo con abundancia de lágrimas responder a su Señor y Maestro, agradeciéndole aquel inefable e incomparable beneficio entre los demás grandes que de su liberal mano tenía recibidos, y con suspiros de lo íntimo del alma dijo: Eterno bien y Señor mío, no pude yo merecer penas y tribulaciones que fuesen dignas de tal favor y consuelo, como gozar de vuestra real presencia y de vuestra digna Madre y mi Señora; indigno soy de este nuevo beneficio. Para que más quede engrandecida vuestra misericordia sin medida, dadme, Señor, licencia para que muera antes que Vos, porque Vuestro Santo Nombre sea más conocido, y recibid el deseo de que fuera por Él más penosa y dilatada la muerte que he de padecer. Triunfen de mi vida Herodes y los pecados y el mismo infierno, que yo la entrego por Vos, amado mío,

con alegría; recibidla, Dios mío, en agradable sacrificio. Y Vos, Madre de mi Salvador y Señora mía, convertid a vuestro siervo los ojos clementísimos de vuestra dulcísima piedad y tenedme siempre en vuestra gracia como Madre y causa de todo nuestro bien. Toda mi vida abracé el desprecio de la vanidad, amé a la cruz que ha de santificar mi Redentor y deseo sembrar con lágrimas, pero nunca pude merecer esta alegría, que en mis tormentos ha hecho dulce el padecer, mis prisiones suaves y la misma muerte apetecible y más amable que la vida.

1076. Entre estas y otras razones que dijo el Bautista, entraron en la cárcel tres criados de Herodes con un verdugo, que sin dilación hizo prevenirlo todo la implacable ira de aquella tan cruel como adúltera mujer; y ejecutando el impío mandato de Herodes, rindió su cuello el santísimo Precursor, y el verdugo le degolló y cortó la cabeza. Al mismo tiempo que se iba a ejecutar el golpe, el Sumo Sacerdote Cristo, que asistía al sacrificio, recibió en sus brazos al cuerpo del mayor de los nacidos y su Madre santísima recibió en sus manos la cabeza, ofreciendo entrambos al Eterno Padre la nueva hostia en la sagrada ara de sus divinas manos. Dio lugar a todo esto, no sólo el estar allí los Sumos Reyes invisibles para los circunstantes, sino una pendencia que trabaron los criados de Herodes sobre cuál de ellos había de lisonjear a la infame saltatriz y a su impiísima madre llevándoles la cabeza de San Juan Bautista. Y en esta competencia se embarazaron tanto, que sin atender de dónde, cogió uno la cabeza de manos de la Reina del cielo, y los demás le siguieron a entregarla en un plato a la hija de Herodías. A la santísima alma del Bautista envió Cristo nuestro Redentor al limbo (de los Padres) con gran multitud de Ángeles que la llevaron, y con su llegada se renovó la alegría de los Santos Padres que allí estaban. Y los Reyes del Cielo se volvieron al lugar donde estaban antes que

fueran a visitar a San Juan Bautista. De la santidad y excelencias de este gran Precursor está mucho escrito en la Santa Iglesia, y aunque faltan otras cosas que decir, y yo he entendido algo, no puedo detenerme en escribirlo, por no divertirme de mi intento ni alargar más esta divina Historia. Y sólo digo que recibió el feliz y dichoso Precursor muy grandes favores de Cristo nuestro Señor y su santísima Madre, por todo el discurso de su vida, en su nacimiento dichoso y en el desierto, en la predicación y santa muerte; con ninguna nación hizo la diestra divina tal.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1077. Hija mía, mucho has ceñido los misterios de este capítulo, pero en ellos se encierra grande enseñanza para ti y para todos los hijos de la luz, como lo has entendido. Escríbela en tu corazón y atiende mucho a la distancia que había entre la santidad y pureza del Bautista, pobre, desnudo, afligido, perseguido y encarcelado, y la fealdad abominable de Herodes, rey poderoso, rico, regalado, servido y entregado a delicias y torpezas. Todos eran de una misma naturaleza humana, pero diferentes en condiciones, por haber usado mal o bien de su libertad, de la voluntad y de las cosas visibles. A Juan nuestro siervo llevaron la penitencia, pobreza, humildad, desprecio, tribulaciones y celo de la gloria de mi Hijo santísimo a morir en sus manos y en las mías, que fue un singular beneficio sobre todo humano encarecimiento. **A Herodes, por el contrario, el fausto, soberbia, vanidad, tiranías y torpezas le llevaron a morir infelizmente por medio de un ministro del Señor, para ser castigado con penas eternas.** Esto mismo has de pensar que sucede ahora y siempre en el mundo, aunque los hombres ni lo advierten ni lo temen. Y así unos aman y otros temen la vanidad y potencia de la gloria del mundo, y no consideran su fin y que se desvanece más que la

sombra y es corruptible más que el heno.

1078. Tampoco atienden los hombres al principal fin y al profundo que los derriban los vicios, aun en la vida presente, pues aunque el demonio no les puede quitar la libertad, ni tiene jurisdicción inmediata contra la voluntad y sobre ella, pero, entregándosela con tan repetidos y graves pecados, llega a cobrar sobre ella tanto dominio que la hace como instrumento sujeto, para usar de él en cuantas maldades le propone. Y con tener tantos y tan lamentables ejemplos, no acaban los hombres de conocer este formidable peligro y a donde pueden llegar por justos juicios del Señor, como llegó Herodes, mereciéndolo sus pecados, y lo mismo sucedió a su adúltera. Para llevar las almas a este abismo de maldad, encamina Lucifer a los mortales por la vanidad, por la soberbia, por la gloria del mundo y sus deleites torpes, y sólo esto les propone y representa por grande y apetecible. Y los ignorantes hijos de perdición sueltan las riendas de la razón para seguir sus inclinaciones y torpezas de la carne y ser esclavos de su mortal enemigo. Hija mía, el camino de la humildad y desprecio, del abatimiento y aflicciones es el que enseñó Cristo mi Hijo santísimo, y yo con él. Este es camino real de la vida, y el que anduvimos primero nosotros y nos constituimos por especiales maestros y protectores de los afligidos y trabajados. Y cuando nos llaman en sus necesidades les asistimos por un modo maravilloso y con especiales favores, y de este amparo y beneficio se privan los seguidores del mundo y de sus vanas delectaciones que aborrecen el camino de la cruz. Para él fuiste llamada y convidada y eres traída con la suavidad de mi amor y doctrina. Sígueme y trabaja para imitarme, pues hallaste el tesoro escondido y la margarita preciosa, por cuya posesión debes privarte de todo lo terreno y de tu misma voluntad, en cuanto fuere contraria a la del altísimo Señor y mío.

CAPITULO 5

Los favores que recibieron los [Santos] Apóstoles de Cristo nuestro Redentor por la devoción con su Madre santísima, y por no tenerla [el Apóstol] Judas Iscariotes caminó a su perdición.

1079. Milagro de milagros de la Omnipotencia divina y maravilla de maravillas era el proceder de la prudentísima María Señora nuestra con el Sagrado Colegio de los Sagrados Apóstoles y discípulos de Cristo nuestro Señor y su Hijo santísimo. Y aunque esta rara sabiduría es indecible, pero si intentara manifestar todo lo que de ella se me ha dado a entender, fuera necesario escribir un gran volumen de solo este argumento. Diré algo en este capítulo y en todo lo restante que falta, como se fuere ofreciendo, y todo será muy poco; de aquí se podrá colegir lo suficiente para nuestra enseñanza. A todos los discípulos que recibía el Señor en su divina escuela, les infundía en el corazón especial devoción y reverencia con su Madre santísima, como convenía, habiéndola de ver y tratar tan familiarmente en su compañía. Pero aunque esta semilla santa de la divina luz era común a todos, no era igual en cada uno con el otro, porque, según la dispensación del Señor y las condiciones de los sujetos y los ministerios y oficios a que los destinaba, distribuía Su Majestad estos dones. Y después, con el trato y conversación dulcísima y admirable de la gran Reina y Señora, fueron creciendo en su reverencial amor y veneración, porque a todos los hablaba, amaba, consolaba, acudía, enseñaba y remediaba en todas sus necesidades, sin que jamás de su presencia y pláticas saliesen sin plenitud de alegría interior, de gozo y consuelo mayor del que su mismo deseo le pedía. Pero el fruto bueno o mejor de estos beneficios era conforme a la disposición del corazón

donde se recibía esta semilla del cielo.

1080. Salían todos llenos de admiración y formaban conceptos altísimos de esta gran Señora, de su prudencia y sabiduría, santidad, pureza y grandiosa majestad, junta con una suavidad tan apacible y humilde, que ninguno hallaba términos para explicarla. Y el Altísimo también lo disponía así, porque, como dije arriba, libro V, capítulo 28, no era tiempo de que se manifestase al mundo esta arca mística del Nuevo Testamento. Y como el que mucho desea hablar y no puede manifestar su concepto, le reconcentra más en su corazón, así los Sagrados Apóstoles, violentados dulcemente del silencio propio, reducían sus fervores en mayor amor de María santísima y en alabanza oculta de su Hacedor. Y como la gran Señora en el depósito de su incomparable ciencia conocía los naturales de cada uno, su gracia, su estado y ministerio a que estaba diputado, en correspondencia de esta inteligencia procedía con ellos en sus peticiones al Señor y en la enseñanza y palabras y en los favores que convenían a cada uno según su vocación. Y este modo de proceder y obrar en pura criatura, tan medido al gusto del Señor, fue en los Santos Ángeles de nueva y grande admiración; y por la oculta providencia hacía el Todopoderoso que los mismos Apóstoles correspondiesen también a los beneficios y favores que por su Madre recibían. Y todo esto hacía una divina armonía oculta a los hombres y sólo a los celestiales espíritus patente.

1081. En estos favores y sacramentos fueron señalados San Pedro y San Juan: el primero, porque había de ser vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia militante, y por esta excelencia prevenida del Señor amaba su Madre santísima a San Pedro y le reverenciaba con especial respeto; y al segundo, porque había de quedar en lugar del mismo Señor por Hijo suyo y para compañía y asistencia de la purísima Señora en la tierra. De manera

que estos dos Apóstoles, en cuyo gobierno y custodia se habían de repartir la Iglesia mística, María santísima, y la militante de los fieles, fueron singularmente favorecidos de esta gran Reina del mundo; pero como San Juan Evangelista era elegido para servirla y llegar a la dignidad de hijo suyo adoptivo y singular, recibió el Santo particulares dones en orden al obsequio de María santísima y desde luego se señaló en él. Y aunque todos los Apóstoles en esta devoción excedieron a nuestra capacidad y concepto, el Evangelista Juan alcanzó más de los ocultos misterios de esta Ciudad Mística del Señor y recibió por ella tanta luz de la divinidad, que excedió en esto a todos los Apóstoles, como lo testifica su Evangelio; porque toda aquella sabiduría se le concedió por medio de la Reina del cielo, y la excelencia que tuvo este evangelista entre todos los apóstoles de llamarse el Amado de Jesús (Jn 21, 20), la alcanzó por el amor que él tuvo a su Madre santísima, y por la misma razón fue también correspondido de la divina Señora, que por excelencia fue el discípulo amado de Jesús y de María.

1082. Tenía el Santo Evangelista algunas virtudes, a más de la castidad y virginal pureza, que para la Reina de todas eran de mayor agrado, y entre ellas una sinceridad columbina —como de sus escritos se conoce— y una humildad y mansedumbre pacífica, que le hacía más apacible y tratable; y a todos los pacíficos y humildes de corazón llamaba la divina Madre retratos de su Hijo santísimo. Y por estas condiciones señaladas entre todos los Apóstoles se le inclinó más la Reina y él estuvo más dispuesto para que se imprimiese en su corazón reverencial amor y afecto de servirla. Y desde la primera vocación, como arriba dije (Cf. supra n. 1028), comenzó San Juan Evangelista a señalarse entre todos en la veneración de María santísima y a obedecerla con reverencia de humildísimo esclavo. Asistíala con más continuación que todos y, cuanto era posible, procuraba

estar en su presencia y aliviarla de algunos trabajos corporales que la Señora del mundo hacía por sus manos. Y alguna vez le sucedió al dichoso Apóstol ocuparse en estas obras humildes, compitiendo en ellas con porfía santa con los Ángeles de la misma Reina; y a los unos y otros los vencía ella y las hacía por sí misma, porque en esta virtud siempre triunfó de todos, sin que nadie la pudiese vencer ni igualar en el menor acto. Era también muy diligente el amado discípulo en dar cuenta a gran Señora de todas las obras y maravillas del Salvador, cuando ella no estaba presente, y de los nuevos discípulos y convertidos a su doctrina. Siempre estaba atento y estudioso para conocer en lo que más la serviría y daría gusto, y como lo entendía así lo ejecutaba todo.

1083. Señalóse también San Juan Bautista en la reverencia con que trataba de palabra a María santísima, porque en presencia siempre la llamaba Señora o mi Señora, y en ausencia la nombraba Madre de nuestro Maestro Jesús; y después de la Ascensión del mismo Señor la llamó el primero Madre de Dios y del Redentor del mundo, y en presencia, Madre y Señora. Dábale también otros títulos: Restauradora del pecado, Señora de las gentes; y en particular fue San Juan Evangelista el primero que la llamó María de Jesús, como se nombró muchas veces en la primitiva Iglesia; y le dio este nombre porque conoció que en su alma santísima de nuestra gran Señora hacían dulcísima consonancia estas palabras cuando las oía. Y en la mía deseo alabar con júbilo al Señor, porque, sin poderlo merecer, me llamó a la luz de la Santa Iglesia y fe y a la vocación de la religión que profeso debajo de este mismo nombre. Conocían los demás apóstoles y discípulos la gracia que San Juan Evangelista tenía con María santísima y muchas veces le pedían a él que fuese intercesor con Su Majestad en algunas cosas que le querían proponer o pedir; y la suavidad del Santo

Apóstol intervenía por sus ruegos como quien conocía tanto de la piedad amorosa de la dulcísima Madre. Otras cosas sobre este intento diré adelante, en especial en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 590), y se pudiera hacer una larga historia sólo de los favores y beneficios que San Juan Evangelista recibió de la Reina y Señora del mundo.

1084. Después de los dos Apóstoles San Pedro y San Juan Evangelista, fue muy amado de la Madre santísima el Apóstol Santiago, hermano del Evangelista, y recibió este Apóstol admirables favores de mano de la gran Señora, como de algunos veremos en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 325, 352, 384, 399). Y también San Andrés fue de los carísimos de la Reina, porque conocía que este Gran Apóstol había de ser especial devoto de la pasión y cruz de su Maestro y había de morir a imitación suya en ella. Y aunque no me detengo en los demás Apóstoles, pero a unos por unas virtudes y a otros por otras, y a todos por su Hijo santísimo, los amaba y respetaba con rara prudencia, caridad y humildad. En este orden entraba también la Magdalena, a quien miró nuestra Reina con amoroso afecto, por el amor que tenía ella a su Hijo santísimo y porque conoció que el corazón de esta eminente penitente era muy idóneo para que la diestra del Todopoderoso se magnificase en ella. Tratóla María santísima muy familiarmente entre las demás mujeres y la dio luz de altísimos misterios, con que la enamoró más de su Maestro y de la misma Señora. Consultó la Santa con nuestra Reina los deseos de retirarse a la soledad para vacar al Señor en continua penitencia y contemplación, y la dulcísima Maestra le dio una grandiosa instrucción de la vida que en el yermo guardó después la Santa, y fue a él con su beneplácito y bendición, y allí la visitó por su persona una vez, y muchas por medio de los Ángeles que la enviaba para animarla y consolarla en aquel horror de la soledad. Las

otras mujeres que seguían al Maestro de la vida fueron también muy favorecidas de su Madre santísima; y a ellas y a todos los discípulos hizo incomparables beneficios, y todos fueron intensamente devotos y aficionados de esta gran Señora y Madre de la gracia, porque todos y todas la hallaron con abundancia en ella y por ella, como en su oficina y depósito, donde la tenía Dios para todo el linaje humano. Y no me alargo más en esto; porque a más de no ser necesario, por la noticia que hay en la Santa Iglesia, era menester mucho tiempo para esta materia.

1085. Sólo del mal apóstol Judas Iscariotes diré algo de lo que tengo luz, porque lo pide esta Historia y de ella hay menor noticia, y será de alguna enseñanza para los pecadores y de escarmiento para los obstinados y aviso para los poco devotos de María santísima; si hay alguno que lo sea poco con una criatura tan amable, que el mismo Dios con amor infinito la amó sin tasa ni medida, los Ángeles con todas sus fuerzas espirituales, los Apóstoles y Santos con íntimo y cordial afecto y todas las criaturas deben amarla con contenciosa porfía y todo será menos de lo que debe ser amada. Este infeliz apóstol comenzó a errar este camino real de llegar al amor divino y a sus dones. Y la inteligencia que de ello se me ha dado para escribirlo con lo demás, es como se sigue.

1086. **Vino Judas Iscariotes a la escuela de Cristo nuestro Maestro, movido de la fuerza de su doctrina en lo exterior y en lo interior del buen espíritu que movía a otros.** Y traído con estos auxilios pidió al Salvador le admitiese entre sus discípulos, y el Señor le recibió con entrañas de amoroso padre, que a ninguno desecha si con verdad le buscan. Recibió Judas Iscariotes en los principios otros mayores favores de la divina diestra, con que se adelantó a algunos de los demás discípulos, y fue señalado por uno de los Doce Apóstoles; porque el

Señor le amaba según la presente justicia, conforme al estado de su alma y obras santas que hacía como los demás. La Madre de la Gracia y de Misericordia le miró también con ella por entonces, aunque desde luego conoció con su ciencia infusa la traición que alevosamente había de cometer en el fin de su apostolado. Pero no por esto le negó su intercesión y caridad maternal, **antes con mayor celo y atención tomó la divina Señora por su cuenta justificar en cuanto le era posible la causa de su Hijo santísimo con este infeliz apóstol**, para que su maldad no tuviese achaque ni disculpa aparente ni humana cuando la intentase. Y conociendo que aquel natural no se vencería con rigor, antes llegaría más presto a su obstinación, cuidaba la prudentísima Señora que nada le faltase a Judas Iscariotes de lo necesario y conveniente, y con mayores demostraciones de caricia y suavidad le acudía, le hablaba y trataba entre todos. Y esto fue de manera que llegando alguna vez los discípulos a tener entre sí sus emulaciones sobre quién había de ser más privado de la Reina purísima —como también con el Hijo lo dice el evangelio (Lc 22, 24)— nunca Judas Iscariotes pudo tener estos recelos ni achaques, porque siempre esta Señora le favoreció mucho en los principios y él se mostró tal vez agradecido a estos beneficios.

1087. Pero como el natural le ayudaba poco a Judas Iscariotes, y entre los discípulos y apóstoles había algunas faltas de hombres no del todo confirmados en la perfección, ni por entonces en la gracia, comenzó el imprudente discípulo a pagarse de sí mismo más de lo que debía y a tropezar en los defectos de sus hermanos, notándolos más que a los propios. Y admitido este primer engaño sin reparo ni enmienda, fue creciendo tanto la viga en sus propios ojos, cuanto con más indiscreta presunción miraba las pajuelas en los ajenos y murmuraba de ellas, pretendiendo enmendar en sus

hermanos, con más presunción que celo, las faltas más leves y cometiéndolas él mucho mayores. Y entre los demás apóstoles notó y juzgó a San Juan Evangelista por entremetido con su Maestro y con su Madre santísima, aunque él era tan favorecido de entrambos. Con todo eso, hasta aquí no pasaban los desórdenes de Judas Iscariotes más que a culpas veniales, sin haber perdido la gracia justificante; pero éstas eran de mala condición y muy voluntarias, porque a la primera, que fue de alguna vana complacencia, le dio entrada muy libre, y ésta llamó luego a la segunda, de alguna envidia, y de aquí resultó la tercera, que fue calumniar en sí mismo y juzgar con poca caridad las obras que sus hermanos hacían, y tras éstas se abrió puerta para otras mayores; porque luego se le entibió el fervor de la devoción, se le resfrió la caridad con Dios y con los prójimos y se le fue remitiendo y extinguendo la luz del interior, y ya miraba a los apóstoles y a la santísima Madre con algún hastío y poco gusto de su trato y obras santísimas.

1088. Todo este desconcierto de Judas Iscariotes iba conociendo la prudentísima Señora; y procurando su remedio y curarle en salud [espiritual], antes que se entregase a la muerte del pecado, le hablaba y amonestaba como a hijo carísimo, con extremada suavidad y fuerza de razones. Y aunque alguna vez sosegaba aquella tormenta que se comenzaba a levantar en el inquieto corazón de Judas Iscariotes, pero no perseveraba en su tranquilidad y luego se desazonaba y turbaba de nuevo. Y dando más entrada al demonio, llegó a enfurecerse contra la mansísima paloma, y con hipocresía afectada intentaba ocultar sus culpas o negarlas y darles otras salidas, como si pudiera engañar a sus divinos maestros o recelarles el secreto de su pecho. Perdió con esto la reverencia interior a la Madre de Misericordia, despreciando sus amonestaciones y dándole en rostro aquella dulzura de sus palabras y

documentos. Con este ingrato atrevimiento perdió la gracia, y el Señor se indignó gravemente y mereciéndolo sus desmesurados desacatos le dejó en manos de su consejo (Eclo 15, 14), porque él mismo, desviándose de la gracia e intercesión de María santísima, cerró las puertas de la misericordia y de su remedio. Y de este aborrecimiento, que admitió con la dulcísima Madre, pasó luego a indignarse con su Maestro y aborrecerle, descontentándose de su doctrina y juzgando por muy pesada la vida de los Apóstoles y su comunicación.

1089. Con todo esto no le desamparó luego la divina Providencia y siempre le enviaba auxilios interiores a su corazón, aunque éstos eran más comunes y ordinarios de los que antes recibía, pero suficientes si quisiera obrar con ellos. Y a más de éstos se juntaban las exhortaciones dulcísimas de la clementísima Señora, para que se redujese y humillase a pedir perdón a su divino Maestro y Dios verdadero; y le ofreció de parte del mismo Señor la misericordia y de la suya que le acompañaría y rogaría por él y haría la misma Señora penitencia por sus pecados con obras penales, y sólo quería de él que se doliese de ellos y se enmendase. A todos estos partidos se le ofreció la Madre de la gracia, para remediar en sus principios la caída de Judas Iscariotes, como quien conocía que no era el mayor mal el caer, sino no levantarse y perseverar en el pecado. No podía negar el soberbio discípulo a su conciencia el testimonio que le daba de su mal estado, pero comenzando a endurecerse temió la confusión que le podía adquirir gloria y cayó en la que le aumentó su pecado. Y con esta soberbia no admitió los consejos saludables de la Madre de Cristo, antes negó su daño, protestando con palabras fingidas que amaba a su Maestro y a los demás y que no tenía en esto de qué enmendarse.

1090. Admirable ejemplo de caridad y paciencia fue el

que nos dejaron Cristo Salvador nuestro y su Madre santísima en el proceder que tuvieron con Judas Iscariotes después de su caída en pecado, porque de tal manera lo toleraron en su compañía, que jamás le mostraron el semblante airado ni mudado, ni dejaron de tratarle con la misma suavidad y agrado que a los demás. **Y ésta fue la causa de ocultárseles tanto a los Santos Apóstoles el mal interior de Judas Iscariotes, no obstante que su Ordinaria conversación y trato daba grandes indicios de su mala conciencia y espíritu;** porque no es fácil ni casi posible violentar siempre las inclinaciones para ocultarlas y disimularlas, y en las cosas que no son muy deliberadas siempre obramos conforme al natural y costumbres, y entonces por lo menos las damos a conocer a quien nos trata mucho. Esto mismo sucedía con Judas Iscariotes en el apostolado. Pero como todos conocían la afabilidad y amor con que le trataban Cristo nuestro Redentor y su Madre santísima, sin hacer mudanza en esto, desmentían sus sospechas y los malos indicios que él les daba de su caída. Por esta misma razón se hallaron todos atajados y dudosos cuando en la última cena legal les dijo el Señor que uno de ellos le había de entregar, y cada uno preguntaba de sí si era él mismo. Y porque San Juan Evangelista, con la mayor familiaridad, llegó a tener alguna luz de las maldades de Judas Iscariotes y vivía en esto con más recelos, por esto se lo declaró el mismo Señor, aunque con señas, como consta del Evangelio (Jn 13, 26); pero hasta entonces nunca Su Majestad dio indicio de lo que en Judas Iscariotes pasaba. Y en María santísima es más admirable esta paciencia, por la parte de ser Madre y pura criatura, y que estaba mirando ya de cerca la traición que aquel desleal discípulo había de cometer contra su Hijo santísimo, a quien amaba como Madre y no como sierva.

1091. ¡Oh ignorancia!, ¡oh estulticia nuestra! ¡Qué diferentemente procedemos los hijos de los hombres, si

alguna pequeña injuria recibimos mereciendo tantas! ¡Qué pesadamente sufrimos las flaquezas ajenas, queriendo que todos toleren las nuestras! ¡Qué dificultoso se nos hace el perdonar una ofensa, pidiendo cada día y cada hora que nos perdone el Señor las nuestras! ¡Qué prontos y qué crueles somos en publicar las culpas de nuestros hermanos y qué resentidos y airados de que alguno hable de las nuestras! A nadie medimos con la medida que queremos ser medidos y no queremos ser juzgados con el juicio que hacemos de los otros (Lc 6, 37-38). Todo esto es perversidad y tinieblas y aliento de la boca del Dragón infernal, que quiere oponerse a la excelentísima virtud de la caridad y desconcertar el orden de la razón humana y divina; y porque Dios es caridad y el que la ejerce perfectamente está en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16), Lucifer es ira y venganza y el que la ejecuta está en él y él le gobierna en todos los vicios que se oponen al bien del prójimo. Confieso que la hermosura de la virtud de la caridad me ha llevado siempre todos mis deseos de tenerla por amiga, pero también veo, en el claro espejo de estas maravillas de caridad con el ingratisimo apóstol, que jamás he llegado al principio de esta nobilísima virtud.

1092. Y porque no me reprenda el Señor de haber callado, añadiré a lo dicho otra causa que tuvo Judas Iscariotes en su ruina. Desde que fue creciendo el número de los apóstoles y discípulos, determinó luego Su Majestad que alguno de ellos se encargase de recibir las limosnas y dispensarlas como síndico o mayordomo para las necesidades comunes y pagar los tributos, y sin señalar Cristo nuestro Señor ninguno se lo propuso a todos. Al punto le apeteció y codició Judas Iscariotes, temiéndole todos y huyendo de este oficio en su interior. Y para alcanzarle el codicioso discípulo, se humilló a pedir a San Juan Evangelista lo tratase con la

Reina santísima, para que ella lo concertase con el mismo Señor. Pidiólo San Juan Evangelista como lo deseaba Judas Iscariotes, pero la prudentísima Madre, como conocía que la petición no era justa ni conveniente, sino de ambicioso y codicioso afecto, no quiso proponerla al divino Maestro. Hizo la misma diligencia Judas Iscariotes por medio de San Pedro y otros Apóstoles para que lo pidiesen y tampoco se le lograba, porque la clemencia del Altísimo quería impedirlo o justificar su causa cuando lo permitiese. Con esta resistencia el corazón de Judas Iscariotes, poseído ya de la avaricia, en lugar de sosegar y entibiarse en ella, se encendió más en la llama que infelizmente le abrasaba, instigándole Satanás con pensamientos ambiciosos y feos, aun para cualquier persona de otro estado. Y si en los demás fueran indecentes y culpables el admitirlos, mucho más en Judas Iscariotes, que era discípulo en la escuela de mayor perfección y a la vista de la luz del Sol de Justicia Cristo y de la luna María. Ni en el día de la abundancia y de la gracia pudo dejar de conocer el delito de admitir tales sugerencias cuando el sol de su divino Maestro le iluminaba, ni en la noche de la tentación, pues en ella la luna de María le influía lo que le convenía para librarse del veneno de la serpiente. Pero como huía de la luz y se entregaba a las tinieblas, corría tras el precipicio y se arrojó a pedir él mismo a María santísima el ministerio que pretendía, perdiendo el miedo y disimulando su codicia con color de virtud. Llegóse a ella y la dijo que la petición de Pedro y Juan, sus hermanos, que en su nombre le habían propuesto, era con deseo de servirla a ella y a su Hijo con toda diligencia, porque no todos acudían a esto con el cuidado que era justo; que le suplicaba lo alcanzase de su Maestro.

1093. La gran Señora del mundo con gran mansedumbre le respondió: Considera bien, carísimo, lo que pides y

examina si es recta la intención con que lo deseas, y advierte si te conviene apetecer lo que todos tus hermanos los discípulos temen y no lo admitirán si no son compelidos de la obediencia de su Maestro y Señor. El te ama más que tú a ti mismo y sabe sin engaño lo que te conviene; déjate a su santísima voluntad y muda de intento y procura atesorar la humildad y pobreza. Levántate de donde has caído, que yo te daré la mano, y mi Hijo usará contigo de su amorosa misericordia.— ¿A quién no rindieran estas dulcísimas palabras y fuertes razones, oídas de tan divina y amable criatura como María santísima? Pero no se ablandó ni movió aquel corazón fiero y diamantino, antes se indignó interiormente y se dio por ofendido de la divina Señora, que le ofrecía el remedio de su mortal dolencia; porque un ímpetu desenfrenado de ambición y codicia en la concupiscible luego irrita a la irascible contra quien le impide y los sanos consejos reputa por agravios. Pero la mansísima y amable paloma disimuló con Judas Iscariotes, no hablándole más entonces, por su obstinación.

1094. Despedido de María santísima, no sosegaba Judas Iscariotes en su avaricia, y desnudándose del pudor y vergüenza natural, y aun de la fe interior, se resolvió en acudir él mismo a Cristo su divino Maestro y Salvador. Y vestida su furia con piel de oveja, como fino pretendiente, llegó a Su Majestad y le dijo: Maestro, yo deseo hacer vuestra voluntad y serviros con ser dispensero y depositario de las limosnas que recibimos, y acudiré con ellas a los pobres, cumpliendo con vuestra doctrina de hacer con los prójimos lo mismo que con nosotros queremos se haga, y procuraré dispensar con orden y razón y a vuestra voluntad, mejor que hasta ahora se hacía.— Estas y otras razones dijo el fingido hipócrita a su Dios y Maestro, cometiendo enormes pecados y muchos de una vez; porque, en primer

lugar, mentía y tenía otra intención segunda y oculta; a más de esto, se fingía lo que no era, como ambicioso de la honra que no merecía, no queriendo parecer lo que era, ni ser lo que deseaba parecer; murmuró también de sus hermanos, desacreditándolos y alabándose a sí mismo, que todas son jornadas muy trilladas de los ambiciosos. Pero, lo que más es de ponderar, perdió la fe infusa que tenía, pretendiendo engañar a Cristo su celestial Maestro con la fingida hipocresía que mostró en lo de afuera. Porque si creyera entonces con firmeza que Cristo era Dios verdaderamente como verdadero hombre, no pudiera hacer juicio de que le había de engañar, pues como Dios conociera lo más oculto de su corazón (Jn 6, 65), que le era patente; y no sólo como Dios con su ciencia infinita, pero como hombre con la ciencia infusa y beatífica, advirtiera y creyera lo podía conocer, como de hecho lo conocía, desistiera de su doloso intento. **Todo esto descreyó Judas Iscariotes, y a los demás pecados añadió el de la herejía.**

1095. Cumplióse en este desleal discípulo a la letra lo que dijo (1 Tim 6, 9-10) después el Apóstol: *Que los que desean ser ricos vienen a caer en la tentación, y se enredan en los lazos del demonio y en deseos inútiles y vanos, que arrojan a los hombres a la perdición y eterna muerte; porque la codicia es raíz de todos los males, y muchos por irse tras ella erraron en la fe y se introdujeron en muchos dolores.* Todo esto sucedió al avariento y pérfido apóstol, cuya codicia fue tanto más vil y reprensible, cuanto era más vivo y admirable el ejemplo de la alta pobreza que tenía presente en Cristo nuestro Señor y su Madre santísima y todo el apostolado, donde sólo había algunas moderadas limosnas. Pero imaginó el mal discípulo que, con los grandes milagros de su Maestro y con los muchos que le seguían y se le allegaban, crecerían las limosnas y ofrendas en que pudiese meter las manos. Y como no lo conseguía

conforme sus deseos, se atormentaba con ellos mismos, como lo manifestó en la ocasión que la Magdalena gastó los preciosos aromas para ungir al Salvador, donde la codicia de cogerlos le hizo tasador de su precio y dijo que valían más de trescientos reales y que se les quitaban a los pobres, a quien se podían repartir. Y esto decía porque le dolía mucho no haberlos cogido para sí, que de los pobres no tenía cuidado, antes se indignaba mucho con la Madre de misericordia, porque daba tantas limosnas, y con el mismo Señor, porque no admitía y recibía más para entregarse de ello, y con los apóstoles y discípulos, porque no pedían, y con todos estaba enfadado y se mostraba ofendido. Y algunos meses antes de la muerte del Salvador se comenzó a desviar muchos ratos de los demás apóstoles, alejándose de ellos y del Señor, porque le atormentaba su compañía y sólo venía a coger las limosnas que podía. Y en estas salidas le puso el demonio en el corazón que acabase del todo con su Maestro y le entregase a los judíos, como sucedió.

1096. Pero volvamos a la respuesta que le dio el Maestro de la vida, cuando le pidió Judas Iscariotes el oficio de dispensero, para que en este suceso se manifieste cuán ocultos y formidables son los juicios del Altísimo. Deseaba el Salvador del mundo desviarle del peligro que conocía en su petición y que en ella buscaba este codicioso apóstol su final perdición. Y para que no se llamase a engaño, le respondió y dijo Su Majestad: ¿Sabes, oh Judas, lo que deseas y pides? No seas tan cruel contra ti mismo, que tú busques y solicites el veneno y las armas con que te puedes causar la muerte.—Replicó Judas: Yo, Maestro, deseo servirlos, empleando mis fuerzas en beneficio de vuestra congregación y por este camino lo haré mejor que por otro alguno, como lo ofrezco sin falta.—Con esta porfía de Judas Iscariotes en buscar y amar el peligro, justificó Dios su causa para dejarle entrar y perecer en él. Porque resistió a la luz y

se endureció contra ella, y mostrándole el agua y el fuego (Eclo 15, 17), la vida y la muerte, extendió la mano y eligió su perdición, quedando justificada la justicia y engrandecida la misericordia del Altísimo, que tantas veces se le fue a convidar y entrar por las puertas de su corazón, de donde le arrojó y admitió al demonio. Otras cosas diré más adelante (Cf. infra n. 1110, 1133, 1199, 1205, 1226), de las infelices maldades de Judas Iscariotes, para escarmiento de los mortales, por no alargar más este capítulo y porque pertenecen a otro lugar de la Historia donde sucedieron. ¿Quién de los hombres sujetos a pecar no temerá con gran pavor, viendo otro de su misma naturaleza, que en la escuela de Cristo y de su santísima Madre, criado a los pechos de su doctrina y milagros, en tan breve tiempo pasase del estado de apóstol santo, justo, y que hacía los mismos milagros y maravillas que los demás, a otro estado de demonio, y que de sencilla oveja se convirtiese en lobo carnicero y sangriento? Por pecados veniales comenzó Judas Iscariotes y de ellos pasó a los gravísimos y más horrendos. Entregóse al demonio, que ya tenía sospechas de que Cristo nuestro Señor era Dios, y la ira que tenía contra él descargó en este infeliz discípulo separado de la pequeña grey. Pero si ahora es el mismo y mayor el furor de Lucifer, después que a su pesar conoció a Cristo por verdadero Dios y Redentor, ¿qué puede esperar el alma que se entrega a tan inhumano y cruel enemigo, tan ansioso y vehemente para nuestra condenación eterna?

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1097. Hija mía, todo lo que has escrito en este capítulo es un aviso de los más importantes para todos los que viven en carne mortal y con peligro de perder el bien eterno, porque en solicitar la intercesión de mis ruegos y clemencia y en temer con discreción los juicios del Altísimo, se reduce el eficaz medio de la salvación y

adelantarse en el premio. Y quiero que de nuevo entiendas cómo, entre los secretos divinos que mi Hijo santísimo reveló a su amado y mío San Juan Evangelista en la noche de la cena, fue uno de que este amor le había adquirido por el que me tenía y que Judas Iscariotes había caído por haber despreciado la piedad que yo mostré con él. Y entonces entendió el Evangelista grandes sacramentos de los que la divina diestra me comunicó y obró conmigo, y en lo que me había de ejercitar en la pasión, trabajar y padecer, y le mandó el Señor que tuviese especial cuidado de mí. Carísima, la pureza del alma que de ti quiero ha de ser más que de ángel, y si te dispones para alcanzarla conseguirás también el ser mi hija carísima como San Juan Evangelista y esposa muy amada y regalada de mi Hijo y Señor. Este ejemplo y la ruina de Judas Iscariotes te servirán siempre de estímulo y de escarmiento, para que solicites mi amor y agradezcas el que sin merecerlo te manifiesto.

1098. Y quiero también que entiendas otro secreto ignorado del mundo, que uno de los pecados más feos y aborrecidos del Señor es que sean poco estimados los justos y amigos de la Iglesia y en especial yo que fui escogida para Madre suya y remedio universal de todos. Y si el no amar a los enemigos y despreciarlos es tan odioso al Señor y a los santos del cielo, ¿cómo sufrirá que se haga esto con sus amigos carísimos, donde tiene puestos sus mismos ojos y amor? Este consejo monta mucho más de lo que puedes conocer en la vida mortal y **es una de las señales de reprobación aborrecer a los justos.** Guárdate de este peligro y no juzgues a nadie, y menos a los que te reprenden y enseñan; no te dejes inclinar a cosa terrena, y menos a los oficios de gobierno, donde lo sensible y humano arrastra a los que sólo atienden á ello, turba el juicio y oscurece la razón; a nadie envidies la honra ni otras cosas aparentes, ni

apetezcas ni pidas al Señor otra cosa más que su amor y amistad santa, porque la criatura está llena de inclinaciones muy ciegas y, si no las detiene, suele desear y pedir lo que ha de ser su perdición, y alguna vez se lo concede el Señor por castigo de aquellos y otros pecados y por sus ocultos juicios, como sucedió a Judas Iscariotes, y en estos bienes temporales que tanto codician reciben el premio de alguna buena obra si la hicieron. Y en esto entenderás el engaño de muchos amadores del mundo, que se juzgan por dichosos y afortunados cuando todo lo que desean lo consiguen a satisfacción de sus terrenas inclinaciones. Esta es su mayor infelicidad, porque no les queda que recibir del premio eterno, como a los justos que despreciaron el mundo y en él muchas veces les suceden adversidades, y el Señor tal vez les niega sus deseos en cosas temporales, para excusarlos y apartarlos de peligro. Y porque no caigas tú en él, te amonesto y mando que jamás te inclines ni apetezcas cosa humana: aparta tu voluntad de todo, consévala libre y señora, líbrala del cautiverio y esclavitud que se le sigue a su peso e inclinación, no quieras más de lo que fuere voluntad del Altísimo, que Su Majestad tiene cuidado de los que se dejan a su Divina Providencia.

CAPITULO 6

Transfigúrase Cristo nuestro Señor en el Tabor, en presencia de su Madre santísima; suben de Galilea a Jerusalén, para acercarse a la pasión; lo que sucedió en Betania con la unción de la Magdalena.

1099. Corrían ya más de dos años y medio de la predicación y maravillas de nuestro Redentor y Maestro Jesús, y se iba acercando el tiempo destinado por la eterna sabiduría para volverse al Padre por medio de su pasión y muerte y con ella dejar satisfecha la divina

justicia y redimido el linaje humano. Y porque todas sus obras eran ordenadas a nuestra salvación y enseñanza, llenas de divina sabiduría, determinó Su Majestad prevenir algunos de sus Apóstoles para el escándalo que con su muerte habían de padecer (Mt 26, 31) y manifestárseles primero glorioso en el cuerpo pasible que habían de ver después azotado y crucificado, para que primero le viesen transfigurado con la gloria que desfigurado con las penas. Y esta promesa había hecho poco antes en presencia de todos, aunque no para todos sino para algunos, como lo refiere el Evangelista San Mateo (Mt 16, 21; 17, 1ss). Para esto eligió un monte alto, que fue el Tabor, en medio de Galilea y dos leguas de Nazaret hacia el Oriente, y subiendo a lo más alto de él con los tres Apóstoles Pedro, Jacobo y Juan su hermano, se transfiguró en su presencia, como lo cuentan los tres Evangelistas San Mateo (Mt 17, 1ss), San Marcos (Mc 9, 2-7) y San Lucas (Lc 9, 28-36); también se hallaron presentes a la transfiguración de Cristo nuestro Señor los dos profetas San Moisés y San Elías, hablando con Jesús de su pasión. Y estando transfigurado vino una voz del cielo en nombre del Eterno Padre, que dijo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agrado; a él debéis oír* (Mt 17, 5).

1100. No dicen los Evangelistas que se hallase María santísima a la maravilla de la Transfiguración, ni tampoco lo niegan, porque esto no pertenecía a su intento, ni convenía en los Evangelios manifestar el oculto milagro con que se hizo; pero la inteligencia que se me ha dado para escribir esta Historia es que la divina Señora, al mismo tiempo que algunos Ángeles fueron a traer el alma de San Moisés [día 4 de septiembre: In monte Nebo, terrae Moab, sancti Moisés, legislatoris et Prophetae] y a San Elías [día 20 de julio: In monte Carmelo sancti Eliae Prophetae] de donde estaban, fue llevada por mano de sus Santos Ángeles al monte Tabor, para que viese

transfigurado a su Hijo santísimo, como sin duda le vio; y aunque no fue necesario confortar en la fe a la Madre santísima como a los Apóstoles, porque en ella estaba confirmada e invencible, pero tuvo el Señor muchos fines en esta maravilla de la Transfiguración, y en su Madre santísima había otras razones particulares para no celebrar Cristo nuestro Redentor tan gran misterio sin su presencia. Y lo que en los Apóstoles era gracia, en la Reina y Madre era como debido, por compañera y coadjutora de las obras de la Redención, y lo había de ser hasta la cruz; y convenía confortarla con este favor para los tormentos que su alma santísima había de padecer, y que habiendo de quedar por Maestra de la Iglesia Santa fuese testigo de este misterio y no le ocultase su Hijo santísimo lo que tan fácilmente le podía manifestar, pues le hacía patentes todas las operaciones de su alma santísima. Y no era el amor del Hijo para la divina Madre de condición que le negase este favor, cuando ninguno dejó de hacer con ella de los que manifestaban amarla con ternísimo afecto, y para la gran Reina era de excelencia y dignidad. Y por estas razones, y otras muchas que no es necesario referir ahora, se me ha dado a entender que María santísima asistió a la Transfiguración de su Hijo santísimo y Redentor nuestro.

1101. Y no sólo vio transfigurada y gloriosa la humanidad de Cristo nuestro Señor, pero el tiempo que dura este misterio vio María santísima la divinidad intuitivamente y con claridad, porque el beneficio con ella no había de ser como con los Apóstoles, sino con mayor abundancia y plenitud. Y en la misma visión de la gloria del cuerpo, que a todos fue manifiesta, hubo gran diferencia entre la divina Señora y los Apóstoles; no sólo porque ellos al principio, cuando se retiró Cristo nuestro Señor a orar, estuvieron dormidos y somnolientos, como dice San Lucas Lc 9, 32), sino también porque con la voz del cielo fueron oprimidos de gran temor y cayeron los Apóstoles sobre

sus caras en tierra, hasta que el mismo Señor les habló y levantó, como lo cuenta san Mateo (Mt 17, 6); pero la divina Madre estuvo a todo inmóvil, porque, a más de estar acostumbrada a tantos y tan grandes beneficios, estaba entonces llena de nuevas cualidades, iluminación y fortaleza para ver la divinidad, y así pudo mirar de hito en hito la gloria del cuerpo transfigurado, sin padecer el temor y defecto que los Apóstoles en la parte sensitiva. Otras veces había visto la beatísima Madre al cuerpo de su Hijo santísimo transfigurado, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 695, 851); pero en esta ocasión con nuevas circunstancias y de mayor admiración y con inteligencias y favores más particulares, y así lo fueron también los efectos que causó en su alma purísima esta visión, de que salió toda renovada, inflamada y deificada. Y mientras vivió en carne mortal, nunca perdió las especies de esta visión, que tocaba a la humanidad gloriosa de Cristo nuestro Señor; y aunque le sirvió de gran consuelo en la ausencia de su Hijo, mientras no se le renovó su imagen gloriosa con otros beneficios que en la tercera parte veremos, pero también fue causa de que sintiese más las afrentas de su pasión, habiéndole visto Señor de la gloria, como se le representaba.

1102. Los efectos que causó en su alma santísima esta visión de todo Cristo glorioso no se pueden explicar con ninguna ponderación humana; y no sólo ver con tanta refulgencia aquella sustancia que había tomado el Verbo de su misma sangre y traído en su virginal vientre y alimentado a sus pechos, pero el oír la voz del Padre que le reconocía por Hijo, al que también lo era suyo y natural, y que le daba por Maestro a los hombres; todos estos misterios penetraba y ponderaba agradecida y alababa dignamente la prudentísima Madre al Todopoderoso, e hizo nuevos cánticos con sus Ángeles, celebrando aquel día tan festivo para su alma y para la humanidad de su Hijo santísimo. No me detengo en

declarar otras cosas de este misterio y en qué consistió la Transfiguración del cuerpo sagrado de Jesús; basta saber que su cara resplandeció como el sol y sus vestiduras estuvieron más blancas que la nieve (Mt 17, 2), y esta gloria resultó en el cuerpo de la que siempre tenía el Salvador en su alma divinizada y gloriosa; porque el milagro que se hizo en la encarnación, suspendiendo los efectos gloriosos que de ella habían de resultar en el cuerpo permanentemente, cesó ahora de paso en la transfiguración y participó el cuerpo purísimo de aquella gloria del alma, y éste fue el resplandor y claridad que vieron los que asistían a ella, y luego se volvió a continuar el mismo milagro, suspendiéndose los efectos del alma gloriosa; y como ella estaba siempre beatificada, fue también maravilla que el cuerpo recibiese de paso lo que por orden común había de ser perpetuo en él como en el alma.

1103. Celebrada la Transfiguración, fue restituida la beatísima Madre a su casa de Nazaret, y su Hijo santísimo bajó del monte y luego vino a donde ella estaba, para despedirse de su patria y tomar el camino para Jerusalén, donde había de padecer en la primera Pascua, que sería para Su Majestad la última. Y pasados no muchos días, salió de Nazaret acompañado de su Madre santísima, de los Apóstoles y discípulos que tenía y otras santas mujeres, discurriendo y caminando por medio de Galilea y Samaría, hasta llegar a Judea y Jerusalén. Y escribe esta jornada el Evangelista San Lucas, diciendo que el Señor afirmó su cara para ir a Jerusalén (Lc 9, 51), porque esta partida fue con alegre semblante y fervoroso deseo de llegar a padecer y con voluntad propia y eficaz de ofrecerse por el linaje humano, porque Él mismo lo quería, y así no había de volver más a Galilea, donde tantas maravillas había obrado. Con esta determinación al salir de Nazaret confesó al Eterno Padre y le dio gracias en cuanto

hombre, porque en aquella casa y lugar había recibido la forma y ser humano, que por el remedio de los hombres ofrecía a la pasión y muerte que iba a recibir. Y entre otras razones que dijo Cristo Redentor nuestro en aquella oración, que yo no puedo explicar con las mías, fueron éstas:

1104. Eterno Padre mío, por cumplir vuestra obediencia voy con alegría y buena voluntad a satisfacer vuestra justicia y padecer hasta morir y reconciliar con Vos a todos los hijos de Adán, pagando la deuda de sus pecados y abriéndoles las puertas del cielo que con ellos están cerradas. Voy a buscar los que se perdieron aborreciéndome y se han de reparar con la fuerza de mi amor. Voy a buscar y congregar los derramados de la casa de Jacob, a levantar los caídos, enriquecer a los pobres y refrigerar los sedientos, derribar los soberbios y ensalzar a los humildes. Quiero vencer al infierno y engrandecer el triunfo de Vuestra gloria contra Lucifer y los vicios que sembró en el mundo. Quiero enarbolar el estandarte de la cruz, debajo del cual han de militar todas las virtudes y cuantos la siguieren. Quiero saciar mi corazón sediento de los oprobios y afrentas que son en vuestros ojos tan estimables. Quiero humillarme hasta recibir la muerte por mano de mis enemigos, para que nuestros amigos y escogidos sean honrados y consolados en sus tribulaciones y sean ensalzados con eminentes y copiosos premios cuando a ejemplo mío se humillaren a padecerlas. Oh cruz deseada, ¿cuándo me recibirás en tus brazos? Oh dulces oprobios y afrentas dolorosas, ¿cuándo me llevaréis a la muerte para dejarla vencida en mi carne que en todo fue inculpable? Dolores, afrentas e ignominias, azotes, espinas, pasión, muerte, venid, venid a mí que os busco; dejad hallaros luego de quien os ama y conoce vuestro valor. Si el mundo os aborreció, yo os codicio. Si él con ignorancia os desprecia, yo, que soy la verdad y sabiduría, os procuro porque os amo. Venid,

pues, a mí, que si como hombre os recibiere, como Dios verdadero os daré la honra que os quitó el pecado y quien le hizo. Venid a mí, y no frustréis mis deseos, que si soy todopoderoso y por eso no llegáis, licencia os doy para que en mi humanidad empleéis todas vuestras fuerzas. No seréis de mí arrojados ni aborrecidos, como lo sois de los mortales. Destiérrese ya el engaño y fascinación mentirosa de los hijos de Adán, que sirven a la vanidad y mentira, juzgando por infelices a los pobres afligidos y afrentados del mundo; que si vieren al que es su verdadero Dios, su Criador y Maestro y Padre, padecer oprobios afrentosos, azotes, ignominias, tormentos y muerte de cruz y desnudez, ya cesará el error y tendrán por honra seguir a su mismo Dios crucificado.

1105. Estas son algunas razones de las que se me ha dado inteligencia formaba en su corazón el Maestro de la vida nuestro Salvador, y el efecto y obras manifestaron lo que no alcanzan mis palabras para acreditar los trabajos de la pasión, muerte y cruz, con los afectos de amor que las buscó y padeció. Pero todavía los hijos de la tierra somos de corazón pesado y no dejamos la vanidad. Estando pendiente a nuestros ojos la misma vida y verdad, siempre nos arrastra la soberbia, nos ofende la humildad y arrebatada lo deleitable y juzgamos aborrecible lo penoso. ¡Oh error lamentable! ¡Trabajar mucho por no trabajar un poco, fatigarse demasiado por no admitir una pequeña molestia, resolverse estultamente a padecer una ignominia y confusión eterna por no sufrir una muy leve, y aun por no carecer de una honra vana y aparente! ¿Quién dirá, si tiene sano juicio, que esto es amarse a sí mismo? Pues ¿no le puede ofender más su mortal enemigo, con lo que le aborrece, que él con lo que obra en desagrado de Dios? Por enemigo tenemos al que nos lisonjea y regala, si debajo de esto nos arma la traición, y loco sería el que sabiéndolo se entregase en ella por aquel breve regalo y

deleite. Si esta es verdad, como lo es, ¿qué diremos del juicio de los mortales seguidores del mundo? ¿Quién se le ha bebido?, ¿quién les embaraza el uso de la razón? ¡Oh cuán grande es el número de los necios!

1106. Sola María santísima, como imagen viva de su Unigénito entre los hijos de Adán, se ajustó con su voluntad y vida, sin disonar un ápice de todas sus obras y doctrina. Ella fue la prudentísima, la científica y llena de sabiduría, que pudo recompensar las menguas de nuestra ignorancia o estulticia y granjearnos la luz de la verdad en medio de nuestras pesadas tinieblas. Sucedió en la ocasión de que voy hablando, que la divina Señora en el espejo del alma santísima de su Hijo vio todos los actos y afectos interiores que obraba, y como aquel era el magisterio de sus acciones, conformándose con él hizo juntamente oración al Eterno Padre y en su interior decía: Dios altísimo y Padre de las misericordias, confieso tu ser infinito e inmutable; te alabo y glorifico eternamente, porque en este lugar, después de haberme criado, tu dignación engrandeció el poder de tu brazo, levantándome a ser Madre de tu Unigénito con la plenitud de tu espíritu y antiguas misericordias, que conmigo, tu humilde esclava, magnificaste, y porque después, sin merecerlo yo, tu Unigénito, y mío en la humanidad que recibió de mi sustancia, se dignó de tenerme en su compañía tan deseable por treinta y tres años, que la he gozado con las influencias de su gracia y magisterio de su doctrina, que ha iluminado el corazón de tu sierva. Hoy, Señor y Padre eterno, desamparo mi patria y acompaño a mi Hijo y mi Maestro por tu divino beneplácito, para asistirle al sacrificio que de su vida y ser humano se ha de ofrecer por el linaje humano. No hay dolor que se iguale a mi dolor (Lam 1, 12), pues he de ver al Cordero que quita los pecados del mundo entregado a los sangrientos lobos, al que es imagen viva y figura de tu sustancia, al que es engendrado *ab aeterno* en igualdad

con ella y lo será por todas las eternidades, al que yo di el ser humano en mis entrañas, entregado a los oprobios y muerte de cruz y borrada con la fealdad de los tormentos la hermosura de su rostro, que es la lumbre de mis ojos y alegría de los ángeles. ¡Oh si fuera posible que recibiera yo las penas y dolores que le esperan y me entregara a la muerte para guardar su vida! Recibe, Padre altísimo, el sacrificio que con mi Amado te ofrece mi doloroso afecto, para que se haga tu santísima voluntad y beneplácito. ¡Oh qué apresurados corren los días y las horas para que llegue la noche de mi dolor y amargura! Día será dichoso para el linaje humano, pero noche de aflicción para mi corazón tan contristado con la ausencia del sol que le ilustraba. ¡Oh hijos de Adán, engañados y olvidados de vosotros mismos! Despertad ya de tan pesado sueño y conoced el peso de vuestras culpas, en el efecto que hicieron en vuestro mismo Dios y Criador. Miradle en mi deliquio, dolor y amargura. Acabad ya de ponderar los daños de la culpa.

1107. No puedo yo manifestar dignamente todas las obras y conceptos que la gran Señora del mundo hizo en esta despedida última de Nazaret, las peticiones y oraciones al Eterno Padre, los coloquios dulcísimos y dolorosos que tuvo con su Hijo santísimo, la grandeza de su amargura y los méritos incomparables que adquirió; porque entre el amor santo y natural de madre verdadera, con que deseaba la vida de Jesús y excusarle los tormentos que había de padecer, y en la conformidad que tenía con la voluntad suya y del Eterno Padre, era traspasado su corazón de dolor y del cuchillo penetrante que le profetizó San Simeón [día 8 de octubre: *Natális beáti Simeónis senis, qui in Evangélio Dóminum Jesum, praesentátum in Templo, suis in ulnis accepisse ac de illo prohetásse légitur*] (Lc 2, 35). Y con esta aflicción decía a su Hijo razones prudentísimas y llenas de sabiduría, pero muy dulces y dolorosas, porque no le podía excusar de la

pasión, ni morir en ella acompañándole. Y en estas penas excedió sin comparación a todos los Mártires que han sido y serán hasta el fin del mundo. Con esta disposición y afectos ocultos a los hombres prosiguieron los Reyes del cielo y tierra esta jornada desde Nazaret para Jerusalén por Galilea, a donde no volvió más en su vida el Salvador del mundo. Y según que se le acababa ya el tiempo de trabajar por la salvación de los hombres, fueron mayores las maravillas que hizo en estos últimos meses antes de su pasión y muerte, como las cuentan los Sagrados Evangelistas (Mt 13; Mc 10; Lc 9; Jn 7), y desde esta partida de Galilea hasta el día que entró triunfando en Jerusalén, como adelante diré (Cf. infra n. 1121). Y hasta entonces, después de celebrada la fiesta o pascua de los tabernáculos, discurrió el Salvador y se ocupó en Judea aguardando la hora y tiempo determinado en que se había de ofrecer al sacrificio, cuando y como él mismo quería.

1108. Acompañóle en esta jornada continuamente su Madre santísima, salvo algunos ratos que se apartaron por acudir los dos a diferentes obras y beneficios de las almas. Y en este ínterin quedaba San Juan Evangelista asistiéndola y sirviéndola, y desde entonces observó el Sagrado Evangelista grandes misterios y secretos de la purísima Virgen y Madre y fue ilustrado en altísima luz para entenderlos. Entre las maravillas que obraba la prudentísima y poderosa Reina, eran las más señaladas y con mayores realces de caridad cuando encaminaba sus afectos y peticiones a la justificación de las almas, porque también ella, como su Hijo santísimo, hizo mayores beneficios a los hombres, reduciendo muchos al camino de la vida, curando enfermos, visitando a los pobres y afligidos, a los necesitados y desvalidos, ayudándoles en la muerte, sirviéndoles por su misma persona, y más a los más desamparados, llagados y doloridos. Y de todo era testigo el amado Discípulo, que

ya tenía por su cuenta el servirla. Pero como la fuerza del amor había crecido tanto en María purísima con su Hijo y Dios eterno y le miraba en la despedida de su presencia para volverse al Padre, padecía la beatísima Madre tan continuos vuelos del corazón y deseos de verle, que llegaba a sentir unos deliquios amorosos en ausentarse de su presencia, cuando se dilataba mucho rato el volver a ella. Y el Señor, como Dios e Hijo miraba lo que sucedía en su amantísima Madre, se obligaba y la correspondía con recíproca fidelidad, respondiéndola en su secreto aquellas palabras que aquí se verificaron a la letra: *Vulneraste mi corazón, hermana mía, herístele con uno de tus ojos (Cant 4, 9)*. Porque como herido y vencido de su amor le traía luego a su presencia. Y según lo que en esto se me ha dado a entender, no podía Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, estar lejos de la presencia de su Madre, si daba lugar a la fuerza del afecto que como a Madre, y que tanto le amaba, la tenía, y naturalmente le aliviaba y consolaba con su vista y presencia; y la hermosura de aquella alma purísima de su Madre le recreaba y hacía suaves los trabajos y penalidades, porque la miraba como fruto suyo único y singular de todos, y la dulcísima vista de su persona era de gran alivio para las penas sensibles de Su Majestad.

1109. Continuaba nuestro Salvador sus maravillas en Judea, donde estos días entre otras sucedió la resurrección de San Lázaro [día 17 de diciembre: Massiliae, in Gállia, beáti Lázari Episcopi, sanctárum Magdalénæ ac Marthæ fratris, quem Dóminus in Evangélio appellásse amicum et a mórtuis excitásse légitur] en Betania (Jn 11, 17), a donde vino llamado de las dos hermanas Marta y María. Y porque estaba muy cerca de Jerusalén se divulgó luego en ella el milagro, y los pontífices y fariseos irritados con esta maravilla hicieron el concilio (Jn 11, 54) donde decretaron la muerte del Salvador y que si alguno tuviese noticia de él

le manifestase; porque después de la resurrección de Lázaro se retiró Su Divina Majestad a una ciudad de Efrén, hasta que llegase la fiesta de la Pascua, que no estaba lejos. Y cuando fue tiempo de volver a celebrarla con su muerte, se declaró más con los doce discípulos, que eran los Apóstoles, y les dijo a ellos solos que advirtiesen subían a Jerusalén (Mt 20, 17; Mc 10, 32; Lc 18, 31; Jn 11, 12), donde el Hijo del Hombre, que era él, sería entregado a los príncipes de los fariseos y sería prendido, azotado y afrentado hasta morir crucificado. Y en el ínterin los sacerdotes estaban cuidadosos espiándole si subía a celebrar la Pascua. Y seis días antes llegó otra vez a Betania, donde había resucitado a San Lázaro, y donde fue hospedado de las dos hermanas, y le hicieron una cena muy abundante para Su Majestad y María santísima su Madre y todos los que los acompañaban para la festividad de la Pascua; y entre los que cenaron uno fue San Lázaro, a quien pocos días antes había resucitado.

1110. Estando recostado el Salvador del mundo en este convite, conforme a la costumbre de los judíos, entró Santa María Magdalena llena de divina luz y altos y nobilísimos pensamientos, y con ardentísimo amor, que a Cristo su divino Maestro tenía, le ungió los pies y derramó sobre ellos y su cabeza un vaso o pomo de alabastro lleno de licor fragantísimo y precioso, de confección de nardos y otras cosas aromáticas; y los pies limpió con sus cabellos, al modo que otra vez lo había hecho en su conversión y en casa del fariseo, que cuenta San Lucas (Lc 7, 38). Y aunque esta segunda unción de la Magdalena la cuentan los otros tres Evangelistas (Mt 26, 6; Mc 14, 3; Jn 12, 3) con alguna diferencia, pero no he entendido que fuesen dos unciones, ni dos mujeres, sino una sola la Santa María Magdalena, movida del divino Espíritu y del encendido amor que tenía a Cristo nuestro Salvador. De la fragancia de estos ungüentos se llenó

toda la casa, porque fueron en cantidad y muy preciosos, y la liberal enamorada quebró el vaso para derramarlos sin escasez y en obsequio de su Maestro. Y el avariento apóstol Judas Iscariotes, que deseaba se le hubiesen entregado para venderlos y coger el precio, comenzó a murmurar de esta unción misteriosa y a mover a algunos de los otros apóstoles con pretexto de pobreza y caridad con los pobres, a quienes —decía— se les defraudaba la limosna, gastando sin provecho y con prodigalidad cosa de tanto valor, siendo así que todo eso era con disposición divina, y él hipócrita, avariento y desmesurado.

1111. El Maestro de la verdad y vida disculpó a Santa María Magdalena, a quien Judas Iscariotes reprendía de pródiga y poco advertida, y el Señor le dijo a él y a los demás que no la molestasen, porque aquella acción no era ociosa y sin justa causa, y a los pobres no por esto se les perdía la limosna que quisiesen hacerles cada día, y con su persona no siempre se podía hacer aquel obsequio, que era para su sepultura, la que prevenía aquella generosa enamorada con espíritu del cielo, testificando en la misteriosa unción que ya el Señor iba a padecer por el linaje humano, y que su muerte y sepultura estaban muy vecinas; pero nada de esto entendía el pérfido discípulo, antes se indignó furiosamente contra su Divino Maestro, porque justificó la obra de Santa María Magdalena. Y viendo Lucifer la disposición de aquel depravado corazón, le arrojó en él nuevas flechas de codicia, indignación y mortal odio contra el autor de la vida. Y desde entonces propuso de maquinarle la muerte y en llegando a Jerusalén dar cuenta a los fariseos y desacreditarle con ellos con audacia como en efecto lo cumplió. Porque ocultamente se fue a ellos y les dijo que su Maestro enseñaba nuevas leyes contrarias a la de Moisés y de los emperadores, que era amigo de convites, de gente perdida y profana, y

a muchos de mala vida admitía, a hombres y mujeres, y los traía en su compañía; que tratasen de remediarlo, porque no les sucediese alguna ruina que después no pudiesen recuperar. Y como los fariseos estaban ya del mismo acuerdo, gobernándolos a ellos y a Judas Iscariotes el príncipe de las tinieblas, admitieron el aviso, y de él salió el concierto de la venta de Cristo nuestro Salvador.

1112. Todos los pensamientos de Judas Iscariotes eran patentes, no sólo al Divino Maestro, sino también a su Madre santísima. Y el Señor no habló palabras a Judas Iscariotes, ni cesó de hablarle como padre amoroso y enviarle inspiraciones santas a su obstinado corazón. Pero la Madre de clemencia añadió a ellas nuevas exhortaciones y diligencias para detener al precipitado discípulo; y aquella noche del convite, que fue sábado antes del domingo de Ramos, le llamó y habló a solas, y con dulcísimas y eficaces palabras y copiosas lágrimas le propuso su formidable peligro y le pidió mudase de intento, y si tenía enojo con su Maestro, tomase contra ella la venganza, que sería menor mal porque era pura criatura y él su Maestro y verdadero Dios; y para saciar la codicia de aquel avariento corazón le ofreció algunas cosas que para este intento la divina Madre había recibido de mano de Santa María Magdalena. Pero ninguna de estas diligencias fueron poderosas con el ánimo endurecido de Judas Iscariotes, ni tan vivas y dulces razones hicieron mella en su corazón más duro que diamante. Antes por el contrario, como no hallaba qué responder y le hacían fuerza las palabras de la prudentísima Reina, se enfureció más y calló mostrándose ofendido. Pero no por eso tuvo vergüenza de tomar lo que le dio, porque era igualmente codicioso y pérfido. Con esto le dejó María santísima y se fue a su Hijo y Maestro, y llena de amargura y lágrimas se arrojó a sus pies, y le habló con razones prudentísimas, pero

muy dolorosas, de compasión o de algún sensible consuelo para su amado Hijo, que miraba en su humanidad santísima, que padecía algunas tristezas por las mismas razones que después dijo a los discípulos que estaba triste su alma hasta la muerte. Y todas estas penas eran por los pecados de los hombres, que habían de malograr su pasión y muerte, como adelante diré (Cf. infra n. 1210, 1215, 1395).

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1113. Hija mía, pues en el discurso de mi vida que escribes, cada día vas entendiendo más y declarando el amor ardentísimo con que mi Señor y tu Esposo, y yo con él, abrazamos el camino de la cruz y del padecer y que sólo éste elegimos en la vida mortal, razón será que como recibes esta ciencia, y yo te repito su doctrina, camines tú en imitarla. Esta deuda crece en ti desde el día que te eligió por esposa, y siempre va aumentándose, y no te puedes desempeñar si no abrazas los trabajos y los amas con tal afecto que para ti sea la mayor pena el no padecerlos. Renueva cada día este deseo en tu corazón, que te quiero muy sabia en esta ciencia que ignora y aborrece el mundo; pero advierte asimismo que no quiere Dios afligir a la criatura sólo por afligirla, sino por hacerla capaz y digna de los beneficios y tesoros que por este medio le tiene preparados sobre todo humano pensamiento. Y en fe de esta verdad y como en prendas de esta promesa se quiso transfigurar en el Tabor en presencia mía y de algunos discípulos; y en la oración que allí hizo al Padre, que yo sola conocí y entendí, habiéndose humillado su humanidad santísima, confesándole por verdadero Dios, infinito en perfecciones y atributos, como lo hacía siempre que quería hacer alguna petición, le suplicó que todos los cuerpos mortales que por su amor se afligiesen y trabajasen en su imitación en la nueva ley de gracia participasen después

de la gloria de su mismo cuerpo, y para gozar de ella en el grado que a cada uno le correspondiese, resucitasen en el mismo cuerpo el último día del juicio final unidos a sus propias almas. Y porque el eterno Padre concedió esta petición, quiso que se confirmase como contrato entre Dios y los hombres, con la gloria que recibió el cuerpo de su Maestro y Salvador, dándole en rehenes la posesión de lo que pedía para todos sus seguidores. Tanto peso como éste tiene el momentáneo trabajo que toman los mortales en privarse de las viles delectaciones terrenas y mortificar su carne y padecer por Cristo mi Hijo y Señor.

1114. Y por los merecimientos infinitos que él interpuso en esta petición, es corona de justicia para la criatura esta gloria que le toca, como miembro de la cabeza Cristo que se la mereció; pero esta unión ha de ser por la gracia e imitación en el padecer, a que corresponde el premio. Y si padecer cualquiera de los trabajos corporales tiene su corona, mucho mayor será padecer, sufrir y perdonar las injurias y dar por ellas beneficios, como lo hicimos nosotros con Judas Iscariotes; pues no sólo no lo despidió el Señor del apostolado, ni se mostró indignado con él, sino que le aguardó hasta el fin, que por su malicia se acabó de imposibilitar para el bien, con entregarse al demonio. En la vida mortal camina el Señor con pasos muy lentos a la venganza, pero después recompensará la tardanza con la gravedad del castigo. Y si Dios sufre y espera tanto, ¿cuánto debe sufrir un vil gusano a otro que es de su misma naturaleza y condición? Con esta verdad, y con el celo de la caridad de tu Señor y Esposo, has de regular tu paciencia, tu sufrimiento y el cuidado de la salvación de las almas. **Y no te digo en esto que has de sufrir lo que fuere contra la honra de Dios, que eso no fuera ser verdadera celadora del bien de tus prójimos, pero que ames a la hechura del Señor y aborrezcas el pecado, que sufras y disimules lo**

que a ti te toca y trabajos porque todos se salven en cuanto fuere posible. Y no desconfíes luego cuando no veas el fruto, antes presentes al Eterno Padre los méritos de mi Hijo santísimo y mi intercesión y la de los ángeles y santos, que como Dios es caridad y están en Su Majestad los bienaventurados la ejercitan con los viandantes.

CAPITULO 7

El oculto sacramento que precedió al triunfo de Cristo en Jerusalén, y cómo entró en ella y fue recibido de sus moradores.

1115. Entre las obras de Dios que se llaman *ad extra*, porque las hizo fuera de sí mismo, la mayor fue la de tomar carne humana, padecer y morir por el remedio de los hombres. Este sacramento no le pudo, alcanzar la sabiduría humana, si el mismo autor no le revelara por tantos argumentos y testimonios; y con todo eso, a muchos sabios según la carne se les hizo dificultoso de creer su propio beneficio y remedio. Y otros, aunque le han creído, no con las condiciones y verdad que sucedió. Otros, que son los católicos, creen, confiesan y conocen este sacramento en el grado de la luz que de él tiene la Santa Iglesia. Y en esta fe explícita de los misterios revelados, confesamos implícitamente los que en sí encierran y no ha sido necesario manifestarse al mundo, porque no son precisamente necesarios o los reserva Dios para el tiempo oportuno, otros para el último día, cuando se revelarán todos los corazones en la presencia del justo Juez. El intento del Señor en mandarme escribir esta Historia, como otras veces he dicho y muchas he entendido (Cf. supra p. I; p. II n. 678), es manifestar algunos de estos ocultos sacramentos sin opiniones ni conjeturas humanas, y así dejó escritos muchos que se me han declarado y conozco restan muchos de grande admiración y veneración. Para los cuales quiero prevenir

la piedad y la fe católica de los fieles, pues a quien lo fuere no se le hará dificultoso lo accesorio, confesando con fe divina lo principal de las verdades católicas, sobre que se funda todo lo que dejo escrito y lo que escribiré en lo restante de este argumento, en especial de la pasión de nuestro Redentor.

1116. El sábado que sucedió la unción de Santa María Magdalena en Betania, acabada la cena, como en el capítulo pasado dije, se retiró nuestro Divino Maestro a su recogimiento; y su Madre santísima, dejando a Judas Iscariotes en su obstinación, se fue a la presencia de su Hijo amantísimo, acompañándole, como solía, en la oración y ejercicios que hacía. Estaba ya Su Majestad cerca de entrar en el mayor conflicto de su carrera, que, como dice Santo Rey David [día 29 de diciembre: Hierosólymis sancti David, Regis et Prophetae] (Sal 18, 7) había tomado desde lo supremo del cielo para volver a él, dejando vencido al demonio, al pecado y a la muerte. Y como el obedientísimo Hijo iba de voluntad a la pasión y cruz, estando ya tan cerca, se ofreció de nuevo al Eterno Padre y, postrado en tierra sobre su rostro, le confesó y alabó, haciendo una profunda oración y altísima resignación, en que aceptaba las afrentas de su Pasión, las penas, ignominias y la muerte de cruz por la gloria del mismo Señor y por el rescate de todo el linaje humano. Estaba su beatísima Madre retirada un poco a un lado del dichoso oratorio y acompañando a su querido Hijo y Señor en la oración que hacían, y entrambos, Hijo y Madre, con lágrimas de lo íntimo de sus almas santísimas.

1117. En esta ocasión antes de la media noche apareció el Eterno Padre en forma humana visible con el Espíritu Santo y multitud de Ángeles innumerables que asistían al espectáculo. Y el Padre aceptó el sacrificio de Cristo su santísimo Hijo y que en Él se ejecutase el rigor

de su justicia para perdonar al mundo. Y luego, hablando el mismo Padre Eterno con la beatísima Madre, la dijo: **María, Hija y Esposa nuestra, quiero que de nuevo entregues a tu Hijo para que me sea sacrificado, pues yo le entrego por la redención humana—. Respondió la humilde y candida paloma: Aquí está, Señor, el polvo y ceniza, indigna de que vuestro Unigénito y Redentor del mundo sea mío. Pero rendida a vuestra inefable dignación, que le dio forma humana en mis entrañas, le ofrezco y me ofrezco yo con Él a vuestro divino beneplácito, y Os suplico, Señor y Padre Eterno, me recibáis para que yo padezca juntamente con Vuestro Hijo y mío.—** Admitió también el Eterno Padre la oblación de María santísima y la aceptó por agradable sacrificio. Y levantando del suelo a Hijo y Madre, dijo: **Este es el fruto de la tierra bendito que desea mi voluntad.—**Y luego levantó al Verbo humanado al trono de Su Majestad en que estaba y le puso el Eterno Padre a su diestra, con la misma autoridad y preeminencia que él tenía.

1118. Quedó María santísima en su lugar donde estaba, pero transformada y elevada toda en admirable júbilo y resplandor. Y viendo a su Unigénito sentado a la diestra de su Eterno Padre, pronunció y dijo aquellas primeras palabras del salmo 109, en que misteriosamente había profetizado Santo Rey David este sacramento escondido: *Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra (Sal 109, 1)*. Y sobre estas palabras, como comentándolas, hizo la divina Reina un cántico misterioso en alabanza del Eterno Padre y del Verbo humanado. Y en cesando ella de hablar, prosiguió el Padre todo lo restante del salmo, como quien ejecutaba y obraba con su inmutable decreto todo lo que contienen aquellas misteriosas y profundas palabras hasta el fin del salmo inclusive. Muy dificultoso es para mí reducir a mis cortos términos la inteligencia que tengo de tan alto misterio,

pero diré algo, como el Señor me lo concediere, porque se entienda en parte tan oculto sacramento y maravilla del Todopoderoso y lo que a María santísima y a los espíritus soberanos que asistían les dio a entender el Padre Eterno.

1119. Prosiguió y dijo: *Hasta que ponga yo a tus enemigos por peana de tus pies (Sal 109, 1).* Porque habiéndote humillado tú por mi voluntad eterna, has merecido la exaltación que te doy sobre todas las criaturas y que en la naturaleza humana que recibiste reines a mi diestra por sempiterna duración que no puede desfallecer y que por toda ella ponga yo a tus enemigos debajo de tus pies y dominio, como de su Dios y Reparador de los hombres, para que los mismos que no te obedecían ni admitieron vean a tu humanidad, que son tus pies, levantada y engrandecida. Y mientras no lo ejecuto, porque llegue a su fin el decreto de la redención humana, quiero que vean ahora mis cortesanos lo que después conocerán los demonios y los hombres: que te doy la posesión de mi diestra, al mismo tiempo que tú te has humillado a la muerte ignominiosa de la cruz; y que si te entrego a ella y a la disposición de su malicia, es por mi gloria y beneplácito, y para que después llenos de confusión sean puestos debajo de tus pies.

Para esto enviará el Señor la vara de tu virtud desde Sión, que domine en medio de tus enemigos (Sal 109, 2). Porque yo, como Dios omnipotente y que soy el que soy verdadera y realmente (Ex 3, 14), enviaré y gobernaré la vara y cetro de tu virtud invencible, de manera que no sólo después que hayas triunfado de la muerte con la redención humana consumada, te reconozcan por su Reparador, Guía, Cabeza y Señor de todo, pero desde luego quiero que hoy, antes de padecer la muerte, alcances admirablemente este triunfo, cuando los hombres tratan de tu ruina y te desprecian. Quiero que

triumfes de su maldad y de la muerte y que en la fuerza de tu virtud sean compelidos a honrarte libremente y te confiesen y adoren dándote culto y veneración, y que los demonios sean vencidos y confundidos de la vara de tu virtud, y los profetas y justos, que te esperan en el limbo, reconozcan con mis ángeles esta maravillosa exaltación que tienes merecida en mi aceptación y beneplácito.

Contigo está el principado en el día de tu poderío, en medio de los resplandores de la santidad: de mis entrañas te engendré yo, antes de existir el lucero de la mañana (Sal 109, 3). En el día de esta virtud y poder que tienes para triunfar de tus enemigos, estoy yo en ti y contigo, como principio de quien procedes por eterna generación de mi fecundo entendimiento, antes que el lucero de la gracia, con que decretamos manifestarnos a las criaturas, fuese formado, y en los resplandores que gozarán los santos, cuando fueren beatificados con nuestra gloria. Y también está contigo tu principio en cuanto hombre, y fuiste engendrado en el día de tu virtud, porque, desde el instante que recibiste el ser humano por la generación temporal de tu Madre, tuviste las obras del mérito que ahora está contigo y te hace digno de la gloria y honra que te han de coronar tu virtud en este día y en el de mi eternidad.

Juró el Señor, y no le pesará: tú eres para siempre sacerdote según el orden de Melquisedech (Sal 109, 3). Yo, que soy el Señor y Todopoderoso para cumplir lo que prometo, determiné con firmeza, como de inmutable juramento, que tú fueses el sumo sacerdote de la nueva Iglesia y Ley del Evangelio, según el antiguo orden del sacerdote Melquisedech, porque serás el verdadero sacerdote que ofrecerás el pan y vino que figuró la oblación de Melquisedech (Gen 14, 18). Y no me pesará de este decreto, porque esta oblación será limpia y aceptable y sacrificio de alabanza para mí.

El Señor a tu diestra quebrantará a los reyes en el día de su ira (Sal 109, 5). Por las obras de tu humanidad, cuya diestra es la divinidad con ella unida y en cuya virtud las has de obrar, y con el instrumento de tu humanidad quebrantaré yo, que soy un Dios contigo, la tiranía y poder que han mostrado los rectores y príncipes de las tinieblas y del mundo, así ángeles apostatas como hombres, en no adorarte, reconocerte y servirte como a su Dios, Superior y Cabeza. Y este castigo ejecuté cuando no te reconoció Lucifer y sus secuaces, que fue para ellos el día de mi ira, y después llegará el de la que ejecutaré con los hombres que no te hubieren recibido y seguido tu Ley Santa. A todos los quebrantaré y humillaré con mi justa indignación.

Juzgará en las naciones, llenará las ruinas; y en la tierra quebrantará las cabezas de muchos (Sal 109,5). Justificada tu causa contra todos los nacidos hijos de Adán que no se aprovecharen de la misericordia que usas con ellos, redimiéndolos graciosamente del pecado y de la eterna muerte, el mismo Señor, que soy yo, juzgará en equidad y justicia a todas las naciones y, entresacando a los justos y escogidos de los pecadores y réprobos, llenará el vacío de las ruinas que dejaron los ángeles apostatas que no conservaron su gracia y domicilio. Y con esto quebrantará en la tierra la cabeza de los soberbios, que serán muchos, por su depravada y obstinada voluntad.

Del torrente beberá en el camino; por eso levantará la cabeza (Sal 109, 7). Y la engrandecerá el mismo Señor y Dios de las venganzas, para juzgar la tierra y dar su retribución a los soberbios se levantará y, como si bebiera el torrente de su indignación, embriagará sus flechas en la sangre de sus enemigos y con la espada de su castigo los confundirá en el camino por donde habían

de llegar y conseguir su felicidad. Así levantará tu cabeza y la ensalzará sobre tus enemigos inobedientes a tu ley, infieles a tu verdad y doctrina. Y esto será justificado con haber tú bebido el torrente de los oprobios y afrentas hasta la muerte de cruz, en el tiempo que obraste su redención.

1120. Estas inteligencias y otras muchas altísimas y ocultas tuvo María santísima de las palabras misteriosas de este salmo que pronunció el Eterno Padre. Aunque algunas habla en tercera persona, pero decíalas de la suya y del Verbo humanado. Y todos estos misterios se reducían principalmente a dos puntos: el uno, las amenazas que contienen contra los pecadores, infieles y malos cristianos, porque o no admiten al Redentor del mundo o no guardaron su divina ley; el otro comprende las promesas que el Eterno Padre hizo a su Hijo humanado de glorificar su santo nombre contra y sobre sus enemigos. Y como en arras o prendas y señal de esta exaltación universal de Cristo después de su ascensión, y más en el juicio final, ordenó el Padre que recibiese en la entrada de Jerusalén aquel aplauso y gloria que le dieron sus moradores el día siguiente que sucedió esta visión tan misteriosa. Y, acabada, desapareció el Padre y Espíritu Santo y los Ángeles que admirados asistieron en este oculto sacramento, y Cristo Redentor nuestro y su beatísima Madre quedaron en divinos coloquios todo lo restante de aquella felicísima noche.

1121. Llegado el día, que fue el que corresponde al domingo de Ramos, salió Su Majestad con sus discípulos para Jerusalén, asistiéndole muchos Ángeles que le alababan por verle tan enamorado de los hombres y solícito de su salud eterna. Y habiendo caminado dos leguas, poco más o menos, en llegando a Betfagé, envió dos discípulos a la casa de un hombre poderoso que

estaba cerca, y con su voluntad le trajeron dos jumentillos; el uno, que nadie había usado ni subido en él. Nuestro Salvador caminó para Jerusalén, y los discípulos aderezaron con sus vestidos y capas al jumentillo y también la jumentilla; porque de entrambos se sirvió el Señor en este triunfo, conforme a las profecías de Isaías (Is 62, 11) y Zacarías (Zac 9, 9) que muchos siglos antes lo dejaron escrito, para que no tuviesen ignorancia los sacerdotes y sabios de la ley. Todos los cuatro Evangelistas sagrados escribieron también este maravilloso triunfo de Cristo (Mt 21, 4; Mc 11, 1; Lc 19, 30; Jn 12, 13) y cuentan lo que fue visible y patente a los ojos de los circunstantes. Sucedió en el camino que los discípulos, y con ellos todo el pueblo, pequeños y grandes, aclamaron al Redentor por verdadero Mesías, Hijo de David, Salvador del mundo y Rey verdadero. Unos decían: Paz sea en el cielo y gloria en las alturas, bendito sea el que viene como Rey en el nombre del Señor; otros decían: *Hosanna Filio David*: Sálvanos, Hijo de David, bendito sea el reino que ya ha venido de nuestro padre David. Y unos y otros cortaban palmas y ramos de los árboles en señal de triunfo y alegría y con las vestiduras los arrojaban por el camino donde pasaba el nuevo triunfador de las batallas, Cristo nuestro Señor.

1122. Todas estas obras y demostraciones nobles de culto y adoración, que daban los hombres al Verbo Divino humanado, manifestaban el poder de su divinidad, y más en la ocasión que sucedieron, cuando los sacerdotes y fariseos le aguardaban y buscaban para quitarle la vida en la misma ciudad. Porque si no fueran movidos interiormente con su virtud divina sobre los milagros que había obrado, no fuera posible que tantos hombres juntos, y muchos de ellos gentiles, otros enemigos declarados, le aclamaran por verdadero Rey, Salvador y Mesías, y se rindieran a un hombre pobre, humilde y perseguido, y que no venía con aparato de armas ni

potencia humana, no en carros triunfantes, no en caballos soberbios y lleno de riquezas. A lo aparente todo le faltaba, y entraba en jumentillo humilde y contentible para el fausto y vanidad mundana, fuera de su semblante, porque éste era grave, sereno y lleno de majestad, correspondiente a la dignidad oculta; pero todo lo demás era fuera y contra lo que el mundo aplaude y solemniza. Y así era manifiesta en los efectos la virtud divina que movía con su fuerza y voluntad los corazones humanos para que se rindiesen a su Criador y Reparador.

1123. Pero, a más de la conmoción universal que se conoció en Jerusalén con la divina luz que envió el Señor a los corazones de todos para que reconocieran a nuestro Salvador, se extendió este triunfo a todas las criaturas, o a muchas, más capaces de razón, para que se cumpliese lo que el Padre Eterno había prometido a su Unigénito, como queda dicho (Cf. supra n. 1119). Porque, al entrar Cristo nuestro Salvador en Jerusalén, fue despachado el arcángel San Miguel a dar noticia de este misterio a los Santos Padres y Profetas del limbo y junto con esto tuvieron todos una visión particular de la entrada del Señor y de lo que en ella sucedía, y desde aquella caverna donde estaban reconocieron, confesaron y adoraron a Cristo nuestro Maestro y Señor por verdadero Dios y Redentor del mundo y le hicieron nuevos cánticos de gloria y alabanza por el admirable triunfo que recibía de la muerte, del pecado y del infierno. Extendióse también el poder divino a mover los corazones de otros muchos vivientes en todo el mundo, porque los que tenían fe o noticia de Cristo Señor nuestro, no sólo en Palestina y sus confines, sino en Egipto y otros reinos, fueron excitados y movidos para que en aquella hora adorasen en espíritu a su Redentor y nuestro; como lo hicieron con especial júbilo de sus corazones que les causó la visitación e influencia de la divina luz que para esto

recibieron; aunque no conocieron expresamente la causa ni el fin de aquel movimiento, pero no fue en vano para sus almas, porque los efectos las adelantaron mucho en el creer y obrar el bien. Y para que el triunfo de la muerte que nuestro Salvador ganaba en este suceso fuese más glorioso, ordenó el Altísimo que aquel día no tuviese fuerzas contra la vida de ninguno de los mortales, y así no murió nadie en el mundo aquel día, aunque naturalmente murieran muchos si no lo impidiera el poder divino, para que en todo fuese admirable el triunfo.

1124. A esta victoria de la muerte se siguió la del infierno, que fue más gloriosa aunque más oculta. Porque al punto que comenzaron los hombres a invocar y aclamar a Cristo nuestro Maestro por Salvador y Rey que venía en el nombre del Señor, sintieron los demonios contra sí el poder de su diestra, que los derribó a todos cuantos estaban en el mundo de sus lugares, y los arrojó a los profundos calabozos del infierno. Y por aquel breve tiempo que Cristo prosiguió esta jornada, ningún demonio quedó sobre la tierra, sino que todos cayeron al profundo con grande rabia y terror. Y desde entonces sospecharon que el Mesías estaba ya en el mundo con más certeza que hasta allí habían tenido y luego confirieron entre sí este recelo, como diré en el capítulo siguiente. Prosiguió el Salvador del mundo su triunfo hasta entrar en Jerusalén, y los Santos Ángeles, que lo miraban y acompañaban, le cantaron nuevos himnos de loores y divinidad con admirable armonía. Y entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo y encaminó sus pasos hermosos y graves al templo, donde con admiración de todos sucedió lo que refieren los Evangelistas de las maravillas que allí obró (Mt 21, 12; Lc 19, 45). Y derribó las mesas de los que vendían y compraban en el Templo, celando la honra de la casa de su Padre, y echó fuera a los que la hacían casa de negociación y cueva de ladrones. Pero al punto que

cesó el triunfo, suspendió la diestra del Señor el influjo que daba a los corazones de aquellos moradores de Jerusalén, aunque los justos quedaron mejorados y muchos justificados, otros se volvieron al estado de sus vicios y malos hábitos y ejercicios imperfectos, porque no se aprovecharon de la luz ni de las inspiraciones que les envió la disposición divina, y aunque tantos habían aclamado y reconocido a Cristo nuestro Señor por Rey de Israel, no hubo quien le hospedase ni recibiese en su casa (Mc 11, 11).

1125. Estuvo Su Majestad en el Templo enseñando y predicando hasta la tarde. Y en confirmación de la veneración y culto que se le había de dar a aquel lugar santo y casa de oración, no consintió que le trajesen un vaso de agua para beber; y sin recibir éste ni otro refrigerio, volvió aquella tarde a Betania, de donde había venido, y después los días siguientes hasta su pasión volvió a Jerusalén. La divina Madre y Señora María santísima estuvo aquel día en Betania retirada a solas, para ver desde allí con una particular visión todo lo que sucedía en el admirable triunfo de su Hijo y Maestro. Vio lo que hacían los espíritus soberanos en el cielo, los hombres en la tierra y lo que sucedió a los demonios en el infierno, y cómo el eterno Padre en todas estas maravillas ejecutaba y cumplía las promesas que antes había hecho a su Unigénito humanado dándole la posesión del imperio y dominio de todos sus enemigos. Vio también cuánto hizo nuestro Salvador en esta ocasión y en el Templo, y entendió aquella voz del Padre que descendió del cielo en presencia de los circunstantes, y respondiendo a Cristo nuestro Salvador le dijo: *Yo te clarificaré, y otra vez te clarificaré (Jn 12, 28)*. En donde dio a entender que, a más de la gloria y triunfo que el Padre había dado al Verbo humanado aquel día, y en los demás que se han referido, le clarificaría y ensalzaría en lo futuro después de su muerte, porque todo lo

comprenden las palabras del Eterno Padre, y así lo entendió y penetró su beatísima Madre, con admirable júbilo de su espíritu purísimo.

Doctrina de la misma Reina y señora María santísima,

1126. Hija mía, algo has escrito y más has conocido de los ocultos misterios del triunfo de mi Hijo santísimo el día que entró en Jerusalén y lo que precedió a él, pero mucho más es lo que conocerás en el mismo Señor, porque en la vida mortal no lo pueden penetrar los viadores; pero con todo eso tienen bastante doctrina y desengaño en lo que se les ha manifestado para conocer cuán levantados son los juicios del Señor y cuán diferentes de los pensamientos de los hombres. El Altísimo mira al corazón de las criaturas y al interior, donde está la hermosura de la hija del rey (Sal 44, 14), y los hombres a lo aparente y sensible; y por eso en los ojos de su sabiduría los justos y escogidos son estimados y levantados, cuando se abaten y humillan, y los soberbios son humillados y aborrecidos, cuando se levantan. Esta ciencia, hija mía, es de pocos entendida, y por eso los hijos de las tinieblas no saben apetecer ni buscar otra honra ni exaltación más de la que les da el mundo. Y aunque los hijos de la Iglesia Santa confiesen y conocen que ésta es vana y sin sustancia y que no permanece más que la flor y el heno, con todo eso no practican esta verdad. Y como no les da su conciencia el testimonio de las virtudes, solicitan el crédito de los hombres y el aplauso y gloria que les pueden dar; aunque todo es falso, engañoso y lleno de mentira, porque solo Dios es el que sin engaño honra y levanta al que lo merece, y el mundo de ordinario trueca las suertes y da sus honras a quien menos las merece o a quien más ambicioso y sagaz las procura y solicita.

1127. Aléjate, hija mía, de este engaño, y no te

aficiones al gusto de las alabanzas de los hombres, ni admitas sus lisonjas y agasajos. Da a cada cosa el nombre y la estimación que merece, que en esto andan muy a ciegas los hijos de este siglo. Ninguno de los mortales pudo merecer la honra y aplauso de las criaturas como mi Hijo santísimo y, con todo eso, la que le dieron en la entrada de Jerusalén la dejó y despreció, porque sólo era para manifestar su poder divino y para que después fuese más ignominiosa su pasión, y para enseñar en esto a los hombres que las honras visibles del mundo nadie las debe admitir por sí mismas, si no hay otro fin más alto de la gloria y exaltación del Altísimo a donde reducirlas; que sin esto son vanas e inútiles, sin fruto ni provecho, pues no está en ellas la felicidad verdadera de las criaturas capaces de la eterna. Y porque te veo deseosa de saber la razón por que yo no me hallé presente con mi Hijo santísimo en este triunfo, quiero responder a tu deseo, acordándote lo que muchas veces has escrito en esta Historia de la visión que yo tenía de las obras interiores de mi amado Hijo en el espejo purísimo de su interior. Con esta visión conocía en su voluntad cuándo y para qué se quería ausentar de mí, luego puesta a sus pies le suplicaba me declarase su voluntad y gusto en lo que yo debía hacer y Su Majestad algunas veces me lo mandaba y declaraba determinadamente y con expreso orden, otras veces lo dejaba y remitía a mi elección, para que yo la hiciese con el uso de la divina luz y prudencia que me había dado. Esto hizo en la ocasión que determinaba entrar en Jerusalén triunfando de sus enemigos y dejó en mi mano el acompañarle o quedarme en Betania, y yo le pedí licencia para no hallarme presente a esta misteriosa obra y le supliqué me llevase después consigo cuando volviese a padecer y morir; porque juzgué por más acertado y agradable a sus ojos ofrecerme a padecer las ignominias y dolores de su pasión, que participar de la honra visible que le daban los hombres, de que a mí,

como a su Madre, me tocaría algo hallándome presente y conociéndome los que le bendecían y alababan; y porque este aplauso, a más de que para mí no era apetecible, conocía que le ordenaba el Señor para demostración de su divinidad y poder infinito, en que yo no tenía parte, ni con la honra que a mi me dieran entonces aumentaba la que se le debía como a Salvador único del linaje humano. Y para gozar yo a solas de este misterio y glorificar al Muy Alto en sus maravillas, tuve en mi retiro la inteligencia y visión de todo lo que has escrito. Esto será para ti doctrina y enseñanza en mi imitación; sigue mis pasos humildes, abstrae tu afecto de todo lo terreno, levántate a las alturas, con que huirás de las honras humanas y las aborrecerás conociendo a la luz divina que son vanidad de vanidades y aflicción de espíritu (Ecl 1, 14).

CAPITULO 8

Júntanse los demonios en el infierno a conferir sobre el triunfo de Cristo Salvador nuestro en Jerusalén y lo que resultó de esta junta, y otra que hicieron los pontífices y fariseos en Jerusalén.

1128. Todos los misterios que en sí contiene el triunfo de nuestro Salvador fueron grandes y admirables, como queda dicho, pero no es de menor admiración en su género el oculto secreto de lo que sintió el infierno oprimido del poder divino, cuando los demonios fueron arrojados a él, entrando Su Majestad en Jerusalén. Estuvieron desde el domingo, que les sucedió esta ruina, hasta el martes, dos días enteros en el aterramiento que les causó la diestra del Altísimo, llenos de penoso y confuso furor, y con aullidos horribles lo manifestaban a todos los condenados, y toda aquella turbulenta república recibió nuevo asombro y tormento sobre lo acostumbrado. Y el príncipe de aquellas tinieblas Lucifer,

más confuso que todos, congregó en su presencia a cuantos demonios estaban en el infierno y tomando un lugar más eminente como superior les habló y dijo:

1129. No es posible que no sea más que profeta este hombre que así nos persigue y arruina nuestro poder y quebranta mis fuerzas; porque Moisés, Elías y Elíseo y otros antiguos enemigos nuestros nunca nos vencieron con tanta violencia, aunque hacían otras maravillas, ni tampoco se me han ocultado tantas obras de los otros como de éste, en particular de las de su interior, de que alcanzo a conocer muy poco. Y uno que solo es hombre, ¿cómo pudiera hacer esto y manifestar tan supremo poder sobre todas las cosas, como generalmente publican? Y sin inmutarse ni engreírse recibe las alabanzas y gloria que por ellas le dan los hombres. Y en este triunfo que ha tenido entrando en Jerusalén ha mostrado nuevo poder contra nosotros y el mundo, pues yo me hallo con inferiores fuerzas para lo que deseo, que es destruirle y borrar su nombre de la tierra de los vivientes (Jer 11, 19). Y en esta ocasión que tenemos presente, no solamente los suyos le han celebrado y aclamado por bienaventurado, pero muchos que yo tenía en mi dominio hicieron lo mismo, y aun le llamaron Mesías y el prometido de su ley, y a todos los rindió a su veneración y adoración. Mucho es esto para solo puro hombre, y si éste no es más, ninguno otro tuvo tan de su parte el poder de Dios, y con él nos hace y hará grandes daños, porque, después que fuimos arrojados del cielo, nunca tales ruinas hemos padecido ni conocido tal virtud como después que vino este hombre al mundo. Y si acaso es el Verbo humanado, como sospechamos, pide grande acuerdo este negocio; porque si consentimos que viva, con su ejemplo y doctrina se llevará tras de sí a todos los hombres; y por el odio que con él tengo, he procurado quitarle la vida algunas veces y no lo he conseguido, porque en su patria, que procuré le despeñasen de un

monte, él con su poder burló de los que iban a ejecutarle (Lc 4, 30; Jn 10, 39); otra vez dispuso que le apedreasen en Jerusalén y se les desapareció a los fariseos.

1130. Ahora tengo la materia mejor dispuesta con su discípulo y nuestro amigo Judas Iscariotes, porque le he arrojado al corazón una sugestión de que venda y entregue a su Maestro a los fariseos, a los cuales tengo también prevenidos con furiosa envidia, que sin duda le darán la muerte muy cruel, como lo desean. Y sólo aguardan ocasión oportuna, y ésta la voy disponiendo con toda mi diligencia y astucia, porque Judas Iscariotes y los escribas y pontífices harán todo cuanto yo les propusiere. Pero con todo eso hallo en esto un gran tope, que pide mucha atención; porque, si este hombre es el Mesías que esperan los de su pueblo, ofrecerá la muerte y sus trabajos por la redención de los hombres y satisfará y merecerá por todos y para todos infinitamente. Abrirá el cielo y subirán los mortales a gozar los premios que Dios nos ha quitado a nosotros, y será éste nuevo y duro tormento, si no lo prevenimos para impedirlo. Y a más de esto dejará este hombre en el mundo, padeciendo y mereciendo, nuevo ejemplo de paciencia para los demás, porque es mansísimo y humilde de corazón y jamás le hemos visto impaciente ni turbado, y esto mismo enseñará a todos, que es lo más aborrecible para mí, porque me ofenden grandemente estas virtudes y a todos los que siguen mi dictamen y pensamientos. Por estas razones conviene para nuestros intentos conferir lo que debemos hacer en perseguir a este Cristo y nuevo hombre, y que todos me digáis lo que entendáis en este negocio.

1131. Sobre esta propuesta de Lucifer tuvieron largas conferencias aquellos príncipes de las tinieblas, enfureciéndose contra nuestro Salvador con increíble saña y lamentándose del engaño que ya juzgaban habían

padecido en pretender su muerte con tanta astucia y malicia; y con ella misma reduplicada pretendieron desde entonces retractar lo hecho y atajar que no muriese, porque ya estaban confirmados en la sospecha de que era el Mesías, aunque no acababan de conocerlo con firmeza. Pero este recelo fue para Lucifer de tanto escándalo y tormento, que aprobando el nuevo decreto de impedir la muerte del Salvador, concluyó el conciliábulo y dijo: Creedme, amigos, que si este hombre es también Dios verdadero, con su padecer y morir salvará a todos los hombres, y nuestro imperio quedará destruido, y los mortales serán levantados a nuevas dichas y potestad contra nosotros. Muy errados andamos en procurarle la muerte. Vamos luego a reparar nuestro propio daño.

1132. Con este acuerdo salió Lucifer y todos sus ministros a la tierra y ciudad de Jerusalén, y de aquí resultaron algunas de las diligencias que hicieron con Pilatos y su mujer, como consta de los Evangelistas (Mt 27, 19; Lc 23, 4ss; Jn 18, 38), para excusar la muerte del Señor, y otras que no están en la historia del Evangelio, pero fueron ciertas. Porque ante todas cosas emprendieron a Judas Iscariotes y con nuevas sugerencias procuraron disuadirle la venta que tenía concertada de su divino Maestro. Y como no se movió a revocar sus intentos y desistir de ellos, se le apareció el demonio en forma corporal y visible y le habló, procurando con razones inducirle a que no tratase de quitar la vida a Cristo por medio de los fariseos. Y conociendo el demonio la desmedida codicia del avariento discípulo, le ofreció mucho dinero, porque no le entregase a sus enemigos. Y en todo esto puso Lucifer más cuidado que antes había puesto para inducirle al pecado de vender a su mansísimo y divino Maestro.

1133. Pero ¡ay dolor de la miseria humana, que

habiéndose rendido Judas al demonio para obedecerle en la maldad, no pudo hacerlo para retractarla! Porque no estaba de parte del enemigo la fuerza de la divina gracia, y sin ella son vanas todas las persuusiones y diligencias extrañas para dejar el pecado y seguir el verdadero bien. No era imposible para Dios reducir a la virtud el corazón de aquel alevoso discípulo, pero no era medio conveniente para este fin la persuasión del demonio que le había derribado de la gracia. Y para no darle el Señor otros auxilios, tenía justificada la causa de su equidad inefable, pues había llegado Judas Iscariotes a tan dura obstinación en medio de la escuela del divino Maestro, resistiendo tantas veces a su doctrina, inspiraciones y grandes beneficios, despreciando con formidable temeridad sus consejos, los de su santísima Madre y dulcísima Señora, el ejemplo vivo de sus vidas y conversación, y de todos los demás apóstoles. Contra todo esto había forcejado el impío discípulo con pertinacia más que de demonio y que de hombre libre para el bien; y habiendo corrido tan larga carrera en el mal, llegó a estado que el odio concebido contra su Salvador y contra la Madre de misericordia le hizo inepto para buscarla, indigno de luz para conocerla y como insensible para la misma razón y ley natural que le pudiera retardar en ofender al Inocente de cuyas manos había recibido tan liberales beneficios. Raro ejemplo y escarmiento para la fragilidad y estulticia de los hombres, que con ella pueden en semejantes peligros caer y perecer, porque no los temen, y llegar a tan infeliz y lamentable ruina.

1134. Dejaron los demonios a Judas Iscariotes desconfiados de reducirle y fuéronse a los fariseos, intentando la misma demanda por medio de muchas sugestiones y pensamientos que les arrojaron para que no persiguieran a Cristo nuestro bien y Maestro. Pero sucedió lo mismo que con Judas Isacriotes, por las

mismas razones; que no pudieron traerlos a que retractasen su intento y revocasen la maldad que tenían fraguada. Aunque por motivos humanos se movieron algunos de los escribas a reparar si les estaría bien lo que determinaban, pero, como no eran asistidos de la gracia, luego les volvió a vencer el odio y envidia que contra el Señor habían concebido. De aquí resultaron las diligencias que hizo Lucifer con la mujer de Pilatos y con él mismo, porque a ella la incitaron, como consta del Evangelio, para que con piedad mujeril previniese y escribiese a Pilatos no se metiese en condenar aquel hombre justo (Mt 27, 19). Y con esta persuasión, y otras que representaron al mismo Pilatos, le obligaron los demonios a tantos reparos como hizo para excusar la sentencia de muerte contra el inocente Señor, de que adelante hablaré lo que fuere necesario (Cf. infra n. 1308, 1322, 1346, 1349). Y como ninguna de estas diligencias se le logró a Lucifer y a sus ministros, reconociéndoles desconfiados, mudaron el medio y se enfurecieron de nuevo contra el Salvador de la vida y movieron a los fariseos y a los verdugos y ministros, para que no pudiendo impedir su muerte, se la diesen atropelladísima y le atormentasen con la impía crueldad que lo hicieron, para irritar su invencible paciencia. Y a esto dio lugar el mismo Señor para los altos fines de la Redención humana, aunque impidió que no ejecutasen los sayones algunas atrocidades menos decentes, que los demonios les administraban contra la venerable persona y humanidad del Salvador, como diré adelante (Cf. infra n. 1290).

1135. El miércoles siguiente a la entrada de Jerusalén, que fue el día que Cristo nuestro Señor se quedó en Betania sin volver al templo, se juntaron de nuevo en casa del pontífice Caifás los escribas y fariseos (Mt 26, 3-4), para maquinar dolosamente la muerte del Redentor del mundo; porque los había irritado con mayor envidia el

aplausos que en la entrada de Jerusalén habían hecho con Su Majestad todos los moradores de la ciudad, y esto cayó sobre el milagro de resucitar a San Lázaro y las otras maravillas que aquellos días había obrado Cristo nuestro Señor en el templo. Y habiendo resuelto que convenía quitarle la vida, paliando esta impía crueldad con pretexto del bien público, como lo dijo Caifás, profetizando lo contrario de lo que pretendió, el demonio, que los vio resueltos, puso en la imaginación de algunos que no ejecutasen este acuerdo en la fiesta de la Pascua, porque no se alborotase el pueblo, que veneraba a Cristo nuestro Señor como Mesías o gran profeta. Esto hizo Lucifer, para ver si con dilatar la muerte del Señor podría impedirla. Pero como Judas Iscariotes estaba ya entregado a su misma codicia y maldad y destituido de la gracia [eficaz] que para revocarla era menester [siempre, sin embargo, tuvo gracia suficiente], acudió al concilio de los pontífices muy azorado e inquieto y trató con ellos de la entrega de su Maestro y se remató la venta con treinta dineros, contentándose con ellos por precio del que encierra en sí todos los tesoros del cielo y tierra; y por no perder los pontífices la ocasión, atropellaron con el inconveniente de ser Pascua. Y así estaba dispuesto por la sabiduría infinita, cuya Providencia lo disponía.

1136. Al mismo tiempo sucedió lo que refiere San Mateo (Mt 26, 2) que dijo nuestro Redentor a los discípulos: *Sabed que después de dos días, sucederá, que el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.* No estaba Judas Iscariotes presente a estas palabras, y con el furor de la traición volvió luego a los apóstoles y como pérfido y descreído andaba inquiriendo y preguntando a sus compañeros, y al mismo Señor y su beatísima Madre, a qué lugar habían de ir desde Betania y qué determinaba su Maestro hacer aquellos días. Y todo esto preguntaba e inquiría

dolosamente el pérfido discípulo, para disponer mejor la entrega de su Maestro, que dejaba contratada con los príncipes de los fariseos. Y con estos fingimientos y disimulaciones pretendía Judas Iscariotes paliar su alevosía, como hipócrita. Pero no sólo el Salvador, sino también la prudentísima Madre, conocía su redoble y depravada intención, porque los Santos Ángeles le dieron luego cuenta del contrato que dejaba hecho con los pontífices, para entregársele por treinta dineros [denarios de plata]. Y aquel día se llegó el traidor a preguntar a la gran Señora a dónde determinaba ir su Hijo santísimo para la Pascua. Y ella con increíble mansedumbre le respondió: ¿Quién podrá entender, oh Judas, los juicios y secretos del Altísimo? Y desde entonces le dejó de amonestar y exhortar para que se retractase de su pecado, aunque siempre el Señor y su Madre le sufrieron y toleraron, hasta que él mismo desesperó del remedio y salvación eterna. Pero la mansísima paloma, conociendo la ruina irreparable de Judas Iscariotes, y que ya su Hijo santísimo sería luego entregado a sus enemigos, hizo tiernos llantos en compañía de los Ángeles, porque no podía con otra alguna criatura conferir su íntimo dolor; y con estos espíritus celestiales soltaba el mar de su amargura y decía palabras de gran peso, sabiduría y sentimiento, con admiración de los mismos Ángeles, viendo en una humana criatura tan nuevo modo de obrar con perfección tan alta, en medio de aquella tribulación y dolor tan amargo.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo María santísima.

1137. Hija mía, todo lo que has entendido y escrito en este capítulo contiene grande enseñanza y misterios en beneficio de los mortales, si con atención los consideran. Lo primero, debes ponderar con discreción

que, como mi Hijo santísimo vino a deshacer las obras del demonio y vencerle para que no tuviese tantas fuerzas contra los hombres, fue consiguiente para este intento que, dejándole en el ser de su naturaleza de ángel y en la ciencia habitual que le correspondía, con todo eso le ocultase muchas cosas —como en otras partes has escrito (Cf. supra n. 501, 648, 937, 1067, 1124)— para que no llegando a conocerlas se reprimiese la malicia de este Dragón con el modo más conveniente a la suave y fuerte Providencia del Altísimo. Por esto se le ocultó la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana, y anduvo tan alucinado en este misterio que se confundió y anduvo variando en discursos y determinaciones fabulosas hasta que a su tiempo le hizo mi Hijo santísimo que le conociese, y que su alma divinizada había sido gloriosa desde el instante de su concepción. Y asimismo le ocultó algunos milagros de su vida santísima y le dejaba conocer otros. Y esto mismo sucede ahora con algunas almas, que no consiente mi Hijo santísimo conozca el enemigo todas sus obras, aunque naturalmente las pudiera conocer, porque se las esconde Su Majestad, para conseguir sus altos fines en beneficio de las almas; y después suele dejarle que las conozca, para mayor confusión del mismo demonio, como sucedió en las obras de la Redención, cuando para su tormento y mayor opresión dio lugar el Señor a que las conociese. Y por esta razón anda la serpiente y dragón infernal acechando a las almas para rastrear sus obras, no sólo interiores, sino también las exteriores.

1138. Tanto es el amor que tiene mi Hijo santísimo a las almas, después que nació y murió por ellas. Y este beneficio fuera más general y continuo con muchas, si ellas mismas no le impidieran desmereciéndole y entregándose a su enemigo, escuchando sus falsas sugerencias y consejos llenos de malicia y engaño. Y como los justos y señalados en la santidad vienen a ser

instrumentos en la mano del Señor, que los gobierna y rige él mismo y no consiente que otro alguno los mueva, porque del todo se entregan a su divina disposición; así por el contrario sucede a muchos réprobos y olvidados de su Criador y Reparador, que entregándose por medio de repetidos pecados en manos del demonio, los arrastra y mueve a toda maldad y se sirve de ellos para todo lo que desea su depravada malicia, como sucedió al pérfido discípulo y a los fariseos homicidas de su mismo Redentor. Y ninguno de los mortales tiene disculpa en este daño, pues así como Judas Iscariotes y los Pontífices no consintieron con su libre voluntad en el consejo del demonio, para dejar de perseguir a Cristo nuestro Señor, pudieran mucho mejor no consentir con él en la determinación de perseguirle, que les persuadió el mismo demonio; pues para resistir esta tentación les asistió el auxilio de la gracia, si quisieran cooperar con ella, y para no retroceder del pecado sólo se valieron de su libre albedrío y malos hábitos. Y si les faltó entonces la gracia [eficaz] y moción del Espíritu Santo, fue porque de justicia se les debía negar, por haberse rendido y sujetado ellos al demonio, para obedecerle en toda maldad y para dejarse gobernar de sola su perversa voluntad, sin respeto a la bondad y poder de su Criador.

1139. De aquí entenderás cómo esta serpiente infernal nada puede para mover al bien obrar y mucho para inducir y llevar al pecado, si las almas no advierten y previenen su peligroso estado. Y de verdad te digo, hija mía, que si los mortales le conocieran con la ponderación digna que pide, les causara grande asombro; porque entregada un alma al pecado, no hay potencia criada que la pueda revocar ni detener para que no se despeñe de un abismo en otro; y el peso de la naturaleza humana, después del pecado de Adán, inclina al mal como la piedra al centro, mediante las pasiones de la concupiscible e irascible; y juntando a esto las

inclinaciones de los malos hábitos y costumbres y el dominio y fuerza que cobra el demonio contra el que peca y la tiranía con que lo ejecuta, ¿quién habrá tan enemigo de sí mismo que no tema este peligro? Sólo el poder infinito le librará, y sólo a su diestra está reservado el remedio. Y siendo esto así que no hay otro, con todo eso viven los mortales tan seguros y descuidados en su perdición, como si estuviera en su mano revocarla y repararla cuando quisieren. Y aunque muchos confiesen y conocen la verdad de que no pueden levantarse de su ruina sin el brazo del Señor, pero con este conocimiento habitual y remiso, en lugar de obligarle a que les dé la mano de su poder, le desobligan, irritan y quieren que Dios les esté aguardando con su gracia, para cuando ellos se cansaren de pecar o no pudieren extender más su malicia y estulticia llena de ingratitud.

1140. Teme, carísima, este formidable peligro y guárdate del primer pecado, que con él resistirás menos al segundo y tu enemigo cobrará fuerzas contra ti. Advierte que tu tesoro es grande y el vaso frágil (2 Cor 4, 7) y con un yerro puedes perderlo todo. La cautela y sagacidad de la serpiente contra ti es grande y tú eres menos astuta. Y por esto te conviene recoger tus sentidos y cerrarlos a todo lo visible, retirar tu corazón al castillo murado de la protección y refugio del Altísimo, de donde resistirás a la inhumana batería con que te procura perseguir. Y para que temas, como debes, baste contigo el castigo a donde llegó Judas Iscariotes, como lo has entendido. En lo demás que has advertido de mi imitación, para perdonar a los que te persiguen y aborrecen, amarlos y tolerarlos con caridad y paciencia y pedir por ellos al Señor con verdadero celo de su salvación, como yo lo hice con el traidor Judas Iscariotes, ya estás advertida muchas veces; y en esta virtud quiero que seas extremada y señalada y que la enseñes y platiques con tus religiosas y con todos los que trates,

porque a vista de la paciencia y mansedumbre de mi Hijo santísimo y mía, será de intolerable confusión para los malos y todos los mortales que no se hayan perdonado unos a otros con fraternal caridad. Y los pecados de odio y venganza serán castigados en el juicio con mayor indignación, y en la vida presente son los que más alejan de los hombres la misericordia infinita para su perdición eterna, si no se enmiendan con dolor. Y los que son blandos y suaves con los que los ofenden y persiguen y olvidan los agravios, tienen una particular similitud respectivamente con el Verbo humanado, que siempre andaba buscando, perdonando y beneficiando a los pecadores. Imitándole en esta caridad y mansedumbre de cordero, se dispone el alma y tiene una como cualidad engendrada de la caridad y amor de Dios y del prójimo, que la hace materia dispuesta para recibir los influjos de la gracia y favores de la diestra divina.

CAPITULO 9

Despídese Cristo nuestro Salvador de su Madre santísima en Betania para ir a padecer el jueves de la cena, pídele la gran Señora la comunión para su tiempo y síguele a Jerusalén con Santa María Magdalena y otras santas mujeres.

1141. Para continuar el discurso de esta Historia dejamos en Betania al Salvador del mundo, después que volvió del triunfo de Jerusalén, acompañado de sus Apóstoles. Y en el capítulo precedente he dicho (Cf. supra n. 1132ss) anticipadamente lo que antes de la entrega de Cristo hicieron los demonios y otras cosas que resultaron de su infernal arbitrio y de la traición de Judas Isacriotes y concilio de los fariseos. Volvamos ahora a lo que sucedió en Betania, donde la gran Reina asistió y sirvió a su Hijo santísimo aquellos tres días que pasaron desde el domingo de los Ramos hasta el jueves. Todo este tiempo

gastó el Autor de la vida con su divina Madre, salvo el que ocupó en volver a Jerusalén y enseñar en el Templo los dos días lunes y martes; porque el miércoles no subió a Jerusalén, como ya he dicho (Cf. supra n. 1135). En estos últimos viajes informó a sus discípulos con más abundancia y claridad de los misterios de su pasión y redención humana. Pero con todo esto, y aunque oían la doctrina y avisos de su Dios y Maestro, respondían cada uno según la disposición con que la oían y recibían, y según los efectos que en ellos causaba y los afectos que movía; siempre estaban algo tardos, y como flacos no cumplieron en la pasión lo que antes ofrecieron, como el suceso lo manifestó y adelante veremos (Cf. infra n. 1240).

1142. Con la beatísima Madre comunicó y trató nuestro Salvador aquellos días inmediatos a su pasión tan altos sacramentos y misterios de la redención humana y de la nueva ley de gracia, que muchos de ellos estarán ocultos hasta la vista del Señor en la patria celestial. Y de los que yo he conocido puedo manifestar muy poco, pero en el prudentísimo pecho de nuestra gran Reina depositó su Hijo santísimo todo lo que llamó Santo Rey David incierto y oculto de su sabiduría (Sal 50, 8), que fue el mayor de los negocios que el mismo Dios tenía por su cuenta en las obras *ad extra*, cual fue nuestra reparación, glorificación de los predestinados, y en ella la exaltación de su santo nombre. Ordenóle Su Majestad todo lo que había de hacer la prudentísima Madre en el discurso de la pasión y muerte que por nosotros iba a recibir y la previno de nueva luz y enseñanza. Y en todas estas conferencias la habló el Hijo santísimo con nueva majestad y grandiosa severidad de Rey, conforme la importancia de lo que trataban, porque entonces de todo punto cesaron los regalos y las caricias de Hijo y Esposo. Pero como el amor natural de la dulcísima Madre y la caridad encendida de su alma purísima había llegado a

tan alto grado sobre toda ponderación criada y se acercaba el término de la conversación y trato que había tenido con el mismo Dios e Hijo suyo, no hay lengua que pueda manifestar los afectos tiernos y dolorosos de aquel candidísimo corazón de la Madre y los gemidos que de lo más íntimo de él despedía, como tórtola misteriosa que ya comenzaba a sentir su soledad, que todo lo restante de cielo y tierra entre las criaturas no podían recompensar.

>>sigue parte 14>>